GUÍA PRÁCTICA DEL LLANTO

Laura Demaría

NOCTURNA EDICIONES

Laura Demaría

GUÍA PRÁCTICA DEL LLANTO

NOCTURNA EDICIONES

© de la obra: Laura Demaría, 2022
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: enero de 2023
ISBN: 978-84-18440-81-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A Luna y Blanca, por enseñarme a ver

GUÍA PRÁCTICA DEL LLANTO

✻

Las historias tristes nunca se cuentan en orden. Se desmigan buscando desintegrar el dolor o separar lo bueno de lo trágico de alguna manera. Quién sabe.

Las historias tristes al principio nos dejan con la sensación de que la pieza clave del puzle se ha perdido y no va a aparecer por mucho que la busquemos. Por eso a veces hay que recurrir a los recuerdos, volver al inicio, como si de esta forma fuese posible reconstruir lo que fue aquel paisaje y parar de algún modo tanta tristeza.

En las historias tristes, lo que importa es el final. Ver hasta dónde han llegado, en qué se han convertido: si en historias con una ceja interior rota, a las que no se les ha podido dar ningún punto de esparadrapo, o en otras donde la piel y sus cicatrices se van regenerando poco a poco.

✻

Es difícil obviar un teléfono que suena cerca y no es el tuyo. Cuando ocurre, siento lo mismo que cuando alguien está intentando saludar a otro en plena calle y ese otro no se entera, por más que el primero mueva las manos o salte. Siento que no les conozco de nada, pero estoy allí, concentrándome para que se miren, con ganas de acercarme al despistado de turno y decirle que tiene a un conocido a menos de un metro. No cuesta ayudar a que las cosas pasen. Hay que ser generoso. Con ese simple chivatazo, esos dos se ven, conversan y luego siguen con sus vidas. Ya está. ¿Qué hay de malo? Siempre he pensado que es más fácil implicarse. También más peligroso.

El teléfono suena. Suena. Y nadie lo coge. A veces, me da por contar el número de tonos que se repiten, que insisten hasta que una mano por fin decide descolgar para intentar saber qué pasa al otro lado. Quién tiene algo que contar. Qué. Luego, cuando llega el silencio, los timbrazos siguen zumbando dentro de los oídos, como si acabara de bajar de un avión. De alguna manera, cada llamada es un viaje. Que de nuevo ocurre en la casa de otro.

Precisamente por eso llevo tiempo queriendo dar de baja mi

línea. Porque solo me llaman comerciales sordos a horas intempestivas, con tal frecuencia que parece que tengo una horda de amigos y familia. Una gran vida social. Yo siempre he sido de progresar adecuadamente. Nunca me ha gustado destacar. De agenda voy normal. Pero empiezo a tener mis dudas cuando el fijo y el móvil se pasan la mayor parte de los días mudos. Un fijo callado tiene un poder de atracción extraño. Es algo que está ahí para mantenerte alerta. No se nos ocurriría convivir con lavadoras o neveras que no funcionaran y solo utilizáramos como armarios improvisados. Si las mantuviéramos sin vida, crearían un recelo que nos iría desanimando y nos volvería irascibles.

Gruñones de todos los pelajes. Lo que yo soy ahora por culpa de este fijo sin autoestima. En este punto siempre nos quedará el móvil. Eso diría Bogart si viviera. Con compañías aéreas dispuestas a volar «sin gasolina, sin mascarillas, cielo a través», Rick tendría claro que, en estas condiciones, mejor una llamada. Pero tampoco. El móvil es un engaño.

Me conformaría con una llamada. O dos. Un encargo para hacer una entrevista. Un reportaje. Algo. Llevo años trabajando así, fuera de las redacciones. Buscándome la vida desde casa o desde donde esté. Proponiendo historias. Dándole la vuelta a los temas. Creando personalidades múltiples para poder publicar en más sitios.

Durante un tiempo me fue bien. Combinaba mis colaboraciones en un par de revistas femeninas con algún que otro reportaje en publicaciones de viajes, reseñas en fanzines y la revisión de vez en cuando de algún guion. A veces también hacía de negro literario, pero lo dejé. Era tan perfeccionista que terminaba haciendo míos los libros de otros que ni siquiera me daban las gracias.

La última vez que trabajé en una redacción fue hace quince

años. Era un periódico. No había suficientes ordenadores ni sillas. Éramos muchos entre jefes, redactores y becarios. Mi puesto habitual solía ser un trozo de moqueta, entre la pared que separaba las máquinas expendedoras y una de las mesas de la sección de espectáculos. Allí me sentaba a organizar la información que traía de la última rueda de prensa o del último rodaje. Allí, tirado en el suelo de los ácaros, me presentó el director a más de un personaje ilustre que venía a verlo. No estuvo mal. Era joven, pero como empezaba a ser difícil alargar la nómina, me fui a hacer mis pinitos a la radio. También me terminé yendo de allí. Volví a escribir. De cultura en principio y de lo que pudiera salir al final. Estuve una buena temporada combinando editoriales y necrológicas en un diario nacional, y quizá en ese momento descubrí que lo mío era mirar más allá de una mampara y moverme fuera del clima programado de las oficinas. Decidí buscarme la vida pensando que la vida me encontraría a mí y podría contarla.

A lo largo de este último año, las colaboraciones han ido bajando de frecuencia y de tarifa. La mayoría de los medios nuevos buscan firmas altruistas: ceden espacios, pero no pagan. Si antes era difícil mantenerse, ahora resulta casi imposible.

Las dos cosas que tenía se han ido al traste. Una de las revistas ha cerrado y la otra se ha quedado solo con un chico que hace de secretario, contable, editor y responsable de publicidad por un módico precio y acceso permanente a una cafetera Nespresso.

Así que aquí estoy. Con la rodilla inflamada y el ojo derecho tapado. Especializándome en ruidos cotidianos en casas ajenas.

✻

Las mañanas en las que me toca revisión, salgo de casa rumbo al metro a paso lento y resignado. Como los caracoles. Creo notar que una mucosidad indeleble va marcando el camino que supura entre mi corazón y el asfalto. Me parece que hace mucho ya que marqué distancia. La moto llena de grabadoras, cargadores, lápices y cuadernos con notas improvisadas ha sido sustituida por una mochila de escalada con infinidad de velcros que llevo vacía y bien cerrada sobre los hombros, más como un recordatorio de que la vida pesa que como un objeto útil.

Parece que hace mucho de aquellos días dolorosos, ásperos, en los que me despertaba con los pies fríos y una sensación de estar eternamente enfermo. En el limbo. En los que necesitaba unas cuantas horas para saber quién era y salir de allí. Para unir las campanas con la melodía metálica de la vida, como en las máquinas tragaperras.

Si alguien me hubiera preguntado qué sentía, hubiera dicho que el mismo vértigo que mi hija la primera vez que se subió en el balancín del parque. Recuerdo su sonrisa y sus manos pequeñas cogidas a aquella argolla, fría y pelada de pintura, su única aliada, capaz de decidir si hacerla volar o caer, mientras los

cordones de sus botas y su mirada ya se habían desabrochado.

La culpa de todo la tuvo una ducha. Inoportuna. Corta. Cinco minutos de agua y luego el fin. Oscuro. Quién me lo iba a decir. Después, la negrura se llenó de un humo de voces.

No se trataba de olvidar. Consistía en no atragantarse con el vacío.

El tiempo pasó. Era una cuestión inevitable. Permitió que me fuera dejando huellas de plomo. Un día sentí que los pies ya no estaban tan a la intemperie. Simplemente eso. No era un gran avance, pero era algo. Seguía haciendo falta mucha inercia.

A veces me asalta la sensación de que hasta hace poco mi rutina tenía sentido; echo de menos su caos ordenado, esa mezcla constante de timidez y angustia. Ahora esa nostalgia me parece ajena. No me reconozco en ella. Soy otro y estoy en otro sitio. Este. No sé cómo llegué hasta aquí. Pero llegué. Quizá porque no me planteé ningún destino concreto. O porque nunca supe despedirme, pasar página. Afrontar lo imprevisible.

La voz de mi hija. Insistente y lejana, como la megafonía de un centro comercial. Un hilo musical permanente que me acompaña. Me gustaría poder implantarme los brazos de goma de Olivia, la mujer de Popeye, y alcanzar con ellos el pasado y sus secuencias felices. Llegar sin sufrimientos ni esperas a esa voz, a la opción de entablar conversaciones nuevas con ella. No repetidas. No inventadas.

En mi cabeza se reproduce una y otra vez la imagen de la alcachofa de la ducha soltando las últimas gotas de agua perezosas después de apagar el grifo. Era como si en aquel momento, antes de coger la toalla, antes de seguir haciendo lo que tenía previsto, hubiese saltado un fusible dentro de mí que me hubiera incapacitado para dar con el sentido de las cosas. De pronto, mi vida se quedó agarrotada, antes de que fuera consciente de lo ocurrido.

Al salir del cuarto de baño, busqué a mi hija por el apartamento. Pensé que me estaba gastando una broma. ¿Te has escondido? Voy a por ti, dije en tono juguetón. Pronto descubrí que la niña no estaba. Me alarmé. Atravesé el pasillo que llevaba al ascensor. Nada. Bajé a la calle y a menos de quinientos metros me encontré con una ambulancia, la policía y un grupo considerable de bañistas en círculo. El corazón me latió muy rápido. Sentí que algo iba mal. Pedí a gritos que me dejaran pasar. Hacía calor, el sonido de las gaviotas se mezclaba con las voces metálicas e incomprensibles de los *walkie-talkies*. Solo necesité dar con una de sus chanclas de flores sobre el asfalto. No podía ser. No estaba preparado para aquello. Sentí que me caía redondo al ver a mi hija. Su pelo lleno de arena y gravilla hacia atrás, su cuerpo quieto.

En la realidad de todos los días, vuelvo a ese rastro una y otra vez. Ese que no se borra. Las llantas marcadas como olas que nunca terminaron de besar la arena. Están ahí. Las voy pisando cada mañana. Coloco los pies como si los tuviera sobre el acelerador y el freno y la mano derecha sigue reduciendo marchas. Continuamente. Como si fuera el otro. El que se dio a la fuga. El que dejó a mi hija convertida en una bella durmiente eterna sin posibilidad de beso.

Mi vida se ha llenado de pasos de cebra involuntarios. Temo caminar sin mirar a los lados, jamás dejo una puerta abierta. Ya no cuento las veces que cierro el pestillo o giro la llave en la cerradura y aprieto. Para taponar la herida en la madera. Para que no puedan volver a salir los fantasmas.

Recuerdo a mi hija con cinco o seis años sentada en la silla del portero. Todas las mañanas. Mientras esperaba la ruta. Repeinada y sin parar de hablar. En invierno se dedicaba a hacer monigotes con vaho en la ventana de la portería o mordisqueaba alguna de las galletas que llevaba para el recreo. Era incapaz de

dejar las piernas quietas. Parecía una modista antigua. *Tacatacatá*. Hasta que llegaba el autobús. Entonces, se ajustaba la mochila sobre su abrigo rojo, me daba un beso rápido y se iba dejando un feliz rastro de colonia.

Lo paso mal cada vez que me cruzo con una niña que huele parecido. Pienso que me quedaré allí parado; que no sentiré frío ni hambre. No me moveré. Como los muñecos que se quedan sin cuerda, permaneceré allí esperando otro rastro de colonia que me devuelva los pasos o un recuerdo imprevisto y dulce. Me tapo la nariz por no cerrar los ojos y meto segunda con los pies ausentes.

Decidimos que era un buen plan irnos a pasar el fin de semana a la playa. Hacía más de un año que no pisábamos aquel apartamento lleno de camas y desde el que se intuía el mar cuando caía el sol, a través del fogonazo automatizado del faro sobre un edificio de veinte plantas.

Nada más llegar, dejamos los trastos y nos fuimos a dar un paseo por aquel pueblo donde todo lo auténtico había desaparecido por culpa del cemento. Solo las olas parecían resistirse a menguar.

Desde entonces no he vuelto. Aquel lugar se fue con ella a lo más profundo de su cabeza, donde siguen flotando muchas puestas de sol, la belleza de los días que amanecían nublados cargados de gaviotas.

Busqué la manera de huir. Lo intenté, pero pronto descubrí que la distancia es otra cosa. Esto. La nada. El susurro de lo que no está. El número de teléfono sin su voz al otro lado. Su risa. Su desorden. El ím-petu que se quedaba en vacío cuando se iba otro domingo por la tarde de vuelta con su madre, cargada de libros y con la ropa apelmazada dentro de la bolsa.

Al llegar a casa después del accidente, encontré dos calcetines suyos tirados en medio del pasillo. No supe qué hacer.

Temí tocarlos. Eran la representación de todo el llanto, de todas las señales de *stop*, de sus pupilas dormidas en cristal de canica. Verlos allí tendidos me hizo volver a aquel paseo marítimo, a su cuerpo pegado contra el suelo. Sentí de nuevo frío en los pies. Me puse los calcetines buscando protección. Dejé allí mismo las maletas y me senté en el suelo, entre la cocina y el baño. A esperar. Una lágrima, un rebrote de calor o al menos la entereza que me permitiera sacar toda aquella ropa. Hacer lo normal a la vuelta de cualquier viaje. Pero este no lo era.

Lo peor del vacío son las sorpresas. Cuando levantaron el cadáver, encontraron en su mano derecha unas cuantas piedras todavía tibias. Supe después que aquello formaba parte de un regalo que me estaba haciendo en el colegio para el día del padre y que adelantaba todas las tardes con su cuidadora. Un regalo a medias y una vida por delante. Pero yo, como decía Fernán-Gómez, solo quería «una vida alrededor». La de mi hija. Justo lo que no podía tener.

El regalo iba acompañado de una tarjeta. Letras de trazos gruesos marcados a lápiz. Metí aquel trozo de papel en la agenda para demostrar que el regalo me había llegado, más completo que su futuro. Con el uso, el grafito fue creando un mapa de sombras y huellas. El paso de los días lo dejó arrugado, difuso aunque con la intención firme de no abandonarme. ¿Cómo iba a usar aquellas piedras? ¿Qué pensó durante sus últimos segundos teniéndolas en la mano? ¿Se sintió sola?

¿Se reprendió por haberse ido sin avisar? ¿Cómo fue? ¿Por qué tuvo que ser? Nunca lo sabría. A los doce años la vida ha pasado de puntillas, ha dado pocas muestras de por dónde quiere y puede ir.

Hay momentos en que me atrapan imágenes que no pretendo ordenar, porque el tiempo ya se ha encargado de mezclarlo todo, de reducir sus pequeñas señas de identidad.

Aquel pie que metía un poco sin darse cuenta. Esos labios que tenía permanentemente cortados porque no paraba de chupárselos al hablar, como para darse impulso entre palabra y palabra.

Conversar con ella era divertido. Disparatado. A veces, después de lanzar un montón de argumentos sobre un tema concreto, recapacitaba y terminaba riéndose de sí misma a carcajadas por la cantidad de excusas inverosímiles que había usado para demostrar que tenía razón, aunque no la tuviera.

Después de lo ocurrido, jamás me planteé dormir en su cuarto, ni releer sus libros, ni ponerme a encontrar notas para reconstruirla y llegar a conocerla mejor. Siempre detesté al lobo de Caperucita Roja por ser capaz de ponerse el camisón de la abuela, su gorro, imitar su voz, hacerse con su casa.

Poco a poco fui ocupando parte de sus espacios. No quería que se convirtieran en elementos procedentes de un reino deshabitado. Adquirí la costumbre de hablar con ella a través de las fotos que tenía desperdigadas en varias cajas. Durante meses me obligué a pegarlas de forma escrupulosa en álbumes según iban apareciendo. De este modo recomponía su estela, no el tiempo. Los guiños que me hacía desde donde quiera que estuviera. Las instantáneas movidas eran las que más me gustaban porque la hacían irreal y posible. Estaba. Sin fondo. Difuminada. Allí. Flotando en el éter.

No puedo hablar de recuperación ni de calma. Solo de un vacío que se ha esparcido dentro de mí como una mancha de fuel en el mar. Lento e incorregible. Me he habituado a seguir, aunque me duela el agua en cada ducha. Aunque me sobren las habitaciones y los velcros de esta mochila vacía y bien cerrada que llevo sobre los hombros.

Me siento en el único sitio que queda en el vagón. Dejo que la mirada se esconda tras las espaldas y las piernas de la gente que

va de pie. Muevo las piedras en la mano. Las toco con ternura, sin ninguna prisa, sintiendo cómo late la rodilla, cómo parpadea a medias el ojo tapado. Consciente de estar atrapado en el tiempo de los caracoles. En una mucosidad indeleble que va marcando el camino largo, torpe, difuso, que supura entre mi corazón y el asfalto.

✻

Desde que estoy en casa por obligación, me siento un poco James Stewart. Más por las ventanas que por la indiscreción. Aparte de la disección de ruidos, me busco cosas peregrinas que hacer. Abro armarios y cajones como cuando era pequeño y llegaba al apartamento de la playa para ver si hay algún tesoro encerrado. Termino pronto con la batida porque solo suelo requisar mecheros, recibos de compra de hace meses y lápices sin punta.

Después de las curas, por la mañana y por la noche, me da por coger el mando de la tele. No para utilizarlo. No hay nada que me resulte más deprimente que una televisión encendida todo el día. Como para acompañar. Tener el mando en la mano es una manía, como el que lleva clips en los bolsillos. Poder apretar el mando como si fuera una pelota antiestrés me relaja. Quizá sea una neura de periodista. No sé. Visto así tiene sentido, pero en el fondo, aparte del efecto placebo, a mí me lo que me tiene enganchado es la sensación de poder que me da tener el mando entre los dedos sin dejarle ni la más mínima opción a la parrilla. Imagino que es la misma dependencia que sienten los que encienden la televisión para dormir o para no pensar que

están solos y que el mundo es una mierda.

Para cajas bobas, las ventanas. Tengo dos en el salón. Me acostumbré a no poner cortinas. Los techos son altos y al vivir en un sexto la luz entra todo el día.

Es un salón grande. En un lateral tengo mi mesa de trabajo. Es el espacio en el que estoy habitualmente.

Uno no se da cuenta de dónde está, de qué hace o de qué no hasta que tiene tiempo.

Desde que estoy convaleciente me sé de memoria las manchas del parqué, qué lamas crujen, cuáles se están abombando. Cómo gira el sol, por dónde entra y a qué hora. Me he hecho amigo de un gorrión que viene todas las mañanas, justo cuando las campanas del convento que hay detrás tocan las doce. Es un pájaro suizo. Jamás se retrasa. Para agradecerle su fidelidad, le dejo un cuenco con agua y un plato con migas de pan. A veces, para variar un poco, le pico pistachos. Cuando se termina su aperitivo, da un salto y se va. Hasta el día siguiente.

Fue con él con quien descubrí lo de estar detrás de una ventana. Mirar a través de ella. Sin buscar nada. Olvidando quizá esa facha de pirata que debo de tener. Miro. Yo, que nunca he sido muy dado a hacerlo. No me interesa controlar la vida de los demás. En la ventana tengo la sensación de estar en un aeropuerto. Fuera de sitio. Observando la pista sin subir a un avión.

Como no puedo bajar por el momento la cabeza, he de mirar al frente. Al otro lado tengo un hostal y una pareja que acaba de instalarse. El hostal tiene tres balcones, donde la mayor parte de las veces hay gente fumando con cara de sueño y de sexo rápido y alfombras raídas tendidas sobre la barandilla. Siempre intento fijarme en los pies de los que salen a fumar. Si llevan calcetines o no. Me desagrada comprobar que la mayoría van descalzos. Gracias a horas y horas de mirar por la ventana,

ahora sé cuál es el verdadero puerto de entrada de las enfermedades venéreas.

En la casa de los recién llegados hay cajas. Una enorme sensación de vacío por rellenar. Tiene pinta de que se la han regalado los padres de ella para dar un empujón a la relación. Son jóvenes y es una finca cara. No sé qué pensará él de todo esto. No hay movimiento hasta que oscurece. Llegan a última hora. Parecen normales. No me ha dado tiempo aún a cogerles el punto.

A ratos me acuerdo de Christopher Reeve. De Superman a una silla de ruedas por culpa de una caída montando a caballo. Pienso en él a menudo, cuando los días se me hacen demasiado largos. Seguro que él tenía una casa grande, con mucho jardín para poder proyectar la vista lejos. Pero yo creo que, por mucho verde que te pongan, es tremendo pasar de volar, aunque sea de forma simulada, pero volar al fin y al cabo, a estar sentado para siempre. Sin poder extender los brazos. Ni las piernas. Yo no tengo césped ni árboles. Solo una fachada a pocos metros que al cabo de las horas me hace meter un poco el ojo sano. Pienso en Christopher Reeve para animarme. Le he cogido cariño. Tanto que me da pena ponerme de nuevo sus películas por si me decepciona y no se corresponde con la imagen que he logrado ir haciéndome de él a fuerza de acordarme y acordarme, cuando el tiempo me para en las ventanas. Recurro a él en los momentos críticos y me funciona. No quiero abusar, sería como faltarle el respeto. Recordarle me hace comprobar que no estoy tan mal. Que me puedo levantar, que podría volar si quisiera dentro de unos meses. La última vez que recurrí a esta terapia de choque, abandoné el salón y me fui a cocinar de forma frenética para un batallón imaginario. Horas y horas de pie, con la pierna colocada sobre una silla con almohadón, mientras cortaba en juliana todo lo que tuviera pinta de haber salido de una huerta.

Cada día es un mundo.

De vez en cuando recibo visitas. Me llaman antes por si acaso. Me conocen y saben que soy un poco arisco sin dolores, así que con ellos prefieren preguntar. Dos días a la semana, Paquita viene a limpiar y a intentar husmear en todo lo que puede. Paquita es la asistenta de mi madre. Lleva en su casa toda la vida. Es una mujer singular. Relimpia y buena cocinera, pero tiene un pequeño problema de cleptomanía. Si al hacer las habitaciones se encuentra con algo, directamente se lo queda. Lo vi en el suelo y ya es mío, porque lo que es de España es de los españoles, don usted. Eso dice. Había trabajado en tantas casas que se había negado a llamar a nadie por su nombre para no cogerle cariño. Cuando empezó a trabajar en casa de mi madre, se obsesionó con ella: la seguía por todas partes, le besaba las manos y le decía con los ojos llenos de lágrimas que era igualita que Sara Montiel, doña usted, igualita. Que no podía evitar besar y tocar esa cara de medalla. Poco a poco fue perdiendo ese hábito. Paquita, que se iba al pueblo los fines de semana a ver a su novio, le contó que habían cerrado la única sala de cine que había en Tordesillas. Mi madre entendió que esa era la causa que le hizo abandonar el fetichismo cinéfilo por la posesión insaciable de objetos perdidos.

A Paquita le pongo trampas para saber cómo limpia y si se queda con algo. Salvo por culpa de algún catarro o la vuelta de algún viaje, jamás habíamos coincidido en casa. Hasta la fecha evitaba encontrármela, prefería irme al bar de al lado con tal de no verla, aunque estuviera enfangado con un reportaje o me tocara terminar de picar una entrevista. Es de las que se te acercan y se te ponen a hablar aunque te vean hasta arriba de papeles, hablando por teléfono o escribiendo. Y claro, en esta situación prefiero no estar porque no hay prudencia que valga. Pero ahora me toca estar. No tengo escapatoria. Intento

convencerme de que no le hablaré, me diga lo que me diga, como si decide rodearme de bayetas y hacerme tope con la fregona. Pero llega y en ese charla que te charla termino diciéndole algo, gruñidos que ella interpreta como muestras de interés. Y sigue y sigue. La semana pasada, mientras planchaba en la cocina con la cabeza fuera a través de la ventana que da al salón, le tiré una muleta. Casi le dio. No podía más. Decidí que cuando estuviera me pondría tapones. Fui al botiquín del baño para ver si tenía. Descubrí que había ordenado los medicamentos por laboratorios. Algo que no hace con los libros, que coloca del revés cuando quita el polvo de las estanterías. En una balda había puesto las medicinas que he comprado con receta, en otra los que había comprado sin receta (me di cuenta porque no tenían el cartón con el código) y en una tercera y última línea, los genéricos. Sentí miedo. Pensé que a lo mejor las cajas no se correspondían con lo que había dentro y que en el fondo, como sabía que no la soportaba, quería matarme. Fue un brote de aprensión por sobrecarga. Lo reconozco. Abandoné la idea de llevar tapones. No quería que Paquita me pillara desprevenido después de haber visto aquello.

✻

Las semanas han ido pasando. No he sido muy consciente hasta que una mañana comprendí que tenía que apagar la calefacción. Miré el calendario. Abril. Semana Santa.

Nunca suelo estar. Escapo. Pero este año no podía ser.

De pronto caí en la cuenta de las dos iglesias que tenía al lado. Una detrás de mi casa, pegada al convento que tocaba las doce para que mi amigo el gorrión viniera a tomarse el aperitivo, y la otra en el lateral, casi al final de la calle. Ambas eran casas hermandad y en estas fechas sus cofrades se pondrían, seguro, de tiros largos. No quería adelantarme a la banda sonora de tambores, trompetas y cánticos procesionales de feligreses entregados que me esperaba. Me consolé pensando que estaba en una ciudad de perfil bastante bajo en este tipo de celebraciones. Asumí que habría que pasarlo. Otra cosa más. Incluso si llegaba el caso y me pillaban de buen humor, me plantearía cantarles alguna copla, a modo de saeta, desde arriba como contrapunto. Cuando ya casi había conseguido quitarme de la cabeza el mundo costalero, sonó el timbre. No esperaba visita.

Abrí y me encontré con los hijos de mis vecinos, Raúl y David, vestidos con unas túnicas tiesas de color azulina. ¿De qué

vais? ¿Es carnaval?, les pregunté. No, dijeron con cara de no saber si mi pregunta era una broma. Entonces, ¿de qué vais? De nazarenos. ¿Sí, estáis seguros? Sí. Los niños se habían quedado pálidos. Se dieron media vuelta, entraron en su casa y volvieron a salir con su madre. ¿Qué ha pasado? Raúl y David querían enseñarte sus túnicas, es la primera vez que van a salir en una procesión.

Elena y Enrique, su marido, son buena gente. Él es químico. Ella era enfermera, pero dejó la profesión tras el último embarazo para montar una tienda en el local donde hasta ahora había estado el estanco. Además de ropa, calzado y complementos, sobre todo de natación y esquí, Elena ha mantenido a los antiguos proveedores y también despacha chucherías, sellos y abonos transporte. Es una tienda de deportes bazar porque a veces, con la excusa de los forros polares, trae batas a un par de señoras mayores enfermas de Parkinson que siempre van muy abrigadas, camisetas de Thermolactyl o botones para evitar que la poca clientela que tiene se le vaya a una mercería. La tienda no tiene escaparate y la gente, cuando entra, cree que se ha metido en una asociación o en un almacén de Cáritas. No han puesto un rótulo en la fachada. Solo un metacrilato con DEPORTES CEPERO en la pared, junto a la puerta, que nadie lee. En el barrio les llaman los Decathlon.

En ese momento recordé que eran sevillanos, de ahí que Raúl y David fueran a iniciarse en el universo de los pasos. Los niños esperaban que les dijera algo agradable, pero era difícil. Las túnicas eran rígidas, de color mecánico, y se quedaban vueleadas dejando a la vista unos náuticos teñidos en ese mismo azul imposible, menos en la zona de las suelas, que eran blancas. Me daban pena. ¿En qué procesión salís? En la de la Virgen del Perpetuo Socorro. Qué bien, intenté poner cara de alegría o algo lo más parecido a eso. Pero luego no lo pude evitar y les

pregunté por las túnicas. Son muy chulas, no consigo saber de qué tipo de tela están hechas. Los niños se miraron y levantaron los hombros. Fue Elena la que me sacó de dudas. Se las he hecho con los toldos de la terraza. Siempre nos pareció una ostentación lo del terciopelo y un dineral para un solo día. Con estas de loneta prueban y, si al final resulta que les apetece ser nazarenos, pues entonces ya veremos si nos lanzamos al terciopelo con las del año que viene. Pero para la experiencia piloto nos parecía mejor algo más sobrio. Los niños tienen que valorar algo más que el atuendo y aprender a no ser caprichosos. Lo importante es la fe. Tragué doble. Era incapaz de decir nada convincente. Se me acababa de romper el mito sevillano.

Raúl y David entraron de nuevo en su casa, esta vez para coger los capirotes. La cosa iba de mal en peor. Al ponérselos, los capirotes no se les quedaban en pico. Elena los había forrado de cartulina, pero no se adaptaban a la forma de la cabeza y la apertura que les había hecho para los ojos resultaba siniestra. Pensé en los miembros fundadores del Ku Klux Klan. ¿Se habrían hecho el traje con lo primero que hubieran pillado a mano o habrían pedido consejo? A los niños les iban a hacer la procesión imposible. No tenía duda. ¿Qué quieres que te traigamos, caramelos o cera? Lo que queráis, les dije mirando a otro lado. Cera era lo que iban a recibir por todas partes. Yo ya estaba imaginándome que no acababan el recorrido, que los municipales les sacaban del grupo para levantarles el capirote, convencidos de que eran los mismos matarifes que vendían globos y de paso robaban alguna cartera por el centro disfrazados de Hello Kitty y Bob Esponja.

Estuve tentado a invitarles a merendar con tal de que no salieran a la calle. Pero Elena les dijo que me dieran un beso y me prometieran que, si a la vuelta no era muy tarde, se pasarían a contarme cómo había ido. Aquellos niños iban a sufrir como

jabatos. Era viernes de Dolores. Bien buscada la alternativa, desde luego. ¿Qué necesidad tenían sus padres de hacerlos mártires? Lo iban a pasar fatal. Nadie iba a dejar de mirarlos. Si es que les dejaban salir, porque con aquel atuendo, la hermandad perdía estatus al instante. ¿De qué servía una restauración del manto de la Virgen con aquellos custodios vestidos de toldo? ¿No se daban cuenta Enrique y Elena? Habría sido mejor que los niños hubieran ido en chandal. Salí al balcón a ver cómo se iban. Parecían contentos. En ese instante me asaltó otro episodio de hace unos cuantos años.

Una noche, Elena vino a pedirme un radiador. Se le había estropeado la calefacción. David era recién nacido. Cuando entré con el aparato en su casa, me pidió que lo dejara en su habitación. Una vez allí, vi que el tabique lateral del dormitorio tenía un agujero enorme que daba a la fachada. Por mucho que lo enchufara, aquel calefactor no iba a servir de nada. ¿Cómo ha pasado?, le pregunté. No lo sé. Una mañana, al levantarnos, estaba así, me dijo Elena, como si se hubiera desprendido de repente. He colocado la cuna en el otro lado para que el niño no esté tan expuesto. La habitación era una cámara frigorífica. Cuando pasó pusimos unos plásticos, pero terminan cayéndose, me siguió contando. No se sujetan y tampoco aíslan demasiado. Ayer se nos metió una paloma. Le dije que no podían estar así, que el bebé corría riesgo. Que si de repente y sin recibir ningún impacto —el agujero era como el que queda tras los golpes de la grúa antes de una demolición— había brotado eso, el peligro afectaba al edificio. Nos afectaba a todos. Elena parecía controlar su preocupación. Hay noches que me llevo a David al salón o a la otra habitación. Va forrado con neopreno y mantas de escalada. Parece no tener frío. Le pregunté si había avisado al administrador. Sí, pero no se ha pasado nadie todavía. Le ofrecí mi casa, pero Elena lo desestimó. Espero que el tiempo mejore.

Gracias por el radiador. Eso fue lo que dijo. Con tranquilidad.

Al volver a entrar en casa, tuve la misma sensación que ahora viéndoles ir hacia la iglesia. David es un niño de complexión fuerte, al que jamás he visto toser ni con mocos. Quizá salió reforzado de aquella ventisca. Iba riendo de la mano de su madre. Con el capirote torcido y aquella túnica tiesa. Como su hermano. Riendo. De qué dependerán las defensas, me dije con una tristeza pegada a los ojos como legañas después de una mala noche. Viéndoles supe que en su caso era una cuestión de resistencia. Que aquella resistencia les aportaba una indiferencia total. Valor. Si de algo estaba seguro era de que las defensas no eran creyentes. Aquello no podía tener nada que ver con la fe.

✻

Me había quedado sin comida. Paquita no vendría a casa hasta mañana. El supermercado estaba cerca. Tendría que andar poco. Me habían recomendado reposo para la pierna y por la vitrectomía, pero no tenía de nada en la nevera y la tripa me rugía, así que bajé a comprar.

Intenté ir a tiro hecho para tardar lo menos posible. A pesar de las gafas de sol, los fluorescentes me molestaban. Me resultaba muy difícil ir con un ojo tapado y con la rodilla vendada. Cogí un par de botellas de vino tinto, pan, una lechuga. Cuando iba a por queso, la vi. Como siempre que coincidía con ella, me la quedé mirando para intentar entresacar alguna información, algo que me permitiera situarla más allá de aquellos pasillos numerados.

Recuerdo la primera vez que me fijé en ella. Fue hace unos meses. Era fin de semana. Entré a comprar espuma de afeitar. Di varias vueltas. Siempre me pierdo. Me cuesta encontrar la sección de perfumería. Estaban a punto de cerrar y no quedaba casi nadie en la tienda. Ella era una de esas pocas personas. Me pareció enigmática. Había algo en ella que me inquietaba y me resultaba familiar. Que me impedía dejar de mirarla. Después de aquella

tarde, volví a encontrármela en varias ocasiones.

Por mucha atención que pusiera cuando la veía, las conclusiones a las que pude llegar solo me permitieron conocer algunas rutinas de aquel espacio. Por ejemplo, que los suelos del supermercado se manchan cada tres cuartos de hora, sobre todo en las zonas de pescadería y frutería. Y que en el resto, este tiempo no se cumplía porque un carrito con escobillas te limpiaba los pies cada cinco minutos y retiraba la suciedad bajo los estantes. Empecé a tener cierto control sobre el sistema de limpieza y su posible eficacia, pero ninguna pista sobre ella. Si de algo me sirvió estar atento fue tener la seguridad de que en el supermercado todo lo que no debería desparramarse caía y llenaba las baldosas de colores viscosos y olores extraños. No fallaba. Ocurría cada tres cuartos de hora.

Cada vez que pasaba, ella se quedaba mirando las manchas como si fueran destellos de luz. Un mensaje oculto capaz de construir un mar de espuma entre tantas botellas, tantos botes de legumbres o tomate frito. Señales que, a su manera, pretendían encontrar un destinatario con ganas de cambiar su vida antes de plantearse si pagar al contado o con tarjeta.

Ponía cara de estar pensando en esto cuando la veía. Cuando de nuevo algo se rompía contra el suelo.

Ella nunca cogía un carrito. Siempre llevaba cesta. La dejaba así, colgada de su brazo izquierdo como si fuera una Caperucita sin hambre que, en vez de cruzar el bosque, prefería caminar por entre las ofertas y el vaho inmovilizador de los congelados.

La cesta colgante le permitía tirar de una sillita con muñeca sucia de ojos de cristal ya fijos, con los que parecía querer decir a gritos que antes era capaz de parpadear, pero ahora nada. Lástima de pestañas largas. Quizá esos ojos miraban el interior de la gente. Cazaban las pesadillas ocultas, la vulnerabilidad. El

pudor.

Supe por la encargada que cuando apareció no dio muchas explicaciones; enseñó una fotocopia arrugada del DNI y contestó unas cuantas preguntas a los vigilantes de seguridad que no se fiaban de alguien como ella, tan perpleja y con una muñeca a cuestas. Al poco tiempo ya se había convertido en una habitual, la llamaban incluso para que se pasara por la garita a tomarse un vino en vaso de plástico cuando llegaba Navidad o el cumpleaños de algún compañero.

Nadie sabía qué hacía antes. Adónde iba después. Si tenía casa. Mascotas. Alguna serie favorita. Esas cosas que parece que definen a uno y le dan tranquilidad frente a los contrarios.

Ella llegaba puntual, en cuanto se abrían las cajas y empezaban a entrar los primeros clientes. No molestaba. Saludaba y hacía una ruta que cada día cambiaba. Nadie sabía en función de qué criterios. Compraba poco para la cantidad de tiempo que pasaba allí. Tenía el pelo largo. Siempre lo llevaba recogido.

Hablaba lo justo. Se sabía de memoria los códigos de todos los productos e incluso cuando el auxiliar de la entrada se iba a quedar sin plástico para embalar los bártulos de los que venían cargados, pero dispuestos a seguir comprando.

Me intrigaba saber en qué ocupaba tantas horas. Su principal pasatiempo parecía que era quedarse mirando fijamente a la gente. No a todo el mundo. Daba la sensación de que hacía una selección. Imaginaba que dependiendo del ánimo y de los días. Las veces anteriores siguió con la mirada a mujeres ancianas. La gente, cuando se sentía observada, se asustaba. Cuando la pillaban mirando, lo primero que pensaban era que lo hacía más allá de ellos, pero les resultaba fácil darse cuenta de que no, tenía la vista clavada en sus caras. Muchos presentaron quejas. Es inofensiva, les confirmaban mientras sus ojos seguían

intentando robarles el alma o alguna cosa de interés, profunda y silenciosa. Nadie sabía qué buscaba.

El personal del centro comercial la trataba como una niña, quizá por la muñeca, pero había notado desde el primer día que sus ojos estaban cansados de haber visto mucho. Su mirada había sufrido, se había asustado, había amado, se había sorprendido. Había ido y vuelto muchas veces por casi todos los caminos. Lo mismo decían su piel y sus manos. Lo raro es que, a la hora de ponerle edad, me asaltaba la duda de si se acercaba a los cuarenta o a los cincuenta. Me desconcertaba su ambigüedad. Tenía una dureza dulce y una pequeñez que la convertían en atemporal.

A la muñeca se le caía un poco la cabeza hacia el lado izquierdo. Ella se la colocaba para atrás cada vez que ocurría. Repasaba la sillita, le ajustaba el cuerpo dentro del cinturón de tela y la recostaba, como si fuera un bebé de verdad que no pestañeaba.

Me acerqué a ella. Le di un zapato que se le había caído a la muñeca. Gracias. No hay de qué. Quise quedarme un rato así. Pensé en inventarme una excusa o hacerle la primera pregunta que se me ocurriera para alargar ese momento. Quería saber quién era. Por qué se pasaba la vida en el supermercado. O al menos por qué me lo parecía. Fue ella la que se adelantó. ¿Qué le ha pasado en el ojo? Desprendimiento de retina. Me operaron hace unos días. Me temo que a mi muñeca le pasa algo parecido.

No está loca, estoy seguro. Lo que acumula es tristeza. Una tristeza de la que no puede huir cuando está sola. Sin darme cuenta, le pregunté si le apetecía dar un paseo, sin acordarme de la pierna ni de lo que llevaba en la mano. Aún me queda un rato. Si quiere, podemos vernos cuando cierren. De acuerdo. A las nueve aquí. Pagué y me fui a casa con la extraña sensación de que ella tenía una historia para mí. Una historia que quizá me cambiara la vida. Algo que me hiciera ver.

✻

Decidí quedarme en la esquina. No quería parecer impaciente. Desde allí podía ver el supermercado sin demostrar que la esperaba. A las nueve y cuarto bajaron el cierre y, unos minutos más tarde, apagaron la luz; entonces unos cuantos mozos sacaron toneladas de cartón y unas cajas con verduras y fruta pasada que rápidamente alguien se llevó. No quise mirar el reloj. En esa penumbra no podía ver bien la hora. Estaba nervioso y no quería empeorar.

Al salir, ella fue hacia la esquina. Perdón por el retraso. Le pregunté qué le apetecía hacer. Me tomaría una cerveza. De hecho, he cogido unas cuantas. Si te parece, nos las tomamos en el parque. Me gustó la idea. Hacía una noche demasiado buena como para ir a un bar. Encontramos un banco estratégico. ¿Tienes un lado preferido?, le dije, sintiéndome un poco bobo. Sí, el izquierdo. Se sentó y sacó dos latas. Toma. Al abrirlas, dejamos las anillas en los dedos y brindamos con ellas. Los dos a la vez, como si lo hubiéramos hecho siempre. A estas alturas, lo normal hubiera sido preguntarle por su nombre o derivados con los que iniciar una conversación. No me sentía capaz. La observaba. ¿Me la sujetas? Me dio la lata y se puso a plegar la

silla con la muñeca dentro. ¿Por qué la guardas? Porque tiene que coger fuerzas para mañana. Sonrió y empezó a hablar con naturalidad, como si hiciera mucho tiempo que no nos viéramos y tuviera muchas cosas que contarme. Para estar más cómoda subió los pies y se encogió haciendo balancín. Me contó que vivía en el barrio. Dos calles más allá de la mía. Que me conocía de vista. Parece que teníamos sitios en común, pero yo no la recordaba. No voy siempre con la muñeca. Habló y me contó tanto que fui incapaz de quedarme con la mayoría de las anécdotas. Solo recuerdo que, después de hablar de otras ciudades y de libros y de tomarnos las últimas cervezas, me dijo que estaba preparando una guía. Una guía práctica del llanto. Y que se llamaba Lea. Me dediqué a escucharla. No formulé ninguna de las preguntas que me había propuesto. Me acompañó al portal y quedamos en vernos dos días más tarde. Al entrar en casa sentí que se me iban a hacer muy largas esas cuarenta y ocho horas.

✻

Lea había estudiado Psicología, Criminología y Periodismo. La santísima trinidad para aquel que quiera aprender a contar algo, decía, porque para explicar primero hay que intentar entender. La realidad está llena de márgenes. De curvas y trampas. No es fácil. Desconfía de la vida que lo parezca.

Lea creció en un ambiente de búsqueda y relato constantes, una curiosidad metódica inculcada por un padre psiquiatra y una madre oftalmóloga que la enseñaron a analizar lo que ocurría alrededor y dentro de uno mismo con naturalidad. Sin prejuicios.

Crecí con ese hábito de observar y contar sin darme cuenta. Mis padres trabajaban cada uno en un hospital, pero pasaban consulta en casa. En habitaciones contiguas que daban a dos pequeñas salas independientes. Mi padre no era muy amigo de que yo hiciera los deberes con las enfermeras. Por un lado, le parecía bien que los pacientes vieran una niña al entrar. Eso les tranquilizaba. Lo que no le gustaba tanto eran las salidas de algunos de los enfermos que, al ir a pedir una nueva cita, los volantes para una prueba o la medicación, se mostraban violentos, intimidantes o demasiado tristes. No creo que debas

ver ciertas realidades antes de tiempo. No quiero que lo pases mal sin necesidad. Papá me lo decía porque siempre terminaba relacionándome con ellos. Preguntándoles cosas personales, muy directas y poco propias de una niña, pero que ellos contestaban sin reparos porque les hacía gracia que les prestara atención. Hablando con ellos, observándoles, aprendí a discernir sus estados de ánimo, patologías, síndromes, posibles causas de enfermedad y de dolor. Los pacientes de mi padre eran un grupo pequeño que solo cambiaba tras largas temporadas. Algunos desaparecían, pero volvían al cabo de los años. Al verlos, les hacía ver que seguía acordándome de ellos. Ese arranque de sinceridad les hacía sentir importantes o, al menos, queridos.

La consulta de mi madre era más tranquila. Me gustaba analizar la cara de la gente cuando les dilataban la pupila. Desde el momento en que empezaban a ver borroso, la mayoría se empeñaba en leer, mirar el reloj. Fijar la vista. Cierren los ojos. Estarán mejor, les repetía a cada rato Claudia, una de las enfermeras. Muchos, si cerraban los ojos, se quedaban dormidos y se ponían a roncar con la boca abierta, mientras que otros se encargaban de chasquear la lengua, como si trotara, para acabar con aquellos sonidos que iban volviéndose más y más fuertes. A veces se producían situaciones divertidas. Recuerdo a una señora que vino con su hijo, que tenía conjuntivitis. Mi madre le mandó unas gotas. Al recoger la receta, la señora le preguntó a Claudia cómo se las tenía que poner. La doctora Gómez me ha dicho que cinco, pero no sé si tres en un ojo y dos en otro o cinco en cada uno. Claudia me miró para evitar que me riera. Cinco en cada ojo durante cuatro días, le aclaró. Ya verá cómo mejora.

Lo más duro era la ceguera. Daba igual que fueran ciegos de nacimiento o funcionales. La herida estaba ahí, entre la oscuridad y la pérdida. Lo más doloroso para mí era verlos tranquilos. Me parecían héroes que me tocaban la cara para ver

cómo estaba creciendo, cuyo tacto me conmovía. Que reconocían mi forma de andar por casa y me saludaban mirando hacia mí con sus ojos huecos antes de que yo me hubiera acercado.

Solía repartirme, en función de los deberes, entre una sala de espera y otra. Aprendí a desarrollar un instinto de observación complementario. Empecé a percibir a los pacientes al revés: los enfermos con algún problema mental, como si lo suyo tuviera su base en los ojos, y los que tenían la vista afectada, como si las causas, o cierto mar de fondo de cuanto les ocurría, estuvieran en su cabeza.

Aquello me hizo estudiar Psicología. Hice prácticas en el mismo hospital donde trabajaba mi padre. Asistí con él a muchas de sus consultas. Pude conocer más a fondo sus casos. Al acabar la carrera, me especialicé en Psicología Clínica y me matriculé en Criminología y Periodismo. Como si quedara poco para que se acabara el mundo. Al terminar Psicología estuve trabajando en centros de menores, en una cárcel y en ambulatorios. Hice suplencias en colegios como profesora de apoyo. Tenía poco tiempo y muchos niños. Me sentí tan impotente que lo dejé y volví al ambulatorio. Pero me faltaba algo. Me atraía la normalidad en la disfuncionalidad. Lo que había tras ella. No lo sórdido, sino lo que se esconde debajo y que aparentemente no se nota. Trabajé una temporada para la policía científica, traduciendo informes y estudiando los perfiles de unos cuantos delincuentes. Pero me cansé de ver lo mismo. Violencia por maldad o simple supervivencia. Toda investigación se reducía a eso. Así que de un día para otro alquilé mi casa a unos amigos y me fui. Sin rumbo. Aún tenía edad para permitírmelo. Necesitaba perderme. Conocer otros sitios. Otra gente. Poner a prueba mi cabeza y mis ojos. A lo tonto he estado quince años fuera. Volví hace un año.

En ese tiempo empecé a interesarme por cómo el ser humano manifiesta sus miedos, la crueldad, el dolor, la alegría y la tristeza. Cómo reconoce esos estados, qué hace con ellos. De qué forma y para qué se liberaban. De niños a ancianos, todos estamos unidos por las lágrimas. Yo había crecido entre ellas. Por mi casa vi un catálogo amplio de depresiones, fatigas crónicas, bipolaridades, enfermedades neurológicas en bebés, ojos secos, fondo de ojos. Felicidad cuando alguno de ellos se recuperaba. Todo aquello provocaba lágrimas. Recurrían a ellas, ya fueran espontáneas o artificiales. Me pareció que en las lágrimas se condensaba ese tratamiento que me inventé de niña, aquel en el que la cabeza habitaba en los ojos. Las lágrimas, esos pequeños restos de mar que brotan sin instrucciones, como confirmación o como una petición de auxilio o de celebración, van más allá del lenguaje y del automatismo. Aparte de la documentación que había ido recopilando durante este tiempo, quería encontrar y desarrollar casos y consejos prácticos sobre el llanto. Dar forma a una guía.

✻

¿Por qué la muñeca y el carrito? No me había atrevido a hacerle la pregunta hasta ahora. La muñeca lleva una cámara en los ojos. Eres la primera persona a la que se lo cuento, me dijo Lea. Llama menos la atención sentada y tengo mejor ángulo de lo que graba, sobre todo de las caras. No voy a difundir esas imágenes, las utilizo para estudiar y comprobar conductas. Imagínate si además de la muñeca me pusiera a repartir autorizaciones entre las personas que me interesan para cumplir con la ley de protección de datos. Nadie accedería. Lo habitual es que la gente piense que estoy loca o que tengo alzhéimer. Cuando empecé a pasar tiempo en el supermercado, los de seguridad estaban muy mosqueados conmigo. Entiendo que no es común ver a una mujer con una muñeca venir asiduamente a no comprar, a no hacer nada. Solo a estar. Los chicos del supermercado creen que me aburro y que, como siempre he querido escribir, vengo aquí a buscar personajes y situaciones para una novela o para el guion de una serie. Les comenté que nada más acabar Periodismo estuve haciendo reportajes sobre la vida cotidiana. Aquel argumento pareció convencerles. Creen que siento nostalgia de aquello y deben de pensar que prefiero venir aquí en vez de

quedarme en casa a inventar delante de un ordenador. Sea como sea, mi excusa funcionó y no han vuelto a querer saber más. Al principio me hablaban como si fuera pequeña o tonta, con una delicadeza empalagosa. Supieron darse cuenta pronto de que ni era tonta ni pequeña y que tenía un señor carácter sin necesidad de abrir la boca. Ahora, cuando me ven mala cara, me suelen decir simplemente: ¿qué, tu historia no va como querías, te acostaste tarde? Agradezco que estén pendientes de mí. Me ven como parte de la tienda.

Olga, una de las cajeras, al principio pareció tragarse la versión oficial, pero fue un poco más allá; quiso saber qué me pasaba con aquella muñeca, de quién era. Se había fabricado su propia ficción. Pensó que era de mi hija, de una hija enferma que había muerto y que esa muñeca la había acompañado hasta el final, en el hospital y en casa; y ahora que mi hija ya no estaba, se había convertido en su reemplazo y me obligaba a vagar con ella por todas partes. De este modo, según Olga, dejé de relacionarme con el mundo para estar con ella, porque prefería su compañía a la de cualquier otro. Me debía de ver muy mal.

Una tarde me trajo una bolsa con un montón de ropa para la muñeca. Me preguntó si tenía nombre. Me contó que su hija ya no jugaba con ella, que se pasaba el día pegada al portátil o a la Wii. Para contentarla, le expliqué que la muñeca era mía. Que me la habían regalado mis padres cuando cumplí cinco años. Que se llamaba Berta. No le di más datos. Fue suficiente. Noté que Olga necesitaba hablar. Refugiarse. La ropa era su forma de pedir permiso y auxilio para olvidar al menos por un rato una vida que no le gustaba.

Olga fue mi primer caso práctico.

Le pedí a Lea que me explicara por qué había elegido un supermercado. Porque es el único sitio al que la gente acude a diario o casi a diario por necesidad. Hacer la compra es mucho

más que llenar una cesta. Comer es inevitable. Las casas, la ropa, los zapatos han de estar limpios. Más allá de ese componente obligatorio, de esa dependencia, un supermercado es un espejo. En él puedo reconocer la conducta de los que vienen. Seguir sus parámetros. Sus obsesiones, sus miedos. Las ganas de celebrar algo. Lo que ocultan, lo que sueñan. A su manera. Más allá de la dieta y del poder adquisitivo. El supermercado es un submundo donde se concentran los hábitos, los impulsos, la prisa. Donde lo metódico o la improvisación no siempre responden al objetivo de cumplir o no con una lista; forman parte de algo más oculto. Íntimo. A veces no necesariamente grave. En un supermercado nadie se cuestiona quién es y si alguien está tratando de descubrirlo. La gente va a comprar, al menos eso creen. Saben que hay cámaras repartidas y camufladas para controlar los robos, pero no sus estados de ánimo. Y lo último que a nadie se le ocurriría pensar es que hay una tipa haciendo un estudio sobre el llanto. Les parecería una chiflada. Algo fuera de lugar.

Berta se pasaba las tardes de consulta conmigo. Con ella probé todo tipo de colirios, de pomadas. Apliqué todos los tratamientos posibles que veía que realizaban mis padres. Berta ha sido siempre mi muñeca paciente. La que poco a poco se fue quedando con la mirada fija y la cabeza un poco caída. Cuando empecé a profundizar en el llanto, pensé que me podría ayudar a entender más acerca de él. A recopilar gestos, movimientos espontáneos y reacciones de la gente. El supermercado es solo un escenario más.

Me estremecí al oír aquello. Noté que las vidas se cruzan como las estelas que dejan los motores de los aviones en el cielo, que lo descomponen y lo demarcan por un momento y luego desaparecen. Son pistas para un observador rápido, porque el cielo al poco rato vuelve a ser el de siempre. Se oculta hasta nueva orden. Sentí que todo aquello que estaba pasando, lo que

Lea me contaba, no ocurría por casualidad.

Jamás me hubiera imaginado que iba a conocer a una persona como ella y menos en un supermercado. Era como si hasta ese momento hubiera sido un puzle con varias piezas perdidas o abandonadas que durante años no me pregunté dónde estaban. Aprendí a vivir con una imagen incompleta. A la fuerza, porque no se me ocurría un remedio mejor. Pero ahora notaba esos huecos. Era como si quisieran ser llenados, ocupar su sitio. De una vez. Estaba vulnerable, pero no noté miedo. Llevaba demasiado tiempo domesticando mi dolor.

Me pregunté a qué otros sitios habría ido o pensaba ir Lea con su muñeca. Hasta dónde llegaba el estudio. Qué quería conseguir. Qué pretendía entender. Su objetivo era extraño y bonito a la vez. Sin poder evitarlo, pensé en mi hija. En la parte de verdad que había en aquella recreación que había hecho la cajera. El único matiz era que era mi hija, no la de Lea, la que estaba muerta y que en vez de refugiarme en una muñeca, me aferraba a sus piedras. Esas lágrimas que no le dieron tiempo a brotar para pedir ayuda o despedirse cuando el coche la atropelló. Esas lágrimas que decidieron volverse fósiles.

✻

El llanto y la comida tienen una relación directa. No es solo una cuestión biológica, es una combinación de memoria, cultura, carácter, observación. En ambas prevalece la digestión. La aceptación. El llanto es un estabilizante natural. La comida tiene una función similar. Es un combustible del que nuestro organismo tira para tener energía y no agotarse. Lea cogió aire para continuar.

Ahora que parece que necesitamos más que nunca sugestionarnos para comer y llorar, consumimos alimentos estéticamente bonitos pero insípidos. Aceptamos la manipulación de la comida con el único objetivo de hacerla parecer apetecible. Tenemos prisa. La cocina se considera una exquisitez al alcance de gente con tiempo. Se nos ha vendido que la comida también tiene que ser cómoda. Lo malo es que esa opción de comida rápida frente al ordenador no se queda ahí. Si pudiéramos abrir la mayor parte de las neveras y de las despensas de esta ciudad, encontraríamos comida prefabricada. Alimentarse se ha reducido casi a abrir envoltorios, calentar o mezclar cosas ya hechas. Resulta cada vez más difícil utilizar el cuchillo. La comida se ha vuelto un negocio donde lo que más importa no es

la salud, sino crear adeptos. La obsesión por el cuerpo, por estar y parecer sanos y fuertes, nos está llevando a no saber lo que comemos.

Cuando viví en Estados Unidos, dijo Lea, me di cuenta de la indiferencia que existía sobre la comida. Hasta qué punto la abundancia de alimentos evitaba que la gente disfrutara pensando en qué comer y comiendo en la mesa, sin prisas, y no de cualquier manera.

En los mercados de abastos, la gente va a comprar lo que necesita. Alimento por puesto. Es una compra eficaz. Directa. Hoy en día, los supermercados son cotos de caza en los que el comprador piensa antes de entrar que va a cumplir con una necesidad básica, pero termina convertido en una cobaya. En parte de un porcentaje de prueba-error frente a productos y hábitos de consumo. Todo es una continua sugerencia de presentación. Una captación a través del envoltorio, la maquetación y el color que se utiliza en los envases. Cada pasillo es un circuito pensado para que el comprador se pare y seleccione productos que no tenía pensado llevarse. Las cestas y los carros sucumben a las novedades. Prima el *marketing*. El balance de costes y beneficios, la gestión de los productos en *stock,* mucho más que la nutrición.

La intención es hacer que perdamos las costumbres, que olvidemos lo sencillo, lo crudo, los sabores y las texturas originales de las cosas. Que se instale una sensación de descuido, una mecanización de algo tan placentero y completo como comer. Michael Pollan, escritor americano y experto en periodismo científico y medioambiental, lleva años diciendo que por culpa de los nutricionistas y de la industria alimenticia nos estamos convirtiendo en «ortopéxicos»: personas obsesionadas con comer sano sin reparar en la calidad, en el punto de verdad que tiene la gama de alimentos que abanderan ese marchamo.

En Estados Unidos, el presupuesto de comida ha bajado frente a los gastos sanitarios. Algo que dentro de poco también pasará aquí. Al final los hábitos, no solo los alimentos, son los que favorecen y refuerzan la salud. Pero se nos olvida. Comemos cada vez peor. Estamos más enfermos. Más desnutridos. Más gordos. Nos sentimos cada vez más tristes y más solos.

✻

Olga es de Sierra Negra, en el estado mexicano de Puebla.

Pasó una infancia extrema, en una casa prefabricada donde cuando hacía viento solía quedarse sin parte del techo. Se alimentaba de maíz, patatas, cebollas y manzanas, lo poco que producía su pequeño trozo de tierra. Continuamente le dolía el estómago. De puro vacío o de comer siempre lo mismo.

Olga es la pequeña de tres hermanos que le llevan muchos años y a los que casi no conocía. Desde los trece años se hicieron jornaleros, como su padre, y se pasaban el día cortando caña de azúcar y panela.

Su casa tenía una instalación de luz muy endeble. Dependía de un generador que, pese a hacer un ruido infernal, no tenía suficiente potencia para permitir siquiera que las ollas con agua con las que se lavaban se calentaran rápido en el hornillo. Se acostumbró a lavarse en frío. Lentamente. Con la poca agua que cabía en sus manos. El baño casi siempre estaba obstruido porque el sistema de desagüe se movía bajo la tierra húmeda y los desechos iban a dar contra un árbol cuyas raíces le hacían crecer torcido, incapaces de drenar lo que se iba acumulando. Cuando llovía, el generador se gripaba y se quedaban a oscuras

escuchando cómo las gotas buscaban un camino de entrada a través de esa techumbre vulnerable.

Se acostumbró a sentir la inestabilidad sobre ella. Daba igual que fuera por golpes de calor, aire o tormentas. Si hubiera leído *El mago de Oz*, se habría sentido identificada con Dorothy y habría ido rápido a buscar en un mapa a qué distancia de Sierra Negra estaba Kansas. Los caminos a veces allá eran amarillos, sobre todo en otoño, pero no había magos ni una ciudad esmeralda. Solo un centro de ecoturismo cerca con ese mismo nombre. Ese tipo de casualidad que habita a veces fuera de los cuentos.

Olga fue a la escuela hasta los seis años. Luego su abuela la educó. Era nahua. Siendo muy pequeña y a través de juegos, la enseñó a hablar en náhuatl, una lengua indígena propia de los mexicas o aztecas, que poco a poco se fue vinculando y pareciendo al mexicano, pero que la abuela hablaba en estado puro, sin contaminación. Sus padres y sus hermanos no lo practicaban. Comunicarse así con su abuela le daba fuerza y le parecía que la protegía de lo miserable. Olga se hizo una mujer culta e intuitiva. Cuando alcanzó los dieciséis, confirmó que no se parecía a nadie de los suyos y que no tenía nada que hacer allí. Su formación no le servía. No contaba con un título académico que lo certificara. Tampoco había trabajo. Saber tejer fue lo que de alguna manera la rescató. Le permitió irse a Tehuacán, a colaborar en talleres de costura artesanal con mujeres de la zona. Pero el proyecto no salió adelante y Olga decidió marcharse de México.

Se vino a Barcelona siguiendo el mismo destino que unas primas habían tomado años antes. Pensó que el cambio iría bien. De un pueblo con un volcán apagado y mal comunicado por carretera a una ciudad con mar y por la que se podía pasear. No podía ir peor que allá. Al poco de llegar supo que no iba a tener

demasiado tiempo para disfrutar del sol ni de los paseos. Se tuvo que poner a limpiar oficinas para poder pagarse una habitación. En la casa de sus primas no había sitio. Con la gente del piso (tres guatemaltecos y una ecuatoriana) apenas tenía relación. Cada uno se manejaba con sus expectativas. Su historia sin contar. Sus problemas. Olga se pasaba la semana trabajando e intentando sacarse el graduado en las horas libres. Quedaba con sus primas los sábados por la tarde. Con el recorte de la plantilla le tocaba hacerse sola dos plantas de despachos en las que no veía más que papeleras repletas, polvo, mesas desordenadas y vasos de plástico. Cuando terminaba el turno, quedaba con sus compañeras a tomarse un café. Este era el único contacto humano que mantenía a diario.

Pasados unos meses quiso regularizar su situación, pero siempre parecía faltar un papel, un certificado que no llegaba del consulado, una tasa nueva, una cita anulada. Empezó a notar que vivía con angustia. Que se sentía sola. Echaba de menos Sierra Negra, quién se lo iba a decir. Aquella ruina. En el fondo era a su abuela a quien sentía lejos. Sus largas conversaciones.

Echaba en falta tener cerca a alguien más sabio o más acostumbrado a afrontar con entereza las dificultades.

Olga valoraba su estancia en España como si estuviera sobre una cinta de correr. No avanzaba. Todo parecía mentira. Imposible. Pero ella corría. Asustada. Cansada. Corría sin poder llegar a ninguna parte.

La tristeza se hizo cada vez más profunda. Tenía unas ganas de llorar que no podía descargar ni compartir con nadie. No podía ir a un locutorio ni escribir: sus padres no tenían teléfono ni tiempo para leer, y la abuela no veía por culpa de las cataratas.

Su habitación la oprimía. El metro le daba miedo. Sabía que su cara india era un imán para la policía. La calle era un laberinto en la que podía quedar atrapada. Empezó a sentirse peor. Estaba

segura de que había fracasado. Le dolía continuamente la cabeza y en algunos momentos se daba cuenta, sobre todo cuando estaba trabajando, de que olvidaba si había limpiado una zona determinada o había dejado las llaves de los despachos en el sitio de siempre. Parecían olvidos sin importancia, pero se fueron repitiendo más a menudo. Todo era confusión.

Uno de tantos sábados, en la peluquería de una amiga de sus primas, conoció a Jan. Era rumano y maestro, pero trabajaba en una tintorería mientras esperaba la residencia. Al poco de empezar a quedar con ella, la convenció de que debía ir al Servicio de Atención Psicopatológica y Psicosocial a Inmigrantes y Refugiados porque no estaba bien. Necesitaba tratamiento. No podía permitirse perder lo poco que tenía.

Olga buscó el teléfono y pidió una cita. La recibió una psicóloga. Estuvieron hablando sobre su estado de ánimo y hasta qué punto había dejado de parecerse a ella misma. Después de evaluar su situación, la doctora Monsó le dijo que padecía el síndrome de Ulises. Algo muy normal en gente que había abandonado su país para conseguir algo mejor en otro. Una enfermedad que no había sido valorada ni tratada como los pacientes necesitaban hasta hacía muy poco. A la mayor parte de ellos les diagnosticaban depresión o problemas psiquiátricos. Olga sintió que había hecho bien al hacer caso a Jan. Durante año y medio estuvo medicada y acudía al centro una vez a la semana a hacer terapia. Parecía encontrarse mejor. La ansiedad desapareció y se notaba menos irritable.

Cuando se cumplieron tres años de su llegada, Olga y Jan dejaron Barcelona. Ella llegó a Madrid embarazada. Sin saberlo. Jan empezó a trabajar como transportista que suministraba comida a restaurantes. Olga estuvo cuidando a señoras mayores y sirviendo en una heladería hasta dar a luz. Los primeros meses de vida de Elisa, no buscó trabajo. Era muy pequeña para ir a la

guardería y no tenía con quién dejarla.

Olga consiguió los papeles, justo antes de empezar a trabajar en el supermercado. Justo antes de que Jan se quedara sin trabajo y no consiguiera nada en ningún sitio. Fue también el momento en que volvió a quedarse embarazada.

Jan pensó que lo mejor era irse a Rod, su pueblo en Rumanía. Sabía por familiares y amigos que con el dinero que habían ido ahorrando podrían comprar un terreno para hacerse una casa.

Olga se quedó sola a cargo de Elisa y del recién nacido. Jan prometió volver pronto, pero la vuelta se fue dilatando. Prefería quedarse allí organizando un nuevo principio que dejando la construcción de la casa a cargo de otros. Consiguió trabajo, pero todo el dinero que ganaba lo invertía en la obra, no le mandaba nada a Olga.

Desde hace meses ha vuelto el estrés. Se equivoca cuando cobra. Ha empezado a comer mal. No se le ocurren juegos para entretener a Elisa y no se puede coger una baja por maternidad. Una compañera de piso le acerca un par de veces a Iván, todavía muy bebé, al supermercado para que pueda darle de mamar.

No espera que Jan vuelva. No se plantea tampoco empezar una nueva vida allí. En un país y una lengua que desconoce. Le produce desasosiego. No lo desea. Aunque la casa sea grande y confortable. No conoce a nadie en Rod. No quiere volver a sentirse dependiente. Por otro lado, sabe que no tiene más alternativa que quedarse en Madrid. Al menos aquí tiene trabajo, una casa compartida con un par de mujeres en una situación similar que se ayudan mutuamente. Con las que ha formado una familia.

Ha perdido el contacto con sus padres desde que su abuela falleciera. Sueña muy a menudo con Sierra Negra. Cuando despierta, intenta ordenar la contrariedad de la vida pasada con la

contrariedad de su vida actual. Hay días que cuando no le invade la tristeza, le enseña palabras y canciones en náhuatl a Elisa. Pero cuando empiezan las migrañas y las ganas de llorar, lo único que le calma es coser. Cuando los niños duermen, Olga, como una Penélope que ya no espera a Jan pero que no puede dejar de tejer, remienda pantalones, calcetines y hace ropa para los muñecos de Elisa. Prendas que ahora que su hija ha crecido ha heredado Berta.

✻

Estás triste, ¿verdad? Tú también. Sí, pero creo que ya me he acostumbrado. A veces se me olvida que tengo que hacer algo para quitarme esta tristeza de encima. Hagámoslo juntos. Yo también debería. ¿El qué? Llorar. Llevo años sin llorar de verdad. He llegado a ponerme muchas veces delante de un espejo a perseguir el gesto, pero no he conseguido que saliera nada ni una sola vez, ni tan siquiera un puchero. Si no he podido solo, no creo que pueda llorar contigo. Quién sabe. Deberíamos intentarlo. No me lo permito desde hace años. He perdido la práctica. Me he acostumbrado a llorar de mentira. Pienso que, si al final logro engañarme del todo, me relajaré y las lágrimas terminarán saliendo solas. Y lloraré de verdad. Pero aún no me ha ocurrido. Yo temo ser capaz de conseguirlo. Si empezara a llorar, no pararía. Moriría ahogada. O encogida, convertida en una especie de objeto sin peso, transparente. Creo que por eso me gustaba tanto veranear en la playa. Bucear. Era lo más parecido a llorar. Sentir lágrimas como si fueran mías, pegadas a la cara. Entrando directamente a los ojos. Puede que esa sea la razón por la que te cuesta llorar. Quizá te refugias nadando en la tristeza de otros. Tal vez durante un tiempo lo hiciera para no

afrontar lo que tenía pendiente. Puede que tengas razón. Pero ahora ya no. No puedo. No retengo las lágrimas ajenas, las estudio para intentar encontrar un significado, una especie de antídoto. No sé. A mí llorar me da vergüenza, bueno, es más que eso. Me da miedo. ¿Qué pasa si nos ponemos a llorar y no nos sirve de nada? ¿Crees que sería justo? A lo mejor es que somos incapaces de superar el dolor. ¿Y si le estamos achacando al llanto una responsabilidad excesiva, que no le corresponde? Si es algo tan fácil, ¿por qué hemos esperado tanto para hacerlo? A lo mejor necesitaba que aparecieras. Hasta ahora no he podido sola. Puede que tengas razón. Yo tampoco. Entonces, ¿lo intentamos? Sí. Por qué no. Vamos a intentarlo.

✻

Lea me convenció para que fuéramos a su casa. Mientras entrábamos en el portal, sentí el calor propio de la primera cita. Solo nos habíamos visto en sitios públicos. Estábamos a punto de entrar en su casa a intentar llorar y aquello me daba más miedo que desnudarme y no cumplir con las expectativas. ¿Cómo pensaba hacerlo? ¿Tendría algo planeado?

Lea abrió la puerta, me señaló una silla donde podía dejar la chaqueta y me preguntó si me apetecía beber algo. Pensé que debería lanzarme al alcohol. Las palmas de las manos me sudaban y mi cara se iba desencajando por momentos. Una vez realizada la aparente presentación de rigor de «aquí un amigo, aquí mi casa», me quedé en mitad del salón mirando a Lea con un botellín en la mano. Sin saber qué hacer. Cada sorbo de cerveza se me clavaba en la garganta y parte de la espuma se me iba a la nariz, dándome descargas de gas. Estaba patético. Lo sabía. Pero no se me ocurría nada para evitarlo.

No podía inventarme ninguna excusa. Había venido a llorar. Si la cosa no funcionaba, me quedaba la opción de ir a la cocina y echarme unas gotas de lavavajillas de limón en los ojos. Pero no necesitaba un milagro antigrasa. Aquel era un apaño

burdo, además de muy doloroso, que me dejaría por siempre jamás escupiendo burbujas cada vez que pestañease. Alternativa desechada, por tanto.

Lea había optado por tomarse un vaso de agua. Como si el primer paso fuera llenar el depósito para cumplir con su misión. La miraba con expresión vacía, necesitaba que me diera pistas. Observó el vaso que acababa de beberse y me dijo: quizá el agua ayude.

Pero se trataba de llorar. De sacar algo más que lágrimas. La situación era extraña. Nunca antes habíamos hablado de cuáles eran los motivos de nuestra tristeza. Es más, no habíamos reconocido que llevábamos una tristeza dentro, camuflada como una maleta vieja en un altillo.

Aquella confesión iba a llevarnos tiempo. Teníamos que ser respetuosos y pacientes. Ser capaces de hablar y escuchar. De no perder el hilo. De no dramatizar. No podíamos forzar ni el modo ni el tono y mucho menos la duración de la declaración de intenciones que necesitáramos hacer cada uno. Nos iba a costar dar el pistoletazo de salida, armar el relato. Llegar al llanto. No quería un moderador que contabilizara los turnos, Dios mío, claro que no, pero ¿por dónde debíamos empezar? ¿Diciendo qué? ¿Haciendo qué, sin parecer artificiales o impacientes? ¿Cómo se intenta liberar uno de repente? ¿Hay un momento concreto? ¿Se puede marcar? ¿Tiene sentido?

¿Y si en la exposición terminaban saliendo otras causas? ¿Y si descubríamos que nos habíamos estado engañando, que habíamos alimentado una tristeza equivocada? ¿A partir de cuándo caduca el dolor? Y si lo hace, ¿en qué momento decide reeducarse?

Aparqué momentáneamente las dudas y me puse a contar las sillas que veía alrededor. Me vino esa imagen manida de alcohólicos anónimos, de un tipo de películas que solo parecían

dignas de emitirse en fin de semana. Como recurso escapista podía valer, pero poco más. La idea de imaginar que nos poníamos de pie para decir «soy Lea/Pol y no puedo llorar» me provocaba risa. Una risa de salir corriendo. De atragantarme. De sentirme ridículo. Más ridículo que nunca. Éramos muy mayores para estar aquí, hace mucho que olvidé ese instinto de presentarme voluntario sin sentir vergüenza. La palabra era esa. Vergüenza. Era como si Lea y yo estuviéramos tras las cortinas del salón de actos del colegio. Como si fuéramos los protagonistas escondidos a punto de arrancar la función. Con el guion aprendido, pero no ensayado. Mientras los focos empezaban a apagarse y la respiración del público se oía de fondo. Pero lo aterrador era que el público éramos también nosotros.

✻

La casa resultó ser la de los padres de Lea. El primer sitio al que me llevó fue a la zona de las consultas y las salas de espera. El lugar donde ella hacía los deberes y empezó a elaborar cábalas entre los ojos y las cabezas de los pacientes.

Era un espacio que se había quedado quieto. Los muebles antiguos, las camillas, el material clínico y las estanterías con tomos, cursos de especialización y orlas habían adquirido ese tono amarillo de lo que ya no era más que recuerdo. Esas habitaciones se podían aislar del resto de la vivienda a través de una puerta en mitad de un pasillo. La otra parte de la casa estaba reformada. Lea tenía su dormitorio dentro del salón. En la cocina, sobre una mesa grande invadida por libros, carpetas y montones de papeles apilados, había montado una especie de oficina.

Lea me llevaba de la mano como si temiera perderme. Se notaba que no estaba haciendo tiempo. Quería mostrarme no solo dónde vivía, sino cómo. Reconocí sus sitios, imaginé sus pies descalzos yendo de uno a otro en plena noche. Veloces y a la vez despreocupados. Un circuito cotidiano habituada a recorrerlo sola. Había demasiada intimidad no compartida. Me

sentí agradecido de estar allí. ¿Seguro que no están tus padres, que no van a venir? No, hace mucho que fallecieron.

Pensé en cuánto tiempo necesitan los muertos para abandonar los lugares que han habitado. En los que han pasado la mayor parte de su vida. Si es cierto que se van. O si pueden elegir quedarse. De qué dependía.

Lea mantenía cerrada la puerta del pasillo. Me pareció que era una forma de controlar el pasado. De respetarlo otorgándole su espacio. De no interferir en él.

✻

Te prometo que no lo tenía planeado, pero ahora que ha surgido la posibilidad de intentar llorar juntos, quiero que lo hagamos lo mejor posible. Sin prisas. No creas que va a ser cuestión de un rato. Debemos plantearnos llorar poco a poco. Aprender a confiar para poder contarnos por qué estamos así. No se trata de convertirnos de repente en buenos amigos. Desconozco la mayor parte de tu vida y tú de la mía, y eso nos da ventaja para centrarnos en lo que nos oprime y liberarlo. No nos vamos a juzgar. Solo vamos a intentar llorar para cerrar una herida y sentirnos mejor.

Sus palabras me tranquilizaron. Me había imaginado haciendo lo imposible por demostrar aptitudes para el llanto, que estaba claro que no poseía, en una especie de cursillo intensivo de primeros auxilios. Hay que hacer de esto una experiencia agradable, me decía. Vamos a intercambiar asuntos muy íntimos, de los que quizá no hayamos hablado hasta ahora con nadie, y para eso tenemos que estar tranquilos y cómodos. A Lea la notaba muy suelta. Tal vez su profesión le facilitaba normalizar lo estrambótico. Al escucharla, sentía como si me acabara de apuntar a unas clases de inglés para mejorar mi nivel y hubiera

olvidado la lista de verbos irregulares.

Antes de organizar cómo vamos a intentar llorar, quería que vinieras, siguió diciendo Lea. No hace falta que a partir de ahora sea aquí donde nos veamos siempre. Tal vez te apetezca que pasemos también tiempo en tu casa para que nos resulte más fácil a los dos. Hoy, si te parece, deberíamos fijar una fecha tope para llorar. Tendríamos que hacerlo en un plazo corto. Es la mejor manera de ver si conseguimos resultados favorables en unos días. Tenemos que ponernos a prueba. Dejar que el cuerpo hable. De una vez.

No contesté. Lea parecía tenerlo muy claro. No me quedaba otra que confiar.

✻

Lea fue a por un calendario. Como mucho deberíamos darnos seis días para llorar. Empezó a contar en voz alta. Si hoy es martes, el domingo. Eso es. Cogió un lápiz y rodeó la fecha. ¿No te parece muy poco tiempo? Apenas nos conocemos, yo no he hecho nada parecido antes, dije. Quizá en seis días no consiga nada. Vamos a verlo, Pol. Ten fe. Al oír aquello me acordé de mis vecinos aspirantes a nazarenos.

Con la fecha calculada, Lea empezó a darle vueltas a si era conveniente o no marcar un horario fijo por sesión. Yo le dije que prefería que no lo hubiera. Si a la tensión de llorar le añadía la de estar pendiente del reloj, estaba convencido de que no iba a lograrlo. Ambos decidimos que lo mejor era empezar las sesiones a primera hora de la mañana para aprovechar el día. Le pregunté si tenía pensado algo, un método, o si se trataba de improvisar. Las dos cosas, me contestó. Es importante que hagamos una serie de ejercicios prácticos. Eso nos ayudará. Pero tendremos que ver cómo resulta. Si hacemos que sea muy mecánico, parecerá demasiado frío. No se trata de seguir un plan al pie de la letra. Tenemos que hacer lo que nos apetezca en cada momento, aunque nos hayamos marcado una tarea previa. Ser

desordenados. Lo iremos viendo. Estoy igual que tú. Es la primera vez que soy paciente. Ya que estás aquí, creo que deberíamos empezar ahora. Si quieres, mañana vamos a tu casa. Lo vamos viendo. Al ver que yo no le contestaba, Lea optó por un: bueno, luego lo decidimos, pero vamos a empezar ahora. Seis días pasan muy rápido.

✻

Cerró las contraventanas y dejó una luz tenue en la parte del dormitorio. Ponte bocarriba y cierra los ojos. Vamos a intentar respirar. Ya estamos respirando, le dije. Claro. Pero mejor. Trata de escuchar el sonido de tu respiración. Quédate con él. Observa cómo se llenan los pulmones. Cómo se vacían. Como si quisieras memorizarlo.

Se tumbó a mi lado. Cuando notes que es como una melodía, ve eliminando poco a poco otros sonidos: el que haces cada vez que tragas, el roce nervioso de los calcetines contra la colcha, los ruidos de la calle. Mi voz por ahora no, por favor. Se rio. Intenta concentrarte en tu respiración, en dejar que la mente se vaya quedando lo más vacía posible. Obvia dónde estás, qué día es, que estoy aquí. Esfuérzate en no pensar. Respira. No sé dejar de pensar. No puedo. Intenta centrarte en el sonido y en el movimiento de la respiración. Sí, eso estoy haciendo, pero pienso. Quiero hacer lo que dices, pero estoy respirando más deprisa de lo habitual. Como si no me convenciera la respiración que tengo, como si no me diera seguridad, como si quisiera alcanzarla antes de tiempo, dejarla atrás, crearme otra. Y del esfuerzo estoy hiperventilando. Soy un imbécil. No lo eres. Estás

asustado y esto de prepararnos para llorar te parece un poco ridículo. ¿A qué sí? No te preocupes. No lo es. Ya lo verás. Estoy segura. Suele pasar las primeras veces que uno intenta relajarse. No te vas a quedar sin aire. No intentes comprender por qué tienes que escucharte respirar. Solo respira, Pol. Sin darle más importancia. Mantén los ojos cerrados. Como cada noche cuando te acuestas. Intenta no pensar en nada. Ni bueno ni malo. A ver, dije, sintiéndose incapaz. Voy a callarme un rato para que puedas hacerlo más tranquilamente, me susurró Lea.

Busqué una imagen serena. Quizá era así como la mente se quedaba en blanco, pero no aparecía ninguna. Cogía aire y lo retenía sin saber qué hacer con aquello. Era como tener un balón en la mano y estar solo, sin podérselo pasar a nadie para que continuara la jugada. Cada vez que inspiraba me llegaban notas del perfume de Lea. ¿Estaría concentrada, ajena a todo lo que no fuera respirar? No me atrevía a moverme.

Lea, no puedo. Tranquilo. Date un poco más de margen. No puedo, no es cuestión de tiempo. A ver. Vamos a intentarlo de otra manera. Si yo te pido que visualices cosas, ¿crees que serás capaz de hacerlo? Depende de cuáles sean. Lo puedo intentar. Espero que no me pidas que piense que soy una nube y no peso, imágenes de ese tipo, porque te adelanto que esa clase de técnicas me sacan de quicio. Solo me asalta una mala leche parecida cuando suena Kenny G. en algún hilo musical. Si lo que me vas a decir no va en esa línea, entonces sigue por favor. No pensaba ir por ahí. Imagina que estás en tu casa, en tu cama. Que es de noche. Que el día ha sido uno de tantos. Que estás cansado. Te acabas de acostar. Tienes sueño, pero estás tan agotado que no puedes dormir. Notas el cuello tenso. Te giras buscando otra postura. Vuelves a girarte. Te sobra mucha cama, pero tú estás acurrucado, en el lado de siempre.

Lea empezó a acariciar mi cara mientras hablaba. Mis cejas,

mi frente, el párpado izquierdo, el borde del parche que tapaba el derecho. Con lentitud. Como si estuviera escribiendo mensajes secretos sobre esos puntos. Comprobé que ella también había cerrado los ojos. Estaba de lado para llegar mejor a mi cara. Poco a poco mi respiración se fue volviendo tranquila, menos audible. Creo que me giré. Como si estuviera en mi casa, en mi cama. Después de un día de tantos. Muy cansado.

Abracé a Lea sin darme cuenta de que ella también se había dormido. Con las manos sobre mi cara. Protegiéndome de las imágenes, de las sombras. De sus propios recuerdos.

✻

Mi hija.

Después del atropello.

No sentía dolor. Sí una especie de sordera. Y frío.

No podía moverme. Estaba rodeado de caras con bocas que hacían ruido. Eco.

Meros bultos bajo el cielo. Que no molestaban. Estaba demasiado aturdido. En mitad de esa nada. Los latidos iban a cámara lenta, como si el corazón hubiera sido apresado en gelatina.

Era muy temprano. Demasiado temprano para estar ahí. Y sin embargo se había hecho tarde, muy tarde. Estaba tranquilo. Con una calma que infundía respeto, que parecía ficticia. A simple vista no fallaba nada, pero sabía que el mecanismo se había roto. Era una rama partida por la mitad. Alejada del árbol. Rota bajo un sol de topos con forma de cabezas.

No intenté incorporarme. Ni hablar. No quise ponerme a resumir las mejores anécdotas de su corta vida. Tampoco iba a armar una disculpa mental ahora que se estaba yendo.

Quería dormir. Tenía mucho sueño. Un sueño que me tiraba de los pies y de los ojos hacia abajo, como si el suelo

hubiera decidido compartir un pasadizo, abrir una exclusa, en la que acunarme y hacerme desaparecer por un rato sin duración concreta, alargando el regusto del tazón de leche con trozos de galleta. La piel raspada y el olor a neumático.

Respirar. Me pregunté qué pasaría si insistía y respiraba más fuerte. Quizá pudiera elevarme. Como la alfombra de Aladino.

Puse las manos sobre la tripa. Empecé a sentir que giraba e iba cayendo suave, profundamente dentro de algo mullido, donde dejé de escuchar. De ver en negro. No era un color definido lo que me rodeaba, pero era plácido. Estaba bien. Hacía calor y me dejé llevar por el compás de la respiración que lo envolvía todo. Solo existía eso y el sueño, un sueño de plomo en el aire. Fui consciente hasta el último momento de haberme quedado dormido en el cuerpo de mi hija pidiendo auxilio. Buscando un final dulce para ella que dinamitara las dudas, el miedo, ese asco de no entender y no haber llegado a tiempo. Un final para mí. O al menos una segunda parte de consolación sin tanto vacío.

✻

Abrí los ojos. ¿Qué se hace después de haber conseguido que me relaje? ¿Cuánto llevo dormido? Casi cinco horas, me confirmó Lea. Podríamos preparar algo de cena.

Fui hasta la cocina arrastrando la pierna. Me había quedado dormido sobre la rodilla. ¿Cómo te encuentras? Bien, supongo. ¿Has soñado? Sí, le dije, pero ha sido un sueño raro. ¿Quieres contármelo? Sí, pero antes debería hablarte de otras cosas para que puedas entenderlo. Solo te pido un poco de paciencia, porque no me va a resultar fácil.

Tomé impulso, como hacía mi hija en las discusiones. No pensé, me limité a abrir la boca y dejar que la historia saliera. Por fin. Mi confesión sonaba en orden. Las reflexiones iban y venían desde muy lejos. Sentí que podía compartir con Lea esos años de batalla contra mí mismo. Que me entendía. No me llevó mucho tiempo narrar el principio de aquella tristeza. El resto, me dije, ya iría apareciendo.

✻

Llevo gafas desde los nueve años. Miopía. Solía quedarme dormido con ellas y más de una vez he tenido que rescatarlas del fondo de la piscina. Se me olvidaba que las llevaba puestas. Las gafas son mis ojos. Los de verdad. Cuando empecé a usarlas fue como si me hubiera convertido en el nuevo de la clase y acabara de llegar. A esa edad, todos deseábamos rompernos algo, tener los dientes torcidos o montados. No ver. En el *ranking* de lo envidiable, lo mejor era llevar escayola, pero las gafas también eran un buen recurso para distinguirte del resto. En realidad daban más juego. Podía dejarlas, cosa que no ocurría con el aparato dental o con una férula. Mis amigos me las pedían prestadas cuando querían acercarse a alguna niña de otra clase que les gustaba. Todos estábamos un poco influidos por Clark Kent, supongo, y nos parecía que llevarlas nos daba un toque misterioso. Más serio o más tímido, según la percha, pero interesante. Si nuestras madres nos hubieran visto con este tejemaneje, habrían repetido hasta la saciedad aquello de que las gafas, como los cepillos de dientes, no se comparten. Pero estábamos en el colegio y aprovechábamos esa libertad alternativa a los planes de estudio.

Fue tal la demanda —era el único de mi clase con gafas— que tuve que hacerme un listado con nombres, días y turnos, para llevar la cuenta y no dejar que ningún listo se colara. Había, como en todo en la vida, cambio de planes, de ahí que también se me hubiera ocurrido hacer una lista de espera que, a pesar del *overbooking,* avanzaba cuando alguien se ponía enfermo. Ese régimen cooperativo duró la mitad del curso y nos hizo olvidar las chapas y el intercambio de cromos.

Hubo días en que por culpa de los préstamos de seducción, las gafas se pasaban más tiempo lejos de mí que conmigo; me las ponía al levantarme y al irme por la tarde a casa en la ruta y los fines de semana que no coincidía con mis amigos.

Al final, las chicas terminaron dándose cuenta de que el miope era yo. No era difícil. De repente se me acumuló —suena prepotente decirlo, pero es la verdad— un grupo de seguidoras que me buscaban en el recreo y en los cambios de clase y que a mí no me interesaban lo más mínimo. A mí me gustaba justo una que no me hacía ni caso y que tenía gafas como yo. Quizá por eso no me veía, porque no le apetecía fijarse en un igual.

Mis amigos terminaron mosqueados conmigo porque sus supuestas conquistas me hacían caso a mí y yo acabé hasta las narices de todos menos de la que ni me miraba, con unas cuantas dioptrías de más y con las patillas de las gafas abiertas como las alas de un planeador.

No sé si coincidió con el cambio hormonal o con qué, pero después de aquello decidí que no le iba a prestar mis ojos a nadie. Que no quería ir por la vida guiñado e intentando ajustar las imágenes. Cerrar el encuadre. Si había que ver, no quería perderme nada. Parecía una premonición.

✻

A los treinta empecé a ver moscas. Las notaba sobre todo cuando había mucha luz. Cerraba los ojos o me los frotaba para que se fueran y a los pocos minutos la visión volvía a ser nítida. Pero las manchas dieron paso a destellos cada vez más frecuentes. Me daba miedo coger la moto porque cuando ocurría me ponía a parpadear, como si fuera un limpiaparabrisas retirando la lluvia, y dejaba de ver. Durante un buen rato. Después de unas cuantas semanas en las que estos episodios se volvieron habituales, fui al oftalmólogo. El doctor Gross me confirmó que tenía una retinosquisis. «Es una alteración de la retina periférica. La retina se desdobla en dos capas, una se queda en contacto con el epitelio pigmentario y la otra con el cuerpo vítreo, ¿ves?», me lo contaba manteniendo la consulta a oscuras para que me resultara más fácil seguir en la pantalla del ordenador una lámina del ojo en la que me iba señalando las distintas partes de las que me hablaba. «Los síntomas que me cuentas suelen ser manifestaciones que a veces no van a más y otras —habrá que irlo valorando— derivan en un desprendimiento de retina o en un desgarro en el vítreo».

Con las pupilas aún muy dilatadas, el ojo tal y como me lo

iba mostrando Gross era como un planeta. Flotante y ajeno al resto del cuerpo en su pequeñez y complejidad acuosa y cristalina. «El vítreo es un gel transparente que está compuesto en un 99% por agua. El resto es cloro, sodio, glucosa, potasio, colágeno, ácido hialurónico y proteínas. Ocupa casi el volumen total del ojo. Gracias a él, la retina se mantiene uniforme y puede percibir imágenes de forma nítida. El humor vítreo no se renueva, se forma durante el embarazo, por eso en casos como el tuyo hay que tenerlo más controlado, para que no nos dé ningún susto». Allí, tan diseccionado en colores, daba la impresión de que el ojo podía ser amigo o enemigo a partes iguales y que no dependía de cómo lo trataras. «No tienes por qué preocuparte. Vamos a ir comprobando si hay o no progresión. Te veo de nuevo en seis meses».

Gross me pidió que no hiciera esfuerzos, que evitara el estrés y que intentara dormir o bocarriba o hacia el lado derecho, que era el ojo en el que el doble recubrimiento ocupaba más superficie. Aunque la retinosquisis afectaba a los dos ojos, tenía una capa más grande y consolidada en el derecho.

Gross me contó que seguramente alguno de mis abuelos también la padeciera, porque es una enfermedad hereditaria que afecta sobre todo a los hombres, aunque son las mujeres quienes la transmiten.

La valoración del fondo de ojo garantizó que la tensión ocular era buena y la miopía se mantenía en sus niveles habituales. No tuve que cambiar la graduación de las gafas. Seguía usando un modelo parecido al que tenía de pequeño. Me regalaron unas lentillas, pero apenas las he usado. Mis ojos no las toleran. Se irritan y se quedan resecos. Me gusta más llevar gafas. Sentirme protegido tras el cristal. Mantener un filtro visible para sentir que detrás de ellos, dentro, estaba yo intentando entender como siempre cuanto pasaba y, en este caso, en qué se iba a

traducir que tenía retinosquisis.

Me acostumbré a hacerme dos revisiones anuales.

No tuve la sensación de que las manchas y los haces de luz fueran a más. Gross me adelantó que podía empezar a tener pérdidas de visión, sobre todo en la parte inferior del campo visual. Pero aquello por el momento no se fue manifestando. Ni tan siquiera cuando mi hija murió hace ya tres años.

Siempre pensé que la cabeza gobierna al cuerpo, pero no estaba tan seguro de que en circunstancias excepcionales o traumáticas el cuerpo obedeciera. Lo normal era que se descompensara. Quizá no inmediatamente, pero que de algún modo mostrara su rotura, su incapacidad para poder resistir. Para licuar el dolor y superarlo, o arrastrarlo al menos. Para guardar un orden cuando algo grave ocurre y hace volar por los aires cualquier demostración de equilibrio.

En ese momento pensé que aquella cobertura, por doble que fuera, caería para impedirme ver lo que había pasado y no aceptaba, presa del miedo y de la tristeza. Pero no sucedió. No entonces. No cuando yo quería. Me consolé pensando que era la miopía la que me obligaba a ver borroso lo que no estaba cerca. Y la muerte de mi hija, que era lo más horrible e inesperado que me ha ocurrido jamás, estaba tan insertada en mí que no era capaz de darle una forma concreta. Carecía de volumen exacto. Me invadía, pero a la vez la llevaba lejos. Fuera de foco. Como para evitar reconocerla y darla por válida.

Creí que no iba a poder aguantar. Quizá por eso a ratos me concentraba y le pedía a la retina que cediera, sin ser consciente de lo que eso significaba.

Cuando algo nos destruye, nos gustaría que sucedieran cosas más desquiciantes y dañinas aún que las que han surgido. Buscamos esas excusas para permitirnos ser débiles sin necesidad de camuflarnos. Para que algo nuevo, disparatado y salvaje, por

infantil que parezca, nos aleje de la realidad.

Hay momentos en la vida en los que uno desea no ver. Aquel fue el mío. Pero mis ojos se mantuvieron firmes. Siguieron hospedando moscas y ráfagas impactantes. Siguieron percibiendo el dolor con una familiaridad fría. Como si se tratara de una postal aséptica. La oscuridad estaba en otra parte. En todos los sitios menos en mis ojos. En aquella época recuerdo que ya no tenía lágrimas. No podía llorar.

✻

Viví en Japón cuando llorar se convirtió en un fenómeno que comenzó a ganar impulso. Una tendencia que surgió a partir de 1950 como contestación a la política de optimismo llevada a cabo por el gobierno tras la capitulación en la Segunda Guerra Mundial.

Era fascinante comprobar cómo una sociedad tan avanzada y competitiva fomentaba el llanto como ejercicio necesario para la salud. Llorar se puso de moda como un género capaz de producir una potente industria de ocio centrada en series de televisión (como la surcoreana *Sonata de invierno*, un culebrón en toda regla destinado a amas de casa, o la juvenil *Un litro de lágrimas*), libros (*Un grito de amor en el centro del mundo*) y películas (la más famosa es *La tumba de las luciérnagas*, aunque hay un listado largo encabezado por *Cuentos de Tokio*, *Nadie sabe*, *Los cuentos de la luna pálida*, *Kabei: nuestra madre* o *Yamato*). Los ingredientes básicos de todas las tramas eran casi siempre historias de amor o de enfermedades terminales con un alto componente nostálgico. Las películas se clasificaban en función del grado de tristeza y su capacidad para generar lágrimas.

En esa misma línea, empezaron a abrirse clubes de llanto. Los dos más populares en aquel momento eran el Minnade Nako Kai, en Kioto, y el Lachrymal Gland Club, en Sendai. Por nueve dólares, disponías de una pequeña sala durante una hora donde liberar el estrés o la tristeza acumulada, leyendo una novela o viendo una película. La oferta se planteaba la mayor parte de las veces como una experiencia individual. Algunos de los promotores de estos clubes habían sido dueños de agencias matrimoniales y habían descubierto que la gente quería llorar, pero no sabía cómo ni dónde.

Me resultaba inquietante que algo tan primitivo y espontáneo como llorar pudiera convertirse en una sofisticación o en una práctica oculta, socialmente aceptada y promovida en espacios así. En el Minnade, las puertas de las habitaciones se sucedían a lo largo de un pasillo estrecho por el que se iban escapando llantos, hipidos y bandas sonoras a todo volumen.

La sala que había alquilado para llorar tenía esa clase de orden que constituye por sí mismo una amenaza. Pensé que pasados los primeros sesenta minutos terminaría siendo igual de aséptica y manejable que la tapicería del sillón o la televisión. Me senté sin saber qué hacer. Busqué posibles cámaras ocultas. Algo que no estuviera en su sitio. Fue como la primera vez que me confesé. Las rodillas no encontraban la posición y casi no abrí la boca para borrar cualquier atisbo de pecado antes de que llegara al tímpano del sacerdote.

¿Por qué, si sabemos lo que hemos hecho mal, necesitamos acudir a un confesionario? Nunca entendí que te diera la absolución alguien que no te veía, al que no veías. Siempre pensé que aprovechaban las voces desconocidas para dormirse o evitar llevarse una radio. Que hacían garabatos en la madera del confesionario y leían prensa deportiva. Con tal de no estar solos. Nada que ver con la culpa ni con la purga del espíritu. Miedo a la

soledad. Puro y simple. Tanto del cura como del penitente. Esa era la clave de la confesión.

¿Por qué recurrir a un club de llanto para llorar cuando podemos llorar en cualquier sitio?

Me acostumbré a ir a mediodía y a última hora de la tarde. Solía coincidir en el ascensor o a la salida de la habitación con ejecutivos que preferían saltarse la comida o retrasar una reunión y venir a llorar. ¿Lo comentaban luego? ¿Con quiénes? ¿Se lo pagaba la empresa o iban a llorar como si se tratara de una infidelidad?

Las veces que fui opté por ponerme películas, había pocas novelas en inglés, no dominaba el japonés como para atreverme con ninguna. A pesar de la asiduidad, en el Minnade solo conseguí llorar una tarde y fue con la televisión apagada. Ni tan siquiera seleccioné un DVD. Llegué cansada. Con un nudo en la garganta. Y lloré. Si hubiera tardado más, el llanto me habría pillado en plena calle, pero mis lágrimas salieron en aquella sala. En ese panal de abejas lloronas que batíamos los ojos sin vernos, que pagábamos por nuestro llanto, por dejarnos sugestionar por dramas ajenos para conseguir llegar a los propios.

Hace muchos años, antes de abandonar Madrid, lloraba mucho. Muchísimo. Sobre todo los sábados y los domingos. Eran días más propensos para la soledad.

Caminaba.

Andar era mi técnica para ir soltando lastre. A veces caminaba llorando, pero me resultaba incómodo. Perdía el ritmo, podía encontrarme con gente conocida. Para mí caminar es un método de reflexión y vaciado. Lo último que quería entonces era pararme a charlar con nadie. Y menos sobre excusas inventadas.

Cuando las caminatas de los sábados empezaron a volverse tristes, descubrí las iglesias. En cuanto veía que no iba a poder

aguantar más, entraba, me daba igual si había o no misa. No levantaba sospechas. ¿Quién se iba a extrañar de verme llorar allí? Para mí era una tranquilidad. Podía estar todo el tiempo que quisiera llorando. Nadie me iba a reconocer. No recuerdo si rezaba. A veces reconocía algunos estribillos de canciones que había aprendido en el colegio y me ponía a cantar, sin pensar en nada. Ni en lo que significaban ni en por qué había seguido el impulso de cantarlos.

Este fue mi primer espacio de llanto fuera de contexto.

En los clubes japoneses también se podía llorar en grupo. Interactuar con extraños mientras te tomabas un café, pero esa opción no me interesó.

¿Por qué nos da tanto reparo llorar por nosotros mismos?

Durante mis visitas al Minnade me hice amiga de una de las chicas de recepción. Cuando acabé mi última sesión, me facilitó una copia de un estudio reciente de los usuarios del club como regalo de despedida. El porcentaje de hombres era casi del 53% y la media de edad rondaba entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. La mayor parte estaban casados, tenían trabajo y buena salud. El aforo solía completarse a mediodía (entre la una y las cuatro) y por la tarde (entre las seis y las siete). Justo antes de volver a la oficina y a casa. A la vida real.

✻

Eran monstruos sin mamá. He soñado con ellos.

No eran ni feos, ni grandes, ni peludos. Pero sabía que eran monstruos.

Intenté ser su amiga. Hablar con ellos. Inventarme un juego en el que se sintieran bien. Pero no me dejaron. Solo repetían que yo era una niña y ellos eran monstruos solitarios porque no tenían mamá.

No entendí por qué, si eran solitarios, iban juntos.

Pude contar hasta siete monstruos. Todos muy parecidos. Demasiado normales. Solo les noté la mirada triste, por lo demás no se diferenciaban en nada a nosotros. Me pareció raro.

Siempre pensé que los monstruos se parecían más a los animales. Estos no.

Iban con zapatos y llevaban relojes. Hablaban muy rápido, sin escuchar a los demás. Era como si no les importara lo que decían.

Hablaban porque les agobiaba el silencio.

O porque estaban aburridos, pero eran cabezotas y no querían reconocerlo.

Hubo un momento en que me di cuenta de que estaba

soñando.

Quise despertar el tiempo suficiente como para cambiar la parte que no me gustaba. Que no entendía.

¿Qué habría pasado si hubiera encontrado a sus mamás? ¿Me hubieran dejado jugar?

¿Se habrían acercado? A lo mejor no me habrían visto como una niña.

Pero no fui capaz de despertar y no cambió nada. Se fueron. Tan solitarios como habían venido.

Sin darme la opción de hacer algo por ellos. Sin dejarme que les conociera y por qué no, que les pudiera llegar a coger cariño. O ellos a mí. Y me convirtiera en un monstruo como ellos, al menos por un rato.

El tiempo que pudiera ocultarles que yo tenía mamá.

Que no me gustaban los relojes. Que estaba descalza.

✻

Hasta la muerte de mi hija fui puntual con las revisiones. Una en septiembre y la otra en marzo. Pero después de confirmar que mi vista era imbatible, empecé a saltarme alguna de las citas. Qué me iba a pasar. Casi al mismo tiempo que mi desidia, comencé a sentir dolores de cabeza y pérdidas de visión cada vez más acentuadas. No hice caso y seguí como si nada. Trabajando a destajo y con menos garantías, haciendo barbaridades y durmiendo del lado contrario al pautado por Gross. No por provocar, sino porque las cosas venían así. Hasta entonces fui metódico y me preocupé por cumplir, pero la vida —sé que los ojos no tenían la culpa— me había fallado y no le encontraba el sentido a evitar males mayores. Apenas dormía y, si lo hacía, el sueño me atacaba en el sofá, de cualquier manera, me vencía sin reparar en cómo se me quedaba la cabeza. Me tomé el trabajo como el único resorte que me permitía no pensar. Como un tapón de vacío.

Fue la etapa profesional en la que planteé y vendí los reportajes y las entrevistas más extraños de mi carrera. Encontré la conexión entre una página de contactos y un convento, trabajé como quiosquero, como controlador de parquímetros —

desmonté el trucaje de los relojes de los aparatos de estacionamiento de la zona azul, que generaban cantidades millonarias a la administración local— y entrevisté a gente peculiar, como aquel *heavy* que siempre tocaba en la boca del metro. Guardo muy buen recuerdo de ese trabajo.

El chico solía tocar los domingos por la mañana, aprovechando que dejaban la calle peatonal. Las primeras veces que le vi, tan alto y con esa pinta de duro, con una señora perenne al lado, tuve la impresión de que ella era una vecina que, por alguna razón, sentía que el chaval le recordaba a su nieto y bajaba a pasar el rato, a ordenarle las monedas que le iban dando dentro de la funda de la guitarra. Pero al seguir viéndola allí después de tanto tiempo, la curiosidad me pudo y le pregunté quién era. Cuando me dijo que su madre, volví a equivocarme al creer que la decisión de estar era suya, que se quedaba más tranquila acompañando a su hijo por lo que pudiera pasar, aunque ella no llegara al metro cincuenta y él estuviera más que criado. Cuando Javier el *heavy* aceptó la entrevista, me contó que fue él quien se lo pidió para que estuviera entretenida. A ella le costó ir. Por eso se ponía siempre un poco alejada de él. Porque le horrorizaba pensar que le pudieran pedir que interpretara algún tema. Según ella, no tenía voz ni edad para esas cosas. Lo cierto es que se parecía a Mari Trini. Llevaba el pelo platino y tenía un ojo más grande que otro. Me acuerdo que fue de las primeras cosas en las que me fijé. En invierno era duro verla tan quieta, muy abrigada de manos y cuello pero con unos mocasines de tacón de suela casi inexistente. Javier me aclaró que no era viuda, que su padre vivía aunque no paraba en casa y que sus sobrinos ya se habían hecho mayores y su madre tenía demasiadas horas libres desde que no tenía que recogerlos del colegio y quedarse con ellos hasta que sus padres volvían de trabajar. Tampoco le veía el sentido a estar tantas horas de pie,

como un pasmarote viendo a su hijo tocar, pero en el fondo eso era menos que nada. Que quedarse en un sofá.

En la calle encontré un material increíble. Personajes y situaciones dignos de ser atrapados en papel. Fue un tiempo o muchos, no lo sé, años que pasaron inconstantes, abatidos, de ausencia personal, pero de una hiperactividad absoluta. Siempre en la moto, siempre con la grabadora a cuestas y la cámara. Siempre pendiente de las pilas.

Me acostumbré a ir con los ojos bien abiertos. Confiaba en mi doble retina. Estaba convencido de que me permitía percibir lo extraordinario. Tener un séptimo sentido. Una particular capacidad de atracción para las causas perdidas o las uniones imposibles.

Fue en uno de esos días de revelados rápidos, de transcripciones hasta las mil para poder entregar a tiempo las pocas colaboraciones que me quedaban, cuando mis ojos fallaron. Justo cuando no me lo podía permitir.

Fui a ver a Gross. El cuadro de retinosquisis se había complicado. Después de unas cuantas pruebas, Gross determinó que tenía un síndrome de Stickler tipo II. También era un trastorno hereditario, esta vez del tejido conjuntivo. A pesar del tiempo transcurrido yendo y viniendo al oftalmólogo, los ojos me seguían pareciendo un misterio. Quería tomármelo con humor, pero el único que había era el vítreo y estaba bastante perjudicado.

Le pregunté enseguida qué suponía todo aquello. «Fisuras en la zona más que apreciables. Es una enfermedad que afecta a uno de cada diez mil. Es menos habitual que la del tipo I y puede desarrollar manifestaciones muy variadas, desde artrosis precoz, pérdida de audición o laxitud ósea. En tu caso parece que son solo oftalmológicas: la miopía ha aumentado, tienes más de 8 dioptrías en el ojo derecho, combinada con astigmatismo y una

anomalía vítrea más acentuada desde el último estudio. La suma de estos elementos vuelven a llevarnos a la posibilidad, cada vez más cercana, de un desprendimiento de retina. Pero insisto en que si evaluamos constantemente el ojo no tiene por qué ocurrir. El síndrome de Stickler suele aparecer antes de los treinta o en niños pequeños. En tu caso, o no lo hemos sabido percibir hasta ahora o es que se acaba de manifestar. Me inclino más por esto último. Por cierto, ¿cómo ves por las noches?». No había notado que ahora viera peor que antes, la verdad. La pérdida de visión la notaba en el lado inferior derecho, tal y como me había apuntado Gross en su día, pero sin variaciones en función de si había claridad u oscuridad.

Gross apagó la luz de la consulta como las anteriores veces y solo dejó encendido un pequeño foco indirecto dirigido al suelo. No se veía apenas, pero logré distinguir todo cuanto había en la habitación. Gross no percibió mayores daños en mi retina de los ya descritos. Me preparó un montón de volantes para descartar que el síndrome también se hubiera manifestado y extendido de un modo más agudo a áreas auditivas y traumatológicas. «El síndrome de Stickler nos obliga a hacer revisiones más continuadas. Ahora que sabemos que lo tienes, en vez de cada seis quiero que nos veamos cada cuatro meses».

✻

Pensé en aquello que decía Isak Dinesen de que hay que tener mucho cuidado con lo que pedimos porque se puede cumplir. Yo había puesto a prueba a la retina. Le había pedido un doble luto, un reto que iba más allá de lo emocional y del arrebato. No me hizo caso entonces y justo cuando lo había olvidado, cuando usaba mis ojos o mi forma de acceder a la realidad como un filtro para desmarcarme del mundo, el ojo obedecía una orden del pasado y marcaba sus pautas. Ahora era él quien decidía el ritmo y la intensidad, sin negociación posible, y yo, aunque pueda resultar paradójico o inestable, lo último que quería era que cumpliera con la tarea pendiente.

Cuando eres una persona sana, no hay nada más irritante que pasarte el día haciéndote pruebas y recogiendo los resultados. Estar expuesto a máquinas que pueden fallar y a diagnósticos que dependen de esas máquinas. No tiene por qué haber un error, pero estaba en un punto en que desconfiaba de los procesos, de la conjunción de números y letras en muestras de sangre y orina, de los rayos X y hasta del hilo musical que saltaba cada vez que llamaba a pedir una nueva cita y una operadora metálica me informaba de que las líneas estaban

ocupadas y la llamada iba a ser íntegramente grabada. Todo esto para que después de muchas lecturas de revistas atrasadas en las salas de espera, me confirmaran que era uno de entre esos diez mil individuos que tienen algo singular, hereditario y degenerativo. A mí, que no me tocó jamás ni una puñetera goma de borrar en las rifas del colegio. Era consciente de que con esto se podía vivir tranquilamente. No me voy a poner quejica. Hay cosas peores. Pero a partir de ese momento los ojos me infundieron respeto.

✻

Apareció una tarde con un par de botes de detergente.

«Es para quitar las manchas difíciles, quizá si te lavas los ojos con él te encuentres mejor. Pone que con una sola gota es suficiente».

Al comprobar que no lo usaba, un sábado se puso a hacer un bizcocho. Se llenó a propósito de harina, chocolate y huevo. Me llamó para que fuera a la cocina a ver cómo se echaba un tapón de detergente por encima. Al frotar sobre el jersey y el pelo, empezó a salir espuma. Cada vez más espuma.

Sacó la lengua para coger un poco de jabón y se puso a hacer pompas.

«Funciona. Deberías probarlo. Ni una mancha. Si no te convence, siempre puedes convertirte en pez como yo. Venga, cíclope, no seas perezoso. ¿Una guerra de pompas? Vale, te doy ventaja: te dejo hacerlas con el ojo».

✻

Me matriculé en un curso intensivo de psicoanálisis y psicoterapia en el William Alanson White Institute de Nueva York. En esos siete meses conocí a Helene Kafka, la supervisora y codirectora de un programa dedicado a conjugar arte y psicoanálisis. Gracias a ella profundicé en el concepto de terapia activa. La conexión se produjo tras leer un estudio con el que la doctora había ilustrado una ponencia en el Congreso Ferenczi-Groddeck, celebrado en Baden-Baden en 2006.

En *El hombre que no podía llorar y el psicoanalista que sí podía*, la doctora narra el trabajo mutuo que un paciente y ella realizaron para sobreponerse de un trauma. Maury había nacido con dos dedos en cada mano y un pie deforme. El rechazo familiar había conseguido que fuera incapaz de aceptarse. La doctora Kafka acababa de sufrir la muerte de su marido, enfermo de Parkinson, y la de su hermana y su primo de cáncer. Ambos necesitaban llorar. Asumir lo que les había ocurrido. *«Maury no sabía que había estado apenado toda su vida. No había llorado desde los seis años, cuando una "niña bonita" se negó a sujetar su mano en la escuela. Estaba trastornado por la rabia y el aislamiento que sentía, tenía miedo a morir tras una vida no*

vivida. (…) Maury mantenía los dedos ocultos, moviéndolos constantemente cuando hablaba. Lo llamaba su "juego de manos". Un truco para distraer la atención del que le escuchaba. Yo me quedaba hipnotizada mirando sus manos danzando elegantemente al ritmo de su discurso. Cuando le pregunté si me permitiría que viera sus dedos deformes, puso sus manos sobre las mías. Fijé la mirada en ellos y empecé a tocar suavemente cada dedo, a la vez que yo también atendía delicadamente mis propios dedos artríticos. Yo, al igual que Maury, a veces he sentido la necesidad de esconder las manos. Lo nuestro era una curación mutua. En la que el trauma se transformaba en un dolor compasivo, basado en la confianza». Maury pudo vencer la resistencia que le suponía su cuerpo, gracias a su *«mente, que se ha convertido en un objeto de deseo, destreza y gratificación con el que se identifica, del que se siente orgulloso».* Y la doctora pudo aligerar, humanizar, su duelo.

La doctora Kafka consideraba, al igual que Groddeck y Ferenczi, que el cuerpo y la mente son inseparables y que médico y paciente han de establecer un vínculo entre ambos, un camino que conecte lo somático y lo psíquico. A través de los gestos, incluso del silencio, es posible generar una terapia de empatía en la que es más fácil reconocer las causas del dolor para poder afrontarlo.

Me pareció un planteamiento tan cercano que quise saber más de Georg Groddeck y Sándor Ferenczi, los pioneros de la medicina psicosomática.

Groddeck fue un ser brillante, irónico, buen escritor —son suyos *El buscador de almas* y *El libro del Ello*—, llegó a ser el médico personal de Bismarck, pero por encima de todo fue un «analista salvaje», como él mismo se definía. Para él las enfermedades orgánicas, incluso la miopía, eran consecuencias físicas de conflictos emocionales inconscientes. Manifestaciones

corporales como caminar o gesticular. Algo que el médico no estaba obligado a reducir, sino a descifrar.

En 1900, con su hermana Lina y su primera mujer, Else von Goltz-Neumann, abrió en Baden-Baden, en pleno corazón de la Selva Negra, un sanatorio con quince camas. En él atendió desde cánceres hasta diabetes, aplicando un tratamiento propio basado en la hidroterapia, la alimentación, los masajes y las entrevistas entre enfermos y curadores. Su pretensión, como la de Freud, era tratar de captar al ser humano en su totalidad. Hallar en el perfil de la enfermedad la expresión de un deseo orgánico.

Para que los pacientes se sintieran elementos activos de su propia cura, empezó a darles conferencias y creó una revista, *Satanarium*. En la primera de las ciento quince charlas que Groddeck dio en el sanatorio, el 16 de agosto de 1916, expuso que el ser humano tiene dos almas: una consciente (la voluntad) y otra inconsciente (el instinto), y que del combate de ambas surgían las enfermedades. Porque es el alma inconsciente la que rige todo: «la que hace latir el corazón, digerir los alimentos, gobierna los ojos y todo el cuerpo».

Para Groddeck, los órganos del cuerpo estaban sexualizados: los de los hombres se localizaban en el nervio óptico y los de las mujeres, en las cavidades cardíacas. Discrepo por completo con la identificación que Groddeck y Ferenczi compartían sobre los ojos y los genitales. Sin embargo, sí estoy de acuerdo con lo que Groddeck contó en la última conferencia que dio en Zúrich antes de morir. En *La vista: El mundo del ojo y ver sin ojos*, habla de la vista como un proceso que no solo depende del ojo, sino de todo el ser humano, en particular de su inconsciente. Para Groddeck era tan importante lo que vemos como lo que no vemos, lo que reprimimos. La represión, según él, es la causa fundamental de las enfermedades oculares. Pero esa represión no tiene por qué ser únicamente sexual.

Groddeck y Ferenczi fomentaron la práctica de un psicoanálisis impulsivo, creativo, que desafiaba las reglas planteadas hasta ese momento. Apostaron por la técnica basada en un análisis recíproco, donde paciente y terapeuta dirigen la cura por igual, de forma sincera y espontánea. A partir de 1920 introdujeron parámetros como la voz, los gestos, la respiración, el movimiento o el silencio para crear un entorno amable, en el que el paciente se sintiera seguro.

Ferenczi siempre estuvo muy cerca de Freud: lo consideraba un padre, perdió al suyo cuando era muy pequeño. Para el tratamiento de traumas relacionados sobre todo con la infancia, las relaciones materno y paterno filiales y los abusos sexuales, diseñó un método activo, una terapia de relajación, centrada en el afecto y la ternura. El analista besaba a sus pacientes, lloraba con ellos. Su utopía consistía en «la eliminación de los impulsos de odio y en la progresiva domesticación de la naturaleza mediante el control por medio de la comprensión». El paciente en las sesiones podía ser a la vez niño, joven y anciano. Pero para eso tenía que creer en el médico. Clara M. Thompson, una de sus discípulas, aseguró que «Ferenczi creía que el amor era tan esencial para el crecimiento saludable del niño (del paciente) como la comida».

Las técnicas planteadas por Groddeck en su sanatorio influyeron en el desarrollo del psicoanálisis en el resto de Europa y al otro lado del Atlántico. Dejó huella en autores como W. H. Auden, Henry Miller, Lawrence Durrell —según él, Groddeck fue el único psicoanalista que influyó a Freud—, Thomas Mann —el doctor Krokovski, de *La montaña mágica*, está inspirado en él—, Simone de Beauvoir y Susan Sontag.

Me convertí en una seguidora del modelo terapéutico de ambos psicoanalistas y todo el tiempo que viví en Nueva York participé en la programación de los ciclos de conferencias que se

realizaban en The New School for Social Research, en colaboración con el Centro Sándor Ferenczi.

✻

Una vez conseguidos algunos de los más extraordinarios quesitos del trivial médico, volví a mi rutina de trabajo trabajo trabajo. Se me acumulaban los temas y los impagos. Ya no cobraba a noventa días, sino a ciento veinte o incluso a doscientos y tenía que hacer auténticos malabares para pagar las facturas y que me quedara algo para gasolina y comida. No era fácil, pero no iba a pensar. Todavía no.

Me ha costado mucho, pero si hay algo que he aprendido con los años es que el dolor te encuentra, no hace falta que lo busques, y que cuando da contigo, no debes recrearte en él porque sería como estirarlo, asumir que te ha vencido, que te ha vaciado. Que puede seguir haciéndolo a su antojo, porque en el fondo lo estás deseando, porque el resto de lo que sucede perdió el interés. El hábito.

Cuando esto ocurre, hay que automatizar los procesos. Volverte puntual contigo mismo, buscar el modo de estar lo más alejado posible de lo que te consume. El entrenamiento pasa por aprovechar las tareas mecánicas, incluso las más básicas. Recrearse en ellas.

Me centré en el trabajo. Me pateaba la ciudad buscando material, nuevas historias; me infiltraba en sitios insospechados, entre gente con vidas más rotas que la mía para que mi deambular me pareciera más suave. Ese dejarme ir creo que me ayudó a retrasar el dolor. A evitar que me volviera sombra.

Cuando parecía que había conseguido endurecerme, se me desprendió la retina.

✻

¿Sueles soñar habitualmente? ¿Con qué, lo recuerdas?

Desde que estoy convaleciente sueño mucho, siempre con cine. Será porque lo echo de menos. Me surgen personajes y acciones que me han conmovido y los llevo un poco más allá. O más acá. Los matizo. No sé si por mostrar mis deseos ante los originales o porque al tratarse de un sueño, la realidad, incluida la que se maneja dentro de una ficción, siempre se modifica aunque uno no lo pida. Cada sueño empieza y acaba en una sesión. No continúa en otras. Cuando me despierto no busco conexiones, pero tal vez las haya y sea esa necesidad que todos tenemos de escondernos dentro del lugar común. De nuestros propios espacios. De crear y buscar un refugio mental más que físico al que poder huir y ser nosotros mismos. Mis sueños quizá funcionen como una pantalla que proyecta justo eso, el deleite de lo escondido, lo que esos relatos y esos seres son para mí. Anotaciones al margen del guion. Verdaderas historias paralelas. Y tú ¿qué sueñas? Desde muy pequeña, cuando duermo continúo las tramas de los libros que me han impactado, como si no aceptara que hubieran terminado y me resistiera a empezar a olvidarlos. De forma espontánea, jamás lo planifico, les hago

crecer, continuar, aunque sea solo durante una noche. También me ocurre con ciertas series de televisión. Las vivo tan intensamente que las convierto en reales. Llego incluso a preocuparme por los finales de algunos episodios, como si fueran situaciones cercanas, de gente querida, que me abaten y me dejan intentando hallar una salida diferente a esos conflictos. No suelo repetir sueño tampoco. Es como si cada uno fuera una mirada, una porción de vida que he logrado ganar. Un llanto menos.

✻

Llevábamos dos días seguidos en casa de Lea hablando, comiendo y cayendo rendidos cuando nos acostábamos. No dormíamos mucho. Desde el principio actuábamos con un curioso sentido de la responsabilidad. No queríamos fallar, no si el fallo se producía por habernos relajado y no haber aprovechado el tiempo.

Nos organizábamos bien. Mientras uno se duchaba, el otro preparaba el desayuno, hacía la cama o bajaba a por el periódico. Dormíamos juntos. Teníamos que llorar en un tiempo récord y ninguno de los dos descartábamos que nos pudiera ocurrir durmiendo. No nos vigilábamos. Compartíamos inexperiencia. Eso era todo.

Desde la primera tarde, la de la respiración, nos acostumbramos a dormir de lado. Mirándonos con los ojos cerrados. Lea con sus manos sobre mi cara. Yo abrazándola. Como para que no cayera. La única cosa que me preocupé de mejorar fue la posición de la rodilla.

Intentábamos ir al grano cuando hablábamos. Acercar las confidencias. Yo solía sentarme en el sofá mientras Lea me escuchaba sentada en el suelo. Había un orden especial en lo que

nos íbamos contando. Eran como los flecos de una alfombra, realidades que se habían quedado retorcidas u ocultas bajo el tapiz principal, que habíamos ido pisando o negándonos todos estos años, llevándolas al borde.

Lea me curó el ojo. Cambió el apósito y valoró su aspecto. La tercera mañana, antes de ponernos a hablar, le propuse que fuéramos a mi casa y continuáramos allí nuestra preparación al llanto. Nos quedaban solo tres días si queríamos cumplir con el plazo que había marcado.

✻

Uno ve diferentes los espacios y las situaciones cuando es el guía.

Entré en mi casa como un cachorro. Busqué su olor característico, que me abordó al instante, creo que para aplacar los nervios que tenía por ir acompañado.

No quise copiar la forma que Lea había tenido de mostrarme su casa, de llevarme por ella. Le pedí que la recorriera sola, que empezara por donde quisiera. Mi casa no era tan grande como la suya. Quería que la descubriera por sí misma y que una vez recorrida me hiciera preguntas o me comentara cosas. Las que le apeteciera. O nada.

Aproveché para ver si tenía mensajes en el contestador y mirar un rato por la ventana.

El primer sitio en el que entró Lea fue en el cuarto de mi hija. Respiré hondo. Los días anteriores no le había hablado de cómo era mi casa. Ella no tenía ni idea de cuál era la distribución, pero allí estaba. En su habitación. Su puerta no difería de las del resto de las habitaciones. Estaba abierta y entró. Encendió la luz. Estuvo bastante tiempo, creo. Al salir me miró fijamente y se fue a la cocina. Su primera toma de contacto la llevó hasta la ventana del salón en la que yo estaba. Ahí acabó su excursión inicial.

Al colocarse a mi lado, tras el cristal, me preguntó qué había hecho con los calcetines que había encontrado al llegar de aquel viaje. Si se los podía enseñar. También que le gustaría ver alguna foto. No necesariamente de ella. Alguna foto que tuviera un significado para mí.

Fui a por el último álbum que había llenado y se lo di. No sabía si estaba preparado para verlo de nuevo. Con ella. De pronto oí la voz de mi hija como si estuviera con nosotros allí. Giré la cabeza para comprobar si estaba. En ese momento, Lea abrió el álbum mientras yo me mantenía quieto para no dejar de oír hablar a mi hija. Para que no cesara su voz. Quizá Lea, pensé, al levantar la tapa ha traído de nuevo el mar.

✻

Quiero ser inmortal. Sé que aún no me toca morirme, que aún me queda, pero aunque me falte no quiero que me pase. A mí lo que me gustaría es ser inmortal. Vivir siempre sin pensar en que me voy a morir. Vivir. Con eso ya tengo suficiente. Morirse lo complica todo. Porque no te centras. Porque se te quitan las ganas. Total, te vas a morir.

Me gustaría intentarlo. De la misma forma que se viaja al espacio o los ordenadores son cada vez más pequeños, puede que alguien sea capaz de dar con la fórmula. Asegurar que funciona y compartir la idea. Quizá se trate de una simple vacuna, de una especie de yogur bebido o de una asignatura. Algo que tenemos que estudiar y superar para poder cambiar las cosas.

De mayor quiero ser inmortal. Con eso me conformo.

✻

Las imágenes son mapas mudos de rostros, paisajes, viajes.

En la repetición de caras y espacios, uno puede hacerse una idea de quiénes y dóndes, crear un relato. Una vida válida, no necesariamente real.

Los álbumes son cómics con los bocadillos de texto vacíos.

El movimiento, los gestos, sus secuencias nos susurran la acción. Nos alertan del género, si los protagonistas corren o correrán peligro, si hay amor. Si hacía calor.

Si siguen viviendo.

Las fotos gesticulan de un modo distinto según pasa el tiempo.

No cuentan las mismas cosas. Mutan, porque dependen de los ojos que las miran. Cada ojo se plantea una recreación distinta de lo que fue. Se guía por instinto.

Busca emociones, diferencias entre toma y toma, el mensaje secreto que queda entre la reiteración y la ausencia de lo que seleccionó la cámara.

Los álbumes son radiografías contrastadas. Colas de cometa.

El momento detenido como una ficción. El pasado

expandido.

✻

Mi padre perdió a su segunda mujer en febrero. Salvo la familia, nadie lo sabe. No quiere contarlo. Le parece que, si en el barrio se enteraran, caería en picado y empezaría a ser de golpe un anciano. Aparecería la vulnerabilidad, y eso le produce más miedo que tristeza. Por eso se obliga a hacer la misma vida de siempre. La que cree que controla desde que Luisa se quedara inválida y decidiera prejubilarse para pasar más tiempo con ella. Mi padre es un hombre honesto. Esa clase de seres que no se dan importancia, pero logran que todo sea más fácil. Mejor.

Cuando Luisa falleció, mis hermanos y yo le intentamos convencer de que se viniera a pasar una temporada con nosotros, pero se negó. No hay necesidad, dijo. Si me voy, levantaría sospechas. Justo lo contrario de lo que quería.

Respetamos su decisión. Nos parecía difícil que pudiera mantener en secreto la muerte de su esposa, pero no íbamos a decírselo. No serviría de nada.

Me tranquilizaba saber que no tenía portero. Una explicación menos que dar. Su vecino de planta apenas estaba. Se pasaba la mitad del año en Australia con su hijo. Parecía que en el entorno más inmediato la cosa estaba controlada, pero no era

cierto. Desconfiad de vivir en familia, repartidos en un mismo edificio. Hermanos, cuñados, suegros, primos. Al principio hace ilusión, porque parece que se puede confraternizar, que si hay niños juegan, hacen los deberes y bajan juntos al parque, y los mayores pueden coordinarse para quedarse con la chiquillería cuando toca, organizar cenas, visitas improvisadas, compras y salidas colectivas. Esas cosas. Desconfiad. En poco tiempo, uno descubre que la película es bien distinta. Un espanto. Ese «qué bien» inicial se acaba diciendo con los labios apretados y la boca casi cerrada. No hay intimidad. Todo termina haciéndose de forma consensuada y, horror, no puedes estar solo o como te apetezca. Nunca. Está claro que los bloques de viviendas han hecho mucho daño.

Las dos cuñadas de mi padre viven en el piso de arriba. Cuando su hermana vivía, solo los visitaban en Año Nuevo o cuando Luisa celebraba su santo. Ahora bajan todos los mediodías a ver comer a mi padre. Únicamente.

Las primeras veces parecía que era por hacer más llevadera la ausencia. Tienes que ser fuerte. Te costará, pero lo que no puedes es dejar de alimentarte. Sin energía y con esa tristeza te morirás mañana, le aseguraban. Federico agradeció la deferencia. Al día siguiente puso tres platos y tres cubiertos. Pero al llegar, Clara y Concha le dejaron bien claro que no pretendían comer con él. Que estaban allí para comprobar que comía. Nada más. Le prometimos a Luisa que cuidaríamos de ti. Y eso estamos haciendo. Seremos tu apetito hasta que veamos que puedes arreglártelas tú solo. Mi padre, que no es muy dado a dar explicaciones y menos de cosas que considera absurdas, me confesó que al oír aquello se sintió como preso en un anuncio de compresas.

Dichoso apetito. Las dos cuñadas cumplían a rajatabla su cometido. Sin contemplaciones. De dos a dos y media eran

escoltas de lo que comía, se gastaban mañas de recogepelotas y juez de silla a la vez, para no dar por perdida ni una sola bola de partido. Federico mastica. No pretenderás meterte ese trozo de carne entero en la boca. Para qué tienes el cuchillo. Acuérdate de la última vez que se te partió el puente con una espina de cazón. Federico, por Dios, moja un poco en esa salsa, que es donde está el alimento. Yo no lo soportaría. Habría permitido que pasara solo una vez. Ni una más. Pero mi padre parecía que había aprendido a no inmutarse, no entiendo por qué razón. Comía como si estuviera solo y ellas dos fueran una conversación frívola en la mesa de al lado, el sonido de una gotera confirmándose en el cubo.

Al principio pensó en trasladarse a la mesa del salón y comer en una bandeja. La cocina era demasiado pequeña para tener a ese par de buitres en la espalda. Pero la realidad se impuso. Clara y Concha apretaban el timbre en el momento en que Federico acababa de cerrar la llave del gas, se había servido la comida en el plato y estaba cogiendo una copa para ponerse vino. Le saludaban con un tono severo, de celadoras de universidad a distancia, y entraban hasta el fondo.

Cada una se sentaba en un taburete y se repartían sus hombros. Clara se situaba siempre detrás del derecho y Concha del izquierdo, de modo que no quedara ni un mísero punto ciego entre el plato, mi padre y sus ojos. No había mediodía que no le quitaran el servilletero y le llamaran a la mesa, como si en vez de comer aquello fuera una rueda de prensa que llevara mucho retraso.

Mi padre se sentaba, castigado en su propia cocina. Y no se permitía ni hipar. No hablaba. Intentaba tragar rápido sin que se notase. Para que se marcharan y le dejaran en paz de una santa vez ese par de locas. Lo he podido comprobar algún día que estaba en su casa y no daba crédito, pero era así. No entendía su

obediencia. Su resignación.

Cuando Federico acababa, se levantaban, lo miraban y bajaban la cabeza en señal de aprobación, como si fuera un párvulo que se hubiera ganado un sugus de piña, y al irse le repetían: ya sabes, estamos arriba para lo que necesites. A cualquier hora. No seas tan prudente. Mi padre dejaba los ojos fijos en el pasillo. Nunca le pareció tan largo. Tan tremenda la distancia hasta la puerta. Cuando por fin se iban, no se movía hasta que no confirmaba el eco del ascensor y el manojo de llaves batiéndose en la cerradura un piso más arriba. Cuando se quedaba solo, se iba corriendo a por un sobre de Almax. Aquellas comidas tuteladas le producían ardor de estómago. Yo en su caso hubiera optado por tomarme un Tepazepam.

Me pidió que no me preocupara, que iba a poner fin a aquello. Le creí. Como casi siempre. A los pocos días volví a verle. Me contó que para intentar acabar con ese tercer grado, había optado por irse a comer a restaurantes alejados del barrio, donde ni por asomo sus cuñadas pudieran aparecer. Pero daba igual. Comía con la misma tensión, resignado y ansioso. Con ganas de pagar e irse antes de haberse pedido siquiera el primer plato del menú. Daba igual. Sus cuñadas bajaban entonces a la hora de la cena. Al final, harto de gastarse dinero y hacerse kilómetros, decidió volver a comer en casa, asegurándose que hablaría con ellas y les diría que ya había recuperado el apetito y que gracias por todo. Tenía pensando decírselo al día siguiente, con la puerta entornada, impidiendo que entraran, pillaran taburete y le siguieran amargando la existencia. A mi edad no puedo vivir con este miedo, me aseguró. Al cabo de unos cuantos simulacros, fue capaz de ponerse en su sitio. Me alegré cuando me lo dijo. Nunca pensé que mi padre fuera un tipo sumiso. Liberado de estas dos guardianas, me gustaba pensar que a partir de entonces hacía lo que le venía en gana y que a su

manera era feliz.

Sé que camina mucho. Sale a pasear bien temprano por la mañana y luego por la tarde se va a tomar un café que alarga hasta casi las nueve de la noche. El tiempo justo para llegar a casa, ponerse cómodo, cenar y quedarse dormido cabeceando en el sofá con el ruido de fondo de las noticias.

Cuando lo cuento, él insiste en que no es cierto. Que después de cenar lee un poco y se va a la cama. Pero yo sé que es mentira. Dependiendo del momento, a veces le chincho y otras me hago el olvidadizo para que piense que me ha convencido. Un juego tonto, pero juego al fin y al cabo, porque a su edad yo pensaba que casi todo se basaba en la repetición de las mismas cosas. Día tras día. Y poco más.

Lo que nadie sabe, ni el resto de mis hermanos —yo me enteré de casualidad, como de lo de sus cuñadas—, es que para tender la ropa y salir al balcón mi padre se pone peluca. Lo juro. En su afán por no levantar sospechas se hizo una con el mismo tono y corte de pelo de Luisa. Empezó a utilizarla cuando intentó dar de baja el Canal Satélite, que estaba a su nombre. A los pocos días de fallecer, llamó para cambiar el titular. Le dijeron que tenía que ser su esposa quien se diera primero de baja y luego llevara el descodificador y los cables a una tienda concreta. Al ver que no era tan fácil, mantuvo todo como estaba. Pero dejó de funcionar una noche y tuvo que venir un técnico. Lo primero que se le ocurrió, no sé por qué, es que el técnico solo arreglaría el aparato si estaba Luisa. No quiero pensar que son cosas de la edad. Mi padre ha sido siempre un hombre cuerdo. Nada excéntrico. Pero lo cierto es que en aquella ocasión y para evitar líos, según me contó él mismo, se plantificó la peluca, un collar y las gafas de ver de Luisa. De esta guisa atendió al técnico. También se puso unos guantes de cocina para no tener que enseñar las manos al firmar el parte de reparación.

Dice que el técnico le trató y le miró como a una mujer. No tengo ni idea de cómo se notan esas cosas. Mientras lo escuchaba, la única imagen que era capaz de visualizar era la de mi padre como José Luis López Vázquez en *Mi querida señorita.*

Después de aquel debut, y teniendo en cuenta su prioridad por mantener en secreto que Luisa ya no estaba entre nosotros, empezó a usar la peluca casi a diario para tender la ropa desde la ventana que daba al patio y salir a la terraza, que es pequeña y da a un par de bloques no demasiado cercanos. Federico creía que sus vecinos no notarían nada. En la ventana parecía fácil, bastaba con agachar un poco la cabeza hacia las cuerdas, pero en la terraza, a pesar de que la barandilla es gruesa y alta, mi padre tapaba sus pantalones con un delantal o con la bata de Luisa, sin reparar en que desde que se quedó en silla de ruedas solo salía allí con él cuando hacía buen tiempo. No sé cuándo ni por qué se le ocurrió hacer aquello, la verdad. Alguna tarde que iba a verlos, Luisa me contaba cómo Federico la vestía con algún blusón de colores que la favorecía y le ponía perfume como si fueran a salir a comer fuera. A Luisa le gustaba toda esa preparación. Le divertía ver cómo mi padre la atusaba. Una vez arreglada, Federico cogía una toquilla para evitar volver a entrar si hacía fresco, encendía la radio, sacaba los periódicos e improvisaba un aperitivo. Los dos decían que era lo que más les gustaba de la casa, porque en ella parecía que podían estar en muchos sitios a la vez.

Ahora que está solo, me pregunto qué hace cuando sale a la terraza. Lo que más me inquieta —empiezo a plantearme que algo de eso he de haber heredado— es no saber cómo puede hacer de él si pone todo su empeño en hacer de Luisa. No quiero ni pensar que se quita y se pone la peluca, que va y viene de una silla a otra, que se pregunta y se contesta cambiando la entonación y la voz, como si allí no pasara nada. Convencido de

que los vecinos los ven a los dos como siempre, disfrutando de otro día de sol y no a solo a él, un pobre anciano verborreico y disfrazado.

Una tarde, poco antes de salir a tomarse el café, Federico se dio cuenta de que no había tendido la lavadora. Era cuadriculado para los horarios. Intentó convencerse de que no pasaba nada si salía diez minutos más tarde. Nadie le estaba esperando. Sacó la ropa y se colocó la peluca con el par de horquillas que tenía siempre en una caja al lado de las pinzas. Esta vez no se puso nada más encima. Ya llevaba el abrigo y la bufanda. Tardó cinco minutos en tender.

Cerró la ventana, dejó el barreño en su sitio. Antes de apagar la luz de la cocina, comprobó que llevaba las llaves y se fue. El ascensor seguía allí. Se puso contento porque sintió que no tenía sentido ser siempre tan estricto. Al salir del portal me encontré con él. Me costó reconocerle. Aquella tarde me apunté a tomar café. Necesitaba que me contara por qué iba con peluca. Si le pasaba algo, si había sido idea de sus cuñadas. Si podía ayudarle.

Me volvió a recordar que no quería que nadie supiese lo de Luisa. Que aquello empezó por una tontería y que ahora, después de llevar haciéndolo unos cuantos meses, se había habituado a ponérsela para ciertas cosas y se había dado cuenta de que le gustaba. Echaba menos de menos a Luisa de esta forma. La sentía más cerca. Cómplice. Riéndose de él cada vez que cogía una pinza o salía a leer al sol.

Esta tarde se me olvidó quitármela después de tender. No me la pongo para salir a la calle. Me alegra haberme encontrado contigo, hijo, y no con un vecino, me dijo. Miré a mi padre terminándose el café con leche con aquella mata de pelo color castaño cayendo sobre su cara. No estaba violento. Se lo veía bien. Y no supe qué decirle. Pedí la cuenta y lo acompañé a casa.

Para el camino de vuelta se quitó la peluca y me pidió que la llevara en la mano. No quería llamar la atención.

✻

Cuando mis padres se divorciaron —como verás, en mi familia abundan los divorcios y los accidentes—, mamá se sacó el carné de conducir y se compró un 600 de segunda mano. Ya era mayor. Por qué un 600. Si con esto quiso sentirse más independiente, se equivocó. Descubrió en menos de una semana que odiaba conducir. Era meter primera y transformarse. En el coche perdía la iniciativa para buscar el camino más corto o cambiar de ruta en los trayectos habituales. En carretera jamás adelantaba. Las veces que he tenido que viajar con ella —por supuesto, no me dejaba llevarlo—, pensé que no llegaríamos nunca. Que entraríamos en reserva y moriríamos de una lipotimia en mitad de la autovía.

La duración de sus viajes dependía del azar. No atendía a las indicaciones. Seguía al coche que tuviera delante. Siempre iba con la calefacción y Radio Nacional de España puestas.

No soportaba aparcar. Cuando le tocaba hacerlo, no sé cómo pero siempre convencía a algún chaval de alma cándida para que se lo colocara «mirando a Madrid», como si hubiera abandonado la ciudad y la añorara. Al verlo ya estacionado, mi madre descargaba toda su furia a patadas contra el guardabarros y las ruedas delanteras. Se defendía de él, aseguraba que el coche

la poseía.

Una noche me llamó para contarme que había notado que la semana anterior le había crecido la cabeza. Había recuperado su tamaño habitual durante el fin de semana. Sin necesidad de relacionar mucho, llegó a la conclusión de que el coche había tenido la culpa.

Intenté convencerla de que la cabeza no crece. La animé a que vendiera el coche o lo regalara, pero que dejara de cogerlo. El problema lo tenía dentro de la cabeza, no fuera. Le sentó mal mi recomendación y me colgó. Pasados unos días, la llamé. Estaba feliz celebrando que la noche anterior le habían robado el 600. No había dado parte a la policía ni pensaba hacerlo. Se puso tan contenta al saber que ya no lo tenía que se fue a comprar un par de zapatos nuevos.

Pasados unos meses, mamá volvió a sacar el tema de la cabeza. Ya no tenía coche. Fue a ver a mi padre cuando se «entrompó» y terminó enterándose de lo de la peluca.

Me sorprendió que mi padre se lo hubiera dicho. Ella presumía de que siempre se lo habían contado todo. Fue entonces cuando comprendió lo de su cabeza. Dejó de preocuparse al saber que le crecía cada vez que notaba que mi padre se ponía la peluca. Estaba segura. Le crecía la cabeza por mímesis. Porque en el fondo Federico no solo se acordaba de Luisa cuando la llevaba puesta, también de ella. Recordaba el amor. Lo confortable que es sentirse querido.

La miré perplejo. Le dije que no creía que lo estuviera diciendo en serio. Me soltó que la complicidad en las parejas es infalible. Debía de serlo, porque llevaban más de diez años separados. Le recomendé que fuera al médico. Me dio la impresión de que estaba perdiendo a mis padres. Jamás hubiera pensado que se fueran a hacer mayores así, convirtiéndose en unos locos travestidos y con poderes telepáticos, casi circenses.

Mamá fue al neurólogo. Descubrieron que había sufrido unos cuantos ictus cerebrales. En esos episodios, los fusibles de su cabeza habían saltado, se habían desconectado por poco tiempo, el suficiente para no recordar que no había sentido ni un pinchazo ni dolor, ninguna pista que le anunciara que le iba a pasar. Esos momentos de nada, por alguna extraña razón, dejaban a mi madre con la idea de aumento de tamaño cuando su cabeza volvía a conectar. Con un quitar y poner de sombreros para comprobar si le entraban. Con alguna que otra llamada a mi padre para saber qué estaba haciendo. Acciones repetitivas, pero que no entrañaban riesgo alguno.

✻

Mi sobrino Rolo es un tío nervioso, no puede ocultarlo. Su cabeza es una escopeta de perdigones llena de gas. Siempre con mil cosas que no termina de hacer. Acababa de aprobar el carné de conducir y, para demostrar su felicidad, lo llevaba colgado del cuello en modo escapulario. El plástico era tan nuevo que se le quedaba pegado como una segunda piel.

Para celebrarlo, mi hermano Juan le iba a dejar coger el BMW familiar. Mi padre también se apuntó. No quería perderse la primera carrera de su nieto.

Imagino a Rolo entrando en el garaje, mirando al coche. Como si fuera la palmera en un oasis.

Estoy convencido de que Rolo sintió que empezaba una nueva etapa de su vida. Debió de sentarse como un taxista profesional frente al volante, ajustando el espejo retrovisor. Ya no iba atrás, como el eterno niño al que traían y llevaban de aquí para allá. Eso era el pasado. Mi hermano Juan ocupó el lugar habitual de Rolo. Federico, a su lado, se ajustó las gafas antes de salir. Rolo lo interpretó, seguro, como un ceremonial propio de un buen copiloto. Comprobó que los tres llevaban los cinturones puestos y se puso en marcha. Aprendió a conducir en la

autoescuela con un Twingo y se examinó con un Passat. Nunca había cogido otros coches y menos este.

Decidió dejar a un lado la ciudad y meterse en la autovía. Mi padre decía que las manos le sudaban al volante, que no paraba de mover el cuello como si tuviera un resorte. Estaba tan excitado que no hablaba. Puso música. Conducía de forma precipitada, a bastante velocidad, y frenaba en seco.

Después de un rato poniendo el coche al límite, Rolo les planteó volver a casa. Giró en la primera desviación y a los pocos minutos ya estaban en el barrio. Cuando quedaban poquísimos metros para llegar al garaje, Rolo le preguntó a mi padre si le hacía un trompo. Como Federico no sabía muy bien a qué se refería, le contestó un: sí, venga. Sin que diera tiempo a pestañear siquiera, Rolo agarró la palanca de cambios, miró a izquierda y derecha como si cogiera impulso y se hizo un señor trompo.

El coche dio varias vueltas de campana hasta quedar bocabajo en mitad de la calle. Las puertas se bloquearon y los tres se quedaron retenidos en aquel cepo de hierros retorcidos.

Así estuvieron varias horas hasta que llegaron la grúa y los bomberos. El coche quedó siniestro total. A Rolo le retiraron el carné. Le daba vergüenza ver que todo había pasado tan cerca de su casa. Federico recibió el impacto de lleno. Se rompió dos costillas y una vértebra. Mi hermano se quedó sin coche. Rolo estaba furioso —puto BMW, mucho motor pero no aguanta ni un trompo— y decepcionado por tener una familia sin ningún sentido del humor. Una familia incapaz de pillar una broma.

Rolo hizo el trompo el mismo día que atropellaron a mi hija.

✻

Volvía a casa en moto. Era tarde y había estado lloviendo durante todo el día. Con la mayor parte de las calles en obras, el centro estaba taponado. Quería llegar a casa. Tenía que terminar el perfil de un tipo polémico que se había mojado lo justo. Había pocas declaraciones interesantes, hasta las fotos habían salido demasiado correctas. Debía darle unas cuantas vueltas a sus palabras, al tono, hasta encontrar la fórmula que descubriera al verdadero personaje. Si no, carecía de interés. Sería una entrevista más. Conservadora y vacía. Que no podría colocar en ningún sitio.

Iba pensando en posibles enfoques cuando ocurrió. No sé muy bien cómo. Cuando me desperté, estaba en urgencias con desprendimiento de retina por impacto en la parte frontal de la cabeza y fractura de rótula. Me contaron que un camión de reparto con prisa no me vio y me arrastró varios metros. El pantalón se me quedó enganchado y la moto se me cayó encima. Terminé empotrado casi en la acera, entre dos coches.

Me tenían en un *box* improvisado en mitad de un pasillo mientras decidían si me subían a planta o me llevaban directamente al quirófano.

La cabeza y la pierna me latían. Las sentía como si me hubieran conectado al llegar a un hinchador y las enfermeras hubieran estado pisando el pedal hasta que desperté convertido en hombre globo.

Con el ojo izquierdo veía borroso, con el derecho nada. Me resultaba imposible saber dónde estaban mis cosas, qué hora era. No estaba para insistir. Me preguntaron a quién quería que llamaran. Me quedé un rato pensando. Opté por que avisaran a mi madre, era la que me aguantaría mejor. Cuando llegara a casa, ya pensaría cómo y con quién me organizaba.

El conductor de la furgoneta estuvo en el hospital y dejó sus datos antes de irse. Prometió llamar.

Tuve suerte. Gross estaba esa noche de guardia. No sé el tiempo que me dejaron allí. Tenía frío y la boca seca. Era como estar en una autopista. Aislado y aturdido en mitad del movimiento de voces y camillas.

La operación duró unas cuantas horas. Gross me practicó una vitrectromía. En los continuos chequeos ya me había ido hablando de la posibilidad de tener que hacerla si la retina seguía empeorando. El golpe tuvo que ser enorme. Aparte del desprendimiento, tenía desgarro, hemorragia y tracción en el vítreo. La operación salió bien. Abandoné el quirófano con un parche en el ojo y la pierna con un vendaje compresivo que no me podía quitar en tres semanas. Pasé día y medio en el hospital. Tenía que estar la primera semana la mayor parte del tiempo de lado. Bocabajo era imposible con la pierna. A partir de la segunda semana y en función de cómo me viera Gross, seguir en reposo, pero no tan exhaustivo. Eso sí, los ojos tenían que estar poco expuestos a la luz. El derecho lo llevaba tapado y el otro, con el golpe, había sufrido un derrame.

✻

Se había hecho de noche. Otra vez. No sé cuánto llevábamos hablando.

Teníamos hambre y sed. Casi todo el día había hablado yo. Lea había escuchado con atención, como si intentara reconstruir una figura o encontrar por dónde se escapaba el frío en la estructura de una ventana.

Se había hecho de noche. Otra vez. Hoy tocaba dormir en mi cama.

Llevaba mucho tiempo durmiendo solo. Pero aquella rutina se había convertido en algo natural para nosotros. No teníamos que explicar nada. Que preguntar nada. Estábamos bien así. Daba la sensación de que mi cama la aguardaba desde siempre.

Apagamos la luz y cerramos los ojos. En la posición habitual. Otra vez.

✻

En su sueño, Pol ve a Katherine Hepburn en la piscina. En una hamaca. Se ha puesto una chaqueta de lana gorda, la primera que ha encontrado.

Camufla un pie sobre el otro. Hace un frío que no consigue quitarse soplando sobre sus manos o concentrándose en el sueño.

Le gustaría que apareciera un coyote de repente y se quedara allí, junto a sus pies con mocasines, retándola a averiguar quién es, por qué no duerme dentro, por qué no se ha puesto calcetines, por qué no siente miedo ni cansancio y es incapaz de dejar de fumar.

Quizá su rebeldía es lo que le hace estar acomodada en la noche. Inquieta, siempre compensando dolor y genialidad.

Spencer Tracy ha dejado las luces del coche encendidas al llegar hace un rato. No se ha dado cuenta.

Katherine duda de si levantarse e ir a apagarlas o si dejar que la batería se consuma otra noche, como la colilla del cigarrillo que se lo piensa dos veces antes de caer sobre sus piernas.

El olor a whisky inunda esa parte de la piscina que va del

garaje al porche. Al principio, a Katherine le parecía un anticipo de la primavera, la vida de los árboles dentro de los hombres. La imantación que producen los acantilados.

Ahora es el letargo, una lejanía que no deja huellas en el camino, pero que cada vez la lleva más lejos. De la que cada vez cuesta más volver. Sacarla del fondo del abismo y dejarla dentro, como el vello en la piel bajo los botones de una camisa arrugada.

Spencer no duerme. Cae. No se rinde. Se pone zancadillas hasta que no hay nada más que hacer que cerrar los ojos tras soltar de memoria, casi con furia, unas cuantas buenas frases de guion, aprendidas con el amargor del alcohol haciéndole temblar las cejas. Quién sabe si también el recuerdo. Los estudios, las historias son desayunos que su cuerpo consume demasiado deprisa y el resto del día —la vida— se le hace espeso, extenso, demasiado amplio.

A Katherine le inquieta que Spencer intente ser más sordo que su hijo cuando el niño se queda a dormir y a pasar unos días en su casa, que invente puntos de fuga cuando las sombras empiezan a salir de sus escondites. Le angustia la actitud que él muestra frente a su hijo enfermo, su huida hacia delante de un vaso que se llena casi como por arte de magia.

Por eso está fuera, intentando saber cómo colocarse para entrar en calor y reconocer que ese amor tan sólido no podrá destruirse/destruirle. A él, que va como a hurtadillas por el camino de grava cuando ennegrece y los búhos empiezan a lanzar sus ojos más allá de las colinas.

Ni un ruido. Círculos de humo. Katherine. Spencer. Y la noche.

Si llegara un fotógrafo, pondría «enfadados» como pie de foto y se confundiría. Porque lo único que les ocurre es que se aman. No como al resto le gustaría ver.

Por eso él se ha rendido en la habitación, bajo las sábanas,

mientras ella se ha quedado fuera despierta ensartando estrellas, como si se trataran de piezas con las que poder armar un collar que no oprima, el cordón umbilical que les mantiene unidos, como dos siameses.

Katherine es la realidad, el suelo, la firmeza. Spencer, la constancia del presente continuo. A ratos difícil, a ratos minúsculo, a pesar de su cuerpo nervudo y su gesto irlandés.

Parece que se contradicen, que se espacian uno del otro, pero lo cierto, lo único cierto, es que se aman y que Katherine está protegiendo ese sueño desordenado de Spencer porque él hace lo mismo. A su manera.

✻

En *El alcohol y la nostalgia*, Mathias está consciente. Pero no quiere abrir los ojos. En el sueño de Lea va a seguir un rato más escuchando a Jeanne pidiendo que despierte. Puede que una enfermera le haya estado observando y le haya contado a Jeanne cuánto la necesita.

Jeanne va rellenando todas las dudas que le han surgido a Mathias a lo largo de estos años áridos. Va una a una, como si fueran la respuesta final, la suma de esos huecos que dejaba en sus cartas, que siempre se quedaban incompletas para no resultar tan tristes.

Jeanne insiste, reconstruye, con la paciencia de quien se niega a despedirse. No le va a soltar la mano, no va a dejar que los dos vuelvan a estrellarse contra el suelo. Solo necesitan una oportunidad. Esta. Los extras siempre guardan material inédito.

La voz de Jeanne, susurrante y entrecortada, consigue que París se difumine, se quede herméticamente aislada en su frío, en su nostalgia constante y plomiza. Que a Mathias le empiece a parecer antiguo aquel juego maldito de matar los días para obviar la distancia, la decepción. Su falta de coraje.

Jeanne teme que Mathias se haya quedado en ese tren que

cruza los Urales, intentando entender, repasando la vida de los tres, con Vladimir muerto a su lado, volviendo a casa. Cediéndoles su sitio.

Después de aquel viaje, Jeanne siente que Mathias se ha llenado de nieve.

«Vamos por delante. Siempre vamos por delante (…). Nos hemos perdido, así que vuelve, sal del silencio (…); él hubiese querido que fuéramos felices, que tuvieses éxito, que abandonásemos la dulce violencia rusa, que escribieses libros, libros y libros, tenía prisa por leerte, ¿te acuerdas?».

Mathias no va a dejar que Jeanne siga pensando que algo se ha roto, que no va a volver. Que no se quedará en Moscú. Abre los ojos. Antes de que ella sea consciente, se acerca a su oído con la voz durmiente todavía. A partir de ahora quiero que dejemos de ir por delante, dice. Hecho. No volveremos a perdernos, le responde Jeanne, que por primera vez coge las manos de Mathias con sus manos. Dos. Son dos. Las besa para agradecerle que haya vuelto, para sellar el vacío de Vladimir. Toda esa resaca de palabras, emoción y cansancio que les ha quitado el frío. La utopía.

✻

Le pedí a Lea que empezara ella. Que hoy se sincerara y usara todo el tiempo que quisiera. Ayer me sentí un poco abochornado, le dije. Te atiborré a historias familiares. No podía parar. No pasa nada, Pol, me gustó oírlas. Noté que Lea lo decía de verdad. Empiezas a estar cómodo. Se nota que no estás habituado a dejarte llevar. A descubrirte. Y menos en tu casa. Es un avance enorme, estoy contenta, me aseguró Lea. De acuerdo, hoy empezaré yo, pero te pido que no dejes de contarme cosas si te apetece.

✻

Conocí a Nicolás en un seminario con la doctora Kafka.

Coincidíamos siempre al entrar en el hospital, pero no nos decíamos ni media palabra.

Una tarde, al terminar las clases, me fui caminando hasta Central Park. Necesitaba dar un paseo. Estuve andando durante una hora, dejándome llevar, sin seguir ninguna ruta. Antes de regresar, decidí parar un rato. Fui hacia el primer banco que vi. Cuando llegué, descubrí que Nicolás estaba allí sentado.

Me miró con vergüenza. Le pregunté si esperaba a alguien. Me dijo que no. Tardó en hablar. Se quedó mirando a la gente que pasaba corriendo y a los perros. Quizá no le hacía ninguna gracia que me hubiera sentado a su lado. Si te molesto, me voy a otro banco, no hay problema. No, no. Quédate.

Recuerdo que estuvimos hasta que oscureció sin decir nada. Yo empecé a sentir frío en las manos. ¿Te pasa algo? Puede, me dijo. ¿Por qué estás aquí?, le pregunté. ¿Tú? ¿Puedes mirarme el cuello y decirme cómo lo tengo? Normal, ¿por qué? Es que acabo de intentar suicidarme y no he podido. Llevo días buscando el lugar para hacerlo y hasta hace un rato no lo había encontrado. Desde aquí puedes ver, pero la gente no es capaz de

saber qué pasa a cierta distancia con todos estos árboles. He usado este de aquí atrás para colgar la soga desde la rama. La he hecho con unas cuantas corbatas y un cinturón. Lo menos elástico que tenía en casa.

Le escuchaba. Sabía que lo último que tenía que hacer era preguntarle por los motivos que lo habían llevado a intentar aquello. Debía dejarle hablar. Cuando me he puesto la soga alrededor del cuello y he soltado un pie, continuó contándome, he pensado que era mala hora y alguien me obligaría a bajar antes de perder el conocimiento. Que no funcionaría. Con el peso, las corbatas se me clavaban detrás de las orejas, no hacían presión sobre la garganta, a pesar de que intentaba tirar de ellas con la trabilla del cinturón. Solté los pies durante un rato y comprobé que la soga me presionaba la mandíbula. Y eso, la verdad, no me pareció el seguro de una muerte eficaz. Así que me bajé. La rama era perfecta. Igual que el árbol. Que el banco. Esta zona del parque. Cuando acababa de sentarme, llegaste.

¿Qué vas a hacer ahora? Irme. No tengo cuerpo ya hoy para volver a intentarlo, y menos después de habértelo contado. Tampoco tenía planteado suicidarme con público. ¿Entonces? Me voy a ir tranquilamente a casa.

Descubrimos que los dos vivíamos en Chelsea. Nicolás en la 9ª Avenida a la altura de la calle 18 y yo, en la 23. Volvimos andando.

¿Por qué Central Park? Porque Gramercy está muy cerca. Fue en el primer sitio que pensé, pero no me convenció. Central Park tiene más posibilidades. Nunca sospeché que la primera vez que habláramos sería en estas circunstancias. Prefiero que estemos hablando a haberte encontrado muerto, le aseguré.

Antes de irnos, Nicolás dejó las corbatas ajustadas en el árbol, por si acaso. Para tardar menos la próxima vez. ¿Va a haber próxima, estás tan seguro? Nunca se sabe. ¿Por qué vas al

seminario? Porque intento no dejarme llevar por este impulso.

Nicolás era psiquiatra. Trabajaba en el William Alanson. También era hijo único. Con diecisiete años, su madre murió de alzhéimer y al poco tiempo su padre se tiró por la terraza porque no podía aguantar la soledad. Mi madre se fue lentamente. Se convirtió en una niña que solo veía la tele y comía galletas mojadas en leche. Se pasaba todo el día en camisón o con ropa que le quedaba grande. Dejó de reconocernos muy pronto. Olvidó los nombres, las causas, quién era. Empezó a perderse en un tiempo difícil, a vivir dentro de una cabeza que se iba transformando cada día en un pasillo más estrecho y oscuro. Se volvió caprichosa. Dormía a deshora. Siempre en el sofá del salón. Lo único que le interesaba era la tele. Los dibujos animados y la Fórmula 1. No me preguntes por qué. Jamás pensé, después de lo que habíamos pasado, que mi padre pudiera reaccionar así. No me lo esperaba.

Cuando me quedé solo, pasaba el mayor tiempo posible fuera de casa. Vivía en la universidad. Si no estaba en la biblioteca, me refugiaba en la cafetería o en algún departamento para no tener que volver. Me licencié y me fui lejos. Como si alguien me estuviera siguiendo. No he sido capaz de vender la casa ni de alquilarla. Cuando voy a Madrid, me quedo en un hotel o con algún amigo. Desde entonces, vivo para trabajar. El resto me da miedo. La vida me da miedo por si me falla. Otra vez. Así que sigo estudiando. Contrastando teorías. Doy cursos. Viajo. No aguanto mucho tiempo en el mismo sitio. Aquí ya llevo tres años. Estoy harto de traslados. De montar nuevas consultas. De valorar plazas vacantes en otros hospitales. Harto de ser ordenado. Hace unos días pensé que suicidarme era la única salida que tenía. Como mi padre. No había perdido la cabeza, pero me encontraba solo. No me veía lanzándome desde ninguna altura ni cortándome las venas o atiborrándome a

barbitúricos. Opté por morir en mitad de un parque, viendo a otros continuar, como si fuera una película, parte de un sueño. Contar desconocidos hasta cerrar los ojos. Pensaba suicidarme por abandono, no por tristeza. No sé por qué te cuento esto.

Antes de despedirnos esa noche, le pedí que me prometiera que no lo haría. Que cada vez que tuviera un pensamiento extraño me llamaría y quedaría con él. Hablaríamos de otras cosas. Haríamos la compra. Patinaríamos. O no haríamos nada. Bueno, sí, agotar ese tiempo. Lo que fuera antes de volver a ese árbol. Antes de ponerse a contar corredores en Central Park. Le dije que ya no estaba solo. Que no le iba a fallar.

✻

A Nicolás le costó contar conmigo. Era muy terco. Pero no tuvo elección. Yo insistí. Al día siguiente de su intento de suicidio coincidimos en clase. Al acabar, le esperé fuera con un sobre. Le había comprado una soga y unos tirantes. Creo que es mejor que no se te caigan los pantalones. El de ayer parecía ser tu único cinturón, le dije. Sabía que la soga le iba a impactar. Es para que la estudies bien y veas lo rugosa que es. Tiene pinta de no fallar. Pero no creo que valga la pena probarla.

A partir de ese momento, le fui regalando cosas casi a diario: un jersey de cuello vuelto grueso, un bonsái, una colección de pajaritas de colores imposibles, un manual de nudos corredizos. *La guía del buen guardabosques*. El episodio de *Barrio Sésamo* en el que Coco enseña la diferencia entre arriba y abajo. De todos esos paquetes que iba recibiendo en mano, el que más le gustó fue un *collage* con fotos de Bill Clinton, Sylvester Stallone, Arnold Schwarzenegger y Michael Douglas con el eslogan: «A ellos les salvaron sus mandíbulas».

Empezamos a pasar tiempo juntos. Nos acostumbramos pronto. Sentíamos que habíamos encontrado a un igual. Despertamos. Fue como volver a ser niños, pero sabiéndonos los

trucos. Nos pasábamos horas hablando, contándonos anécdotas, cosas que no tenían importancia, pero que nos hacían reír de forma contagiosa y efusiva. Permitimos que el ritmo de los días nos convenciera de que vivir también podía ser ligero. Fácil. Una mezcla de sorpresa y admiración. De camaradería absoluta.

Dejé mi apartamento y me fui a vivir con él. Los domingos pasábamos todo el día en casa, en pijama, comiendo galletas y viendo la tele tumbados en el sofá, preguntándonos el nombre cada vez que nos encontrábamos por el pasillo. Aquel era nuestro pequeño homenaje a su madre. Hacer juntos lo que él no pudo cambiar ni solucionar cuando ella se puso enferma. De esta forma, Nicolás aceptó su muerte. La dejó ir. Hicimos algo parecido por su padre. En primavera decidí que el desayuno, la comida y la cena los tomaríamos en la terraza. Vivíamos en un decimocuarto piso. Era un modo de perder el vértigo, de aprender a mantener el equilibrio de forma natural, sin olvidar la altura. Hasta entonces, Nicolás no había puesto un pie fuera, ni tan siquiera se atrevía a abrir la puerta. Empezó a recordar cosas, a comprender otras que se le habían escapado. Se fue serenando hasta ser capaz de quedarse con los mejores momentos, con la ternura que sentía hacia sus padres. Cuando cogió confianza, se empeñó en que visitáramos los edificios más altos de la ciudad y que nos montáramos de vez en cuando en la noria de Coney Island. Las tardes en las que había poca gente, pedía que nos dejaran arriba parados. Yo me sentaba en el suelo. Me colocaba entre sus piernas, le cogía los tobillos, segura de que me impedirían caer al vacío. Y cerraba los ojos. Mientras tanto, Nicolás hablaba y callaba, volvía a hablar y callar, como si estuviera buceando, poniendo al revés el cielo. Convirtiéndolo en agua. Recuerdo aquella sensación de estar arriba, esperando unas alas. La tranquilidad de poder mirar hacia abajo y saber que, si queríamos, podíamos hacerlo. Cualquier cosa. Que

estábamos preparados.

Íbamos con frecuencia a Central Park, a nuestro banco. Nos gustaba ir a leer allí. Las corbatas seguían colgadas del árbol, tal y como Nicolás las dejó aquella tarde. Nadie se había atrevido a quitarlas. Se habían convertido en un elemento más del parque. Para nosotros era una señal más que un recordatorio, para evitar que nos perdiéramos. No había soledad. Disfrutamos, vivimos, perdimos el tiempo, jugamos con él, como no lo habíamos hecho nunca. Sin reglas. Como si no se fuera a acabar. No teníamos prisa.

✻

Conseguí entrar en el Instituto Austen Riggs como coordinadora del programa Erikson para investigadores. Eso me obligaba a ir cada diez días a la sede de Stockbridge, en Massachusetts, a revisar contenidos. Estos viajes fueron un aprendizaje intensivo, en los que recolecté todas las herramientas posibles para ayudar a Nicolás. Quería estar preparada e intentar ir por delante, si es que eso era posible. Por si volvía a ocurrir.

Durante algo más de dos trimestres, me empapé del método ideado por Erikson, que combinaba el estudio clínico con la antropología, el derecho, la crítica literaria o las ciencias políticas. Asistí a módulos sobre terapias dinámicas para abordar el suicidio desde distintos ángulos: el de los riesgos, las prácticas habituales o el poder de la herencia genética. Aprendí más sobre el uso de los sueños y la necesidad de la psiquiatría de adaptarse a nuevas realidades. En el fondo, indagué a través de todos ellos en la capacidad que tiene el ser humano de estar solo, hasta qué punto soporta la soledad y la necesita para relacionarse con el mundo. Cómo toma conciencia de ella, qué hace para evitarla o llevarla sin que pese. Hasta qué punto es influenciable. Cuándo elementos como internet, Facebook o Twitter, por ejemplo,

dejan de ser un medio de comunicación social para convertirse en una dependencia, incluso en una señal de alerta.

Nicolás estaba al tanto de mi entrenamiento. Decía que le hacía sentirse protegido por si algún día se le cruzaba el cable de nuevo. Algo que estaba seguro de que no iba a pasar. Cuando no tenía consulta, venía conmigo a las clases. Disfrutaba tanto o más que yo, porque le permitían hacer un estudio en profundidad de sí mismo, como médico con traumas, y de sus pacientes.

El psiquiátrico de Stockbridge, que se fundó en 1913, era una continuación casi natural del sanatorio de Groddeck en Baden-Baden. Cuando Erikson empezó a trabajar allí en 1951, aseguraba que Thomas Mann lo había tomado como referencia para describir el balneario de *La montaña mágica*. Era un lugar donde la recuperación iba más allá de la enfermedad. Se fomentaba la libertad de expresión artística, intelectual y corporal. Joan, la mujer de Erikson, dirigió el programa de actividades del centro los diez años que residieron allí. Los pacientes practicaban danza, jardinería, teatro, carpintería o música, como parte de una terapia que les permitía estar activos, relacionarse entre ellos. Empatizar con el entorno. Era una extensión del método Montessori, que impulsaba el aprendizaje (en este caso, la curación) a través de los sentidos. En ambientes amplios, con luz, los pacientes se sentían estimulados, autónomos, capaces de manifestarse y de progresar con imaginación y en función de su potencial. Conseguían ser libres.

✻

¿Has visto el artículo «Travolta, de cienciólogo a curandero» que sale hoy en el periódico?

Hace unos años, Nicolás le trató. Estaba a punto de dejar la Cienciología. Llevaba pensándoselo tiempo. Sabía que, si sus compañeros de iglesia se enteraban, no le iban a dejar tomar la decisión. No estaba confundido. Quería irse. Pero no sabía cómo ni en qué momento.

No había perdido la fe. Eso creía. El problema estaba en el instrumento que debía usar para mejorar, el E-Metro, hacia el que había desarrollado una dependencia absoluta.

El origen del E-Metro es el GSR (*Galvanic Skin Response*), un pequeño aparato que, a través de una resistencia eléctrica —unos electrodos— aplicada en las glándulas sudoríparas de las manos, mide la respuesta galvánica que producen ciertos sentimientos o estados de ánimo.

El primero en apostar por su uso fue el profesor Ivan Romanovich Tarcharoff en 1890. A Carl Jung le pareció un método tan interesante que se lo apropió a principios del siglo pasado.

El GSR consigue valorar la reacción física de los pacientes a

los que se les induce enumerando una serie de palabras o preguntas seleccionadas. Las reacciones van generando una secuencia energética. Un muestreo en el grado de aceptación o rechazo ante los temas que se les van planteando. Se ha utilizado, y se sigue utilizando mucho, para determinar los niveles y tipos de estrés, para definir cómo se comporta el trauma, cómo se oculta, y para profundizar en la evolución y manifestación de enfermedades mentales y psíquicas.

En 1955, Volney G. Mathison, siguiendo las mismas premisas del GSR, fue un poco más allá e inventó el electropsicómetro, que algún ser caritativo y amante de la concisión decidió rebautizar como E-Metro.

¿Quién le iba a decir a Mathison que este dispositivo le iba a interesar tanto a L. Ron Hubbard, el creador de la dianética y de la Iglesia de la Cienciología, como para convertirlo en un aparato de culto?

El E-Metro mide la resistencia del cuerpo al paso de una corriente eléctrica. Por sí solo no tiene ninguna función. No es capaz de establecer relaciones entre el cuerpo y la mente. Es una medición vulnerable ante factores tan variables como la temperatura, la humedad o la presión. Siendo así, por mucho que Hubbard se empeñara, no puede definir por qué estamos tristes y qué podemos hacer para cambiar o hacer mejor nuestra vida. Su uso espiritual es falso. En 1963, la Food and Drug Administration realizó una redada en la iglesia de Washington en la que confiscó todos sus E-Metros al considerarlos un dispositivo de oración fraudulento. Al poco tiempo llegaron a un acuerdo: la Cienciología podía venderlos, pero advirtiendo de cuáles podían ser las consecuencias. La iglesia aceptó. No hay que olvidar que su principal objetivo es hacer negocio. Un E-Metro normal cuesta unos trescientos dólares y el precio medio de los que venden los cienciólogos ronda los diez mil. En esta

línea, la iglesia ha conseguido además patentar un modelo individual que no requiere la presencia de un ministro espiritual y permite practicar evaluaciones con frecuencia. La Cienciología predica el autoperfeccionamiento, habla de la superación de la energía dañina acumulada, o «carga», producida por imágenes traumáticas. El uso habitual del E-Metro, según Hubbard, ayuda a liberarla.

Las sesiones con Nicolás empezaron cuando Travolta acababa de comprarse el primer avión. Pocos lo saben, pero se lo compró no porque le gustara volar, sino para tener las manos ocupadas, lejos de los electrodos del E-Metro. Con el tiempo terminó aficionándose y sacándose once licencias privadas de vuelo. Para Travolta pilotar era la oportunidad de controlar una máquina en vez de ser él el controlado.

Cuando ingresó en la Cienciología, empezó usándolo una vez al día, por la noche. Confesarse le venía bien. De una pasó a hacer dos auditorías. Luego cuatro, hasta que perdió la cuenta. Lo utilizaba todo el rato. Antes de desayunar, después de ducharse, durante la lectura de un guion, antes de salir de casa, al volver, al cambiarse de ropa, antes y después de comer fruta o escuchar música, justo antes de acostarse. Era tan poco el tiempo que pasaba entre auditoría y auditoría que no tenía casi nada nuevo que analizar. Durante una época, pensó que iba por el buen camino, que esta era la única forma de estar puro.

Su cuerpo generó sobre el aparato una actitud de necesidad y repulsión. Travolta llegó a inventarse las imágenes, las preguntas, sus reacciones. Era capaz incluso de ver cómo se movía la aguja en la pantalla, aunque la máquina estuviera apagada.

Llegó el día en que se dio cuenta de que el E-Metro le estaba convirtiendo en un neurótico.

Pensó que tenía que hacer algo más que volar. Que debía

volver a hacer cine. Tarantino le dio la oportunidad de regresar, con la condición de que no se llevara el aparato al rodaje.

¿Has visto *Pulp Fiction*? ¿Recuerdas la escena en la que baila con Uma Thurman? A pesar de lo bien que lo hace —Travolta es mejor bailarín que actor, para mi gusto—, si te fijas en sus manos se nota que hay una tendencia en él a cerrarlas rápidamente, como si presionara algo. Una tensión muy sutil, que no es capaz de dominar. Es el «mono» del E-Metro. Estaba en la época de desintoxicación inicial. Algo que solo sabía Nicolás.

Cuando iba a los pases previos de sus películas, a Travolta únicamente le importaban sus manos, ver si estaban menos agarrotadas que en la secuencia anterior. Para aprender a soltarlas, se puso a dar masajes.

Travolta decía que su conciencia tenía diez dedos. Dos manos con las que podía hacer más cosas que auditarse. Compañeros de profesión como Josh Brolin declararon que habían sido testigos de algunas de las curaciones que había practicado Travolta en público. Se difundió la historia de que a Marlon Brando le quitó los dolores de un tobillo fracturado. Esto es de lo que habla el periódico. De algo muy antiguo.

En medio de estas declaraciones, aparecieron denuncias de empleados por abusos, acusaciones de homosexualidad que parecían ciertas. Travolta aprovechó la coyuntura para venderse como actor curandero. Usó todos los medios de la Cienciología para hacerse campaña y proclamar las bondades y poderes de la dianética. Para llamar la atención. Era la mejor forma de despistar. Se sentía cada vez más alejado de todo eso.

Cuando terminó el rodaje en Nueva York, siguió yendo a ver a Nicolás y llamándolo de vez en cuando. En el momento en que iba a salirse, murió su hijo. Travolta le contó que estaba harto de tener una vida falsa, pero que no la podía dejar. La

presión era brutal. Le amenazaban con sacar a la luz más trapos sucios. Acabar con su carrera. No respetaron ni el duelo por su hijo muerto. Para acallar las sospechas y que lo dejaran tranquilo, acudía a diario a audiencias guiadas por los sacerdotes cienciólogos más extremistas. Volvió a ser padre, hizo el paripé de la luz y los gritos durante el parto. En definitiva, se dejó llevar.

En una de las primeras sesiones, Travolta le regaló un E-Metro a Nicolás.

Lo usábamos como detector de mentiras cuando nos enfadábamos. Era divertido pensar en las preguntas y ver lo fácil que era olvidar los motivos que nos habían hecho discutir.

A veces me conecto para acordarme de lo bien que lo pasábamos jugando. Inventando reglas y sacando conclusiones peregrinas.

Estaba pensando que a lo mejor nos sirve para llorar.

¿Quieres que lo probemos? Puedo ir a mi casa a por él o te vienes conmigo y nos hacemos una audiencia. ¿Qué dices?

Me apetecía hacer otra cosa. Pasear, por ejemplo, o hacer alguno de esos ejercicios prácticos de los que me había hablado.

Aún hacía sol.

A Lea le pareció bien salir un poco a la calle.

✻

Si uno está triste, lo mejor es caminar rápido, activar con los pies el lagrimal. Cuando Lea terminó de decir aquello, se dio cuenta de que yo no podía andar rápido con la rodilla así. Me preguntó si alguna vez había llorado en la calle, si recordaba haber buscado un sitio concreto para hacerlo. Si sentí temor o vergüenza.

Le contesté que no solía caminar mucho, que iba en moto a todas partes. Hasta que tuve el accidente. Pero que sí, que si valía llorar sobre ruedas, sí que había llorado mucho.

¿Qué calles cogías, dónde ibas a llorar con la moto?, quiso saber Lea. Me gusta mucho la zona de Cuatro Caminos. Incluso la parte de atrás de la plaza de Castilla. Hay muchas calles en cuesta, pequeñas, combinadas con otras grandes, con pocos semáforos, donde puedes mantener la velocidad y sentir que te desahogas. Esas calles son descubrimientos. Lugares de la ciudad que ocultan pequeños edificios, bares de toda la vida, mezclados con comercios nuevos y mercadillos. Mantienen su historia, su sabor, mientras la gente que se va instalando implanta sus costumbres. En esos barrios, la tradición convive de forma anárquica. Cuando estaba triste, me iba con la moto hacia allí. A cualquier hora. Lo normal es que al ir fuera llorando, pero se me

quitaba al llegar, al meterme por Estrecho, por la parte de atrás de la basílica de Pablo Iglesias, al salir hacia el solar del antiguo estadio Vallehermoso. Esa solía ser mi ruta. Luego bajaba por Islas Filipinas y terminaba sentado en un banco de la playa de los Locos, en la Dehesa de la Villa.

¿Harás algún día esa ruta conmigo?, me preguntó. La haremos, le dije, te gustará. Ahora solo falta que vuelva a tener un ojo, una rodilla y una moto en condiciones. Tranquila, no me preocupo, tienes pinta de ser una mujer paciente, así que iremos. Te lo prometo.

Lea me contó que durante una temporada, cuando empezó a vérselas con el llanto, quiso hacer una tabla de ejercicios para llorar, que fuera cómoda y accesible a todas las edades. Para ella era importante que se pudiera hacer en la calle, casi en cualquier sitio. En conexión con lo que pasara alrededor. No quería que los ejercicios se practicaran en casa. Quería evitar el aislamiento. Fue una etapa en la que iba con un cuaderno apuntando esquinas, calles, descampados, entradas de metro, paradas de taxis, en los que poder realizarlos. Hacía las fotos con el móvil. Luego imaginaba por la ubicación qué tipo de ejercicio se podía hacer. A veces se trataba tan solo de respirar a otra velocidad o de abrir mucho los ojos, casi sin parpadear. Hacía un esquema de la serie, del tiempo necesario para realizarla. Y seguía. Estuve buscando localizaciones un mes completo, pero no fui capaz de terminar la tabla, reconoció. Se me ocurrieron pocos ejercicios. Tenía demasiados espacios y muy poca variedad de ejercicios. Así que lo dejé. Las anotaciones que hacía en el cuaderno eran muy técnicas, del tipo de: «Tristeza en calle empinada». Ejercicio: pie-lágrima, pie-lágrima (bis hasta que sea necesario). No hace falta que sean largas. Eso depende de las piernas de cada uno y de la pendiente. Duración del ejercicio: En función de la longitud de la calle y de la inclinación. Observaciones: Al dar

por acabada la calle, se tendrá que notar una cierta mejoría. Algo, poca cosa, pero suficiente. También humedad y escozor de los ojos después de la acción centrípeta del aire sobre la cara al ir subiendo. En reposo, parecerá bonita y hasta realista la idea de haber aprovechado lo empinado de la (puñetera) calle para hacer que el llanto se convierta en algo pasado.

Una vez arriba, la tristeza cuesta más. Practicar ejercicio en plano: hay que evitar permanecer más de tres minutos en un punto fijo donde el paisaje nos quede a la altura de los ojos. Tener tantos elementos alrededor no relaja, sino que precipita la sensación de pequeñez, de inquietud. Si se tiene conciencia de estar a punto de que broten las lágrimas en plano, hay que buscar rápidamente alternativas. Lo mejor: calles cortas o cuestas, en este caso hacia abajo, para dar con el efecto contrario y que cuando broten, las lágrimas se estampen contra los ojos y colapsen el campo de visión, los nervios. La propia velocidad que se ha ido adquiriendo. Este ejercicio también puede llamarse «bola de nieve».

¿Qué te parecen? Sorprendentes, reconocí. Animé a Lea a que los acabara. Me parecía una idea fantástica y estaba convencido de que mucha gente los haría. Ella me dio las gracias, pero puso cara de haber dejado aquella tabla por imposible.

Empezó a dolerme la pierna y le pedí a Lea que parásemos un rato. Decidimos entrar en un café.

✻

Una noche, le conté a Lea mientras esperábamos que nos atendiera el camarero, me dio por agitar internet y ver qué alternativas me ofrecía para los ojos.

Un blog de acupuntura decía que «a veces, un desequilibrio corporal puede manifestarse como un problema óptico». En otro que «la acupuntura plantea el tratamiento de los síntomas, para ayudar al cuerpo a seguir encontrando la fórmula o la vía de solución de un problema de fondo. Si no hacemos caso al cuerpo, si no le oímos, se manifestará más intensamente con enfermedades más graves».

Recalé en un estudio publicado hace unos años en la *Revista Internacional de Acupuntura*, que demostraba la correspondencia de un 93,3% entre los puntos clásicos de la acupuntura china y los puntos gatillo. De los 255 puntos gatillo, 238 eran comunes a los planteados por la acupuntura. De la acupuntura tradicional estudiada por el Emperador Amarillo en su *Clásico de Medicina*, escrito entre el 475 y el 221 a.C., la red me llevó hasta «la acupuntura emocional», una técnica digital, de toques sobre unos puntos faciales con la repetición de una frase y criterios basados en la autoayuda y en el afán de superación.

Aparte del método, se presentaban ejemplos que habían sido tratados y curados a través de esta técnica. El abanico era amplio: había desde torceduras de tobillo hasta fobias a las arañas o a dormir en pareja, pero el caso oftalmológico más serio que se ofrecía era una conjuntivitis. Decidí pasar a otra página en la que se recomendaba para una buena salud ocular «beber mucha agua, descansar y parpadear en caso de estar leyendo o trabajando con el ordenador, y hacer té frío de crisantemo y usarlo como tónico refrescante». Los ingredientes me parecieron difíciles de encontrar, así que seguí navegando. En esta nueva inspección llegué hasta «Las ocho técnicas Shaolin para los ojos», ejercicios básicos del *chi kung*. Entré para saber cuáles eran y en qué consistían. Mira, le dije a Lea mientras sacaba un papel del bolsillo, los imprimí aquella noche y me los metí en la chaqueta para tenerlos a mano.

> Todos los ejercicios se realizan en posición de pie erguido y manteniéndose relajado.
>
> En el primero hay que contar hojas: hay que ponerse a una distancia cómoda de un árbol o planta y contar sus hojas verdes con los ojos. Empezar con cincuenta hojas, después aumentar gradualmente el número a trescientas. Cada pocos días aumentar el número de hojas a contar. El segundo ejercicio, las estrellas giratorias, había que hacerlo con los ojos abiertos y hacer girar en círculos grandes, lo más amplios posibles, los globos oculares. Diez veces a un lado y diez veces al otro. El siguiente, llamado ojos grandes, consistía en abrir los ojos al máximo y cerrarlos lo más fuerte que fuera posible y repetir unas diez veces. En lejos y cerca había que mirar fijamente durante unos segundos un objeto distante, como una nube. Hacer lo mismo con un objeto cercano, como la

punta de la nariz, y repetir unas diez veces. Después había que enfocar un punto situado a una distancia de entre un metro y medio y tres metros, con los ojos fijos todo el tiempo posible, desde unos segundos a unos minutos. Al principio, los ojos se cansarán o dolerán y saldrán lágrimas. Esto es parte del proceso de entrenamiento o de recuperación. A medida que la vista mejore, se podrá mantener la mirada fija en el punto durante muchos minutos de una manera cómoda y firme.

En la sexta técnica, nutriendo el espíritu, hay que cerrar suavemente los ojos y dejar que el chi (energía) alimente los ojos y el espíritu. Al principio puede que se sienta picor en los ojos. Es una buena señal, indica que el chi está trabajando en los problemas del ojo. A medida que vaya progresando, los ojos se mostrarán descansados y la mente fresca.

A continuación hay que realizar un masaje de puntos sobre la cara con ambas palmas y después usar los dedos para masajear los puntos de energía alrededor de los ojos: en la base de la nariz, en las sienes (conviene utilizar la base de las palmas para el masaje) y detrás de los oídos. Si no se sabe dónde están los puntos de energía, masajear solo la cara, alrededor de los ojos, de la nariz y de los oídos.

El último ejercicio es el tambor celestial. En él hay que cerrar los oídos firmemente con las palmas de las manos y golpear la parte posterior de la cabeza con los dedos veinticuatro veces. Se debe oír dentro de la cabeza el sonido como de un tambor resonando.

Estas técnicas han de practicarse una vez cada mañana. Al principio, hay que comenzar con el ejercicio 1 y terminar con el 7 y el 8. Después, cuando haya transcurrido alrededor de una semana o dos de práctica diaria, hay que añadir el ejercicio 2, luego el 3

y así sucesivamente hasta llegar a practicar en una sesión las Ocho Técnicas en ese orden.

Cuando las leí, me gustaron. Pensé en hacerlas. No perdía nada. A lo mejor practicándolas encontraba mi energía interior perdida o apelmazada en algún rincón de mi cuerpo. Después de esta consulta rápida, dudé sobre si mi ojo derecho tendría un punto gatillo o sería él el gatillo de un punto mayor. Todos los días me decía que al día siguiente empezaría a hacer los ejercicios. Hasta hoy. Quizá si los hicieras conmigo, Lea, me resultaría más fácil. No sé si mi ojo ni yo mismo estamos dispuestos a dejarnos educar, pero creo que los dos somos un poco Shaolines. Los deberíamos hacer.

✻

Pedimos unas cervezas y luego pasamos al vino. De vez en cuando nos traían frutos secos, aceitunas y patatas fritas. Poca cosa para lo que estábamos bebiendo, pero no nos apetecía comer. Solo seguir hablando. Empecé a sentirme un poco mareado. Pagamos. Fuera estaba atardeciendo. Nos fuimos directos al primer parque que encontramos. No lo habíamos comentado, pero los dos teníamos claro que íbamos a ponernos a hacer los ejercicios de *chi kung*. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, soltó Lea.

Nos sentamos entre unos cuantos árboles con farolas cercanas. Abrimos y cerramos los ojos varias veces para calentar. El derecho no me acompañaba demasiado bajo el parche. Empezamos a contar hojas, a girar los globos oculares, a fijar nuestra mirada cerca y lejos, sin hacer caso al número de repeticiones ni al tiempo. Primero hacíamos el ejercicio por separado; Lea me decía que le parecía más importante que yo lo hiciera primero y luego lo hacía ella, y cuando notábamos cierta soltura, por decir algo, lo repetíamos los dos. Así hasta completar las ocho técnicas. De una tacada.

Entre el vino y aquel atracón de ejercicios, decidimos cerrar

los ojos un momento. Para que descansaran. Inmediatamente aparecieron estrellas, rápidos puntos de luz en la oscuridad, mientras el escozor iba remitiendo.

✻

El ruido de las balas crea una música que Clyde aprovecha para poder escribir, dentro de las cajetillas de tabaco, en los recibos de las estaciones de servicio, en las cintas de papel que fajan los billetes. Escribe allí, con una pluma de punta algo torcida a la que le cuesta volver a coger el ritmo —cuestión de pulso— tras cada punto y seguido. Lleva mejor los puntos y aparte, quizá porque tiene conciencia del salto de línea. A veces tan solo le apetece anotar una palabra. Otras se concentra en el dibujo de un objeto insignificante y ridículo para el mundo, y cuando siente sus dedos rápidos y su cabeza inquieta, le da por arreglar pentagramas sobre anuncios de contactos y quinielas hípicas. Jamás ha esbozado, como da por hecho mucha gente, un plano, ni tan siquiera uno simple. Odia lo cuadriculado y cómo destiñe el dinero nuevo. Pol no tiene ninguna duda. En su sueño, Bonnie y Clyde son algo más que unos míticos forajidos.

La carrocería del coche parece no tener más huecos para los disparos. Clyde no se inmuta. Se chupa los labios y mira el cuentakilómetros mientras las llaves tiemblan en el contacto como un sonajero en las manos de un viejo. Mira los pedales. Sube una pierna y se ajusta el trozo de cartón en el que está

bordeando de azul perfiles de números, un pájaro, la marca de un vino que hace años que no prueba y un balance del tiempo en Europa.

Hace mucho ya que la guantera no tiene capacidad para almacenar esos escritos desde el filo. El maletero también está lleno, así que ha decidido ir clasificando el material en cada uno de los pliegues de la capota. Por eso van siempre al descubierto. Le da igual el frío, pero no su colección de letras con olor a gasolina y a ceniza, su chaleco antibalas particular, con el que se protege de la velocidad y de la violencia. De todo eso que ya le parece absurdo.

Antes le motivaba correr. Ahora le gusta aparcar el coche, cuando le da por conducir —unas tres veces al mes como máximo, porque teme que al coger velocidad los papeles salgan disparados— y observar por el espejo retrovisor lo que está a punto de ocurrir. Sea lo que sea, no quiere sentir que sus talones pisan, aceleran. Se queda donde está. Si quieren disparar, que lo hagan. Eso le inspira.

Para Bonnie han sido muchos motines con carreras hacia un coche que siempre resultaba estar más lejos, como para fastidiar. Han sido demasiados planes burdos que parecían brillantes y que para lo único que le han servido es para licenciarse en caras simples, uniformes deprimentes y en conseguir hacer justo lo contrario de lo que quería, sin sentir demasiado dolor.

De todos estos años de escapadas, se queda con el odio acumulado a desmaquillarse cada noche y a tener que pintarse en cualquier antro de baños putrefactos con espejos rotos. A la evidencia de sus piernas fibrosas, siempre bajo medias con pegotes estratégicos de laca de uñas para impedir que los agujeros rajaran por completo la lycra. Piernas con memoria para poder volver. Para poder seguir. Para pisar el acelerador o el

freno cuando tocaba huir, ahora quedarse, mientras Clyde cambiaba las marchas y buscaba una salida o un hueco en mitad de una calle llena de polvo en un pueblucho de mala muerte.

Bonnie está un poco molesta con la historia. Con los bulos y leyendas que sobre ella han ido surcando fronteras, periódicos locales y comisarías y que la han descrito como una chica vulgar, tirando a pobre, con la cabeza un tanto oscura y llena de pájaros.

Es duro para Bonnie saber que la perciben como la mema ayudante de mago de Clyde, cuya única misión es comprobar que la chistera está vacía antes y después de cada atraco. La que es incapaz de contar los billetes y separarlos cuando llegan a cien y hay más, porque sus dedos no se lo permiten, porque se aturullan, y se le olvida el número por el que iba y se corta alguna yema, y para evitar sangrar, se chupa el dedo y pega más de un billete y eso la obliga a tener que empezar de nuevo a contar. Otra vez desde el principio.

Después de tanto tiempo y tanto chismorreo, Bonnie ha llegado a la conclusión de que, más allá de esa pequeña torpeza, no es tonta. Piensa que la gente la envidia. Porque sabe disparar y defenderse, porque es deslenguada y no muestra miedo, y porque, a pesar de ser coqueta, ella es el auténtico hombre. Clyde está orgulloso de que sea así.

Sin embargo, la idea que tienen de ellos es la de dos forajidos obsesionados con el dinero. Dos rebeldes que se aburren y se niegan a seguir las normas.

Cuando Bonnie intenta verse desde esa perspectiva, descubre que es comprensible que los vean así. Pero, cuando vuelve a su piel, pierde esa referencia y solo siente como válida la idea de libertad que persiguen, que les queda a ambos al saber que su hogar es un coche-biblioteca agujereado, que cada día tiene menos ganas de viajar y de alojar los fondos de alguna caja fuerte.

Puede parecer sorprendente para la gran mayoría o tal vez parte de su supuesta cortedad, pero Bonnie jamás piensa en dinero. Jamás lo hizo. Conoció a Clyde y lo demás vino después. No recuerda cómo. Es cierto que podrían haber comprado una granja o haber montado una tienda de comestibles en cualquiera de los lugares por los que pasaron y a los que les dedicaron como mucho dos horas. Podían habérselo pensado, dar unas cuantas vueltas por las calles principales, mirar cómo atardecía, qué pinta tenían los lugares, si algo les llamaba la atención, si se veían viviendo allí, aunque fuera por una temporada corta. Y sin más, probar y establecerse y pasar de ser unos extraños a ser parte de esa comunidad. Pero nunca llegaron a ese punto. Nunca rastrearon ninguno de esos sitios. No les interesó. No querían formar parte de ningún grupo. Eso de hacer tartas de zanahoria o *brownies* para los vecinos o compartir el día de Acción de Gracias en el porche ajeno más cercano, entre el olor a barbacoa y el eco del himno nacional, les producía irritación. Asco. Una sensación de injusticia y vacío. De muerte lenta. De ahí que estuvieran donde estaban. Juntos. En mitad de alguna parte. Como siempre.

Hacía mucho que ambos sabían que eso era lo de menos.

En breve alguien les reconocería. Mientras tanto, Bonnie lee algunos de los textos improvisados de Clyde que van cayendo a su asiento desde los pliegues de la capota. Mueve los labios como intentando memorizarlos, pensar en los trazos minúsculos de esas letras rápidas. Los mueve en silencio para evitar que las palabras puedan quedarse pegadas, torpes, entre sus dedos. Y al acabar, coloca cada escrito en el sitio del que ha salido escupido para mantener el orden. Una cierta idea de hogar.

Bonnie está descalza. Se ha acostumbrado a sentarse sobre sus piernas dobladas. Ya no usa tacones ni esas aburridas gabardinas. No es Faye Dunaway. Nunca se vio como ella. A

quién se le ocurrió semejante tontería. De nuevo vuelve a pensar en la mala memoria colectiva, que termina inventándolo todo, y en su nulo sentido del gusto y, en este caso, del parecido.

Otra de las cosas que pocos saben es que Bonnie se ha cortado el pelo para no tener que estar todo el día liada con el pañuelo puesto. La seda es traidora. De demasiadas cosas se ha tenido que preocupar en cada fuga como para acabar ahora con la regla número uno de la huida: no mirar atrás.

Como recreación, lo de poner un pañuelo en una cabeza es eficaz, sin duda. Pero en movimiento es absurdo y, si la cabeza es la de Bonnie, gratuito. Así que, solo cuando hace mucho frío, Bonnie se pone un gorro o una boina de lana, algo que no tiene nada que ver con la estética.

Es poco compresible intentar explicar el uso de bungaló que Bonnie y Clyde le dan al coche. Pasan semanas así, agotando el depósito, entre puntos de corta distancia en los que aparcan sin prisa. Solo bajan para alquilar una habitación en algún motel en el que darse una ducha y comer y beber algo. El coche ya tiene suficientes bártulos como para llenarlo de migas y botellines vacíos. Clyde se enfadaría.

Bonnie tiene la sensación de que les queda poco. Hay demasiada presión sobre ellos. Sus cabezas tienen puesto precio desde hace años y los cazarrecompensas no van a dejar de hacer su trabajo por un buen puñado de billetes.

Si alguien le preguntara, Bonnie diría que le gustaría morir antes de que amaneciera, en ese punto donde es más de noche que de día y el cielo es de los pájaros, de sonidos extraños que se pasan el resto de las horas camuflados, como si no existieran.

Le bastaría con un tiro certero. En la nuca. Mientras duerme. Sintiendo la cercanía de Clyde y el choque seco de los papeles en la capota. A Clyde, cree, le gustaría morir igual. Como rendido.

Su petición cambiaría si fueran a por ellos despiertos. A pesar de la pereza que les produce, Bonnie es consciente de que pelearían contra esa gentuza aburrida, aunque no tuvieran ni una piedra cerca que tirarles. Con los ojos abiertos no les darían el gusto de convertirse en héroes. Al menos jugarían con ellos un rato. Sabrían que no tendrían suficiente gasolina ni tiempo para meterse en el coche y escapar. Pero les cansarían. Hasta que los dos no le vieran la gracia a eso de volver a hacer de ratones contra gatos y claudicaran. No iban a jugar para ganar, sino para divertirse. Ya se habían salido con la suya demasiadas veces. Ahora buscaban tranquilidad. Que les dejaran en paz. No iban a ponerse a explicar que no darían más golpes. Primero porque no les creerían y segundo, porque ni ellos mismos se lo habían planteado. Así que como lo último que querían hacer era ir escapando de pueblo en pueblo, encontrándose con lo mismo, deciden que no van a perder el tiempo. Solo el justo para dejarse morir. A estas alturas les parece la única forma de estar tranquilos.

De modo que, mientras ocurre, Bonnie va a seguir leyendo. Moviendo los labios. Como si no hubiera nada mejor que hacer.

Oye unos pasos. Es Clyde. Pero viene acompañado. Sabe que este es el momento y que no puede hacerse la dormida. Le abre la puerta para que pueda entrar en el coche. Bajan la capota. Los tres que les apuntan con rifles oxidados piensan que van a coger un arma y disparan. Disparan. Disparan.

Los papeles han salido volando. Sobre el coche.

Cae una lluvia blanca sobre el capó. Lenta y que no permite ver más allá de sus armas a los pistoleros.

Huele a pólvora.

Los tres esperan un movimiento del coche. Nada.

Solo se oyen sonidos habituales bajo el sol molesto.

Se acercan y ven que Clyde ni siquiera ha metido la llave en

el contacto. Ha apoyado su cabeza en el regazo de Bonnie, que se ha quedado dormida leyendo. Con los labios entreabiertos.

✻

Chu-Lin no sabía de la existencia de Copito de Nieve. Copito tampoco tenía ni idea de qué era el valle de Tuscany. Pero en su soledad de prueba del algodón, Chu-Lin sentía que su cuerpo no podía rendir cuentas tan solo a una casa por grande que esta fuera. Sentía que era una especie mal protegida.

A la señora Channing, la jefa de la millonaria familia bodeguera protagonista de la serie *Falcon Crest,* poco le importaba. Si sonaba el timbre a la vez que se terminaba una lavadora, o si los vendimiadores traían las últimas botellas del vino familiar y las dejaban en la puerta junto al periódico, como si fuera leche fresca, ahí tenía que estar Chu-Lin, el mayordomo inalterable. Repeinado como un hermano menor de Manolo Escobar. Una especie de señor Miyagi sin alumno. Ese hombrecillo con corazón de panda.

Chu-Lin parecía no tener tiempo libre. Se le suponía atlético porque llegaba a todo. Desprendía a raudales paz interior, pero quizá se trataba de un tipo de autismo raro, bien canalizado. Le interesaban más los objetos que los seres humanos. Su existencia era orden y planificación. Método.

Se levantaba cuando aún era de noche. Examinaba las

cocheras. Iba a la cocina. Coordinaba los desayunos. Repasaba los riegos del jardín. Separaba los cubos, les daba un agua; colocaba después las bolsas de basura correspondientes dentro de cada uno de ellos.

Según se iban levantado los Channing, hacía las camas. A estas alturas sobra decir que en *Falcon Crest* el único sirviente era él. Chu-Lin.

En aquellos tiempos californianos dados a la sorpresa, los millonarios podrían estar rodeados de doncellas, amas de llaves, chóferes y jardineros, pero no Angela Channing. Si de algo sabía ella era de permanentes y de economía doméstica. Odiaba tener gente alrededor. Le bastaba con su familia para complicarse la existencia.

Como a Copito de Nieve en sus primeros aniversarios, la jefa le regalaba peces envueltos en hojas de bambú. Chu-Lin no lo entendía. Quizá para la señora Channing fueran la quintaesencia de lo oriental. Pero Chu-Lin era alérgico al pescado. Se los daba a Chase Gioberti, que los engullía a dos manos aprovechando descuidos de su madre.

Falcon Crest era una posesión espartana, pero a Chu-Lin le parecía una simple jaula con sus barrotes, sus bebederos con vistas para las visitas. Una caja con unas cuantas uvas repletas de ira.

Jamás sintió Chu-Lin que la audiencia estuviera tan presente y pudiera decidir tanto. No era consciente de la ficción, de sus mecanismos ni de que su limpieza exhaustiva era obviada en cada episodio que se emitía. En realidad, él solo aparecía abriendo la puerta. Eternamente. Como si con ese gesto quedara resumido todo lo que hacía sin descanso una vez que la puerta se cerraba.

Desconocía la labor de los guionistas y de toda esa pandilla grandilocuente que iba y venía, pero de haberlo tenido más en

cuenta, hubiera llegado a la misma conclusión: era una vulgaridad enseñar baños sucios, las camas con las sábanas revueltas, los viñedos secos y ladeados.

A Chu-Lin cada amanecer la claqueta le sonaba a timbre y ahí iba, diligente, a abrir la dichosa puerta. Un día más. Con la mirada fija. En esa casa de cartón piedra que tenía que velar como si fuera el cuco de un reloj.

En la última toma se retiró a su habitación. Cuando llegó, se quitó los zapatos y se tiró al suelo. Se sintió como ese panda que no conocía y que no le conocía, como un animal mal protegido. Un guardián en peligro de extinción. Harto de puerta, de peces en bambú, del eterno olor a O'Cedar. Del dichoso valle de Tuscany.

✻

Un riego nos despertó, calándonos.

Llevábamos en aquel parque varias horas. Dormidos, apoyados uno junto al otro contra el tronco de un árbol.

Nos levantamos con la ropa húmeda y llena de tierra. Volvimos a mi casa.

No teníamos sueño.

Decidimos seguir con la sesión después de cambiarnos.

A Lea le saqué un pantalón, un jersey y aquel par de calcetines de mi hija.

Cuando apareció con su ropa, que aún conservaba rastros de su colonia, se sentó a mi lado en el sofá y me abrazó. Hubo un silencio largo. Gratificante. Después me puse a hablar. Mi voz sonaba distinta. Me retumbaba en el pecho, como si en lugar de escucharla estuviera pensando.

✻

Mi hermana Marta se divorció hace unos meses. Bueno, su marido se divorció de ella, que no es lo mismo. No podía más y hasta cierto punto lo entiendo.

Tom es un poco excéntrico, hay que reconocerlo, pero es que si no lo fuera no se habría podido fijar en mi hermana. Es dibujante de cómics, un pequeño geniecillo que no se mete con nadie. Montó su propio sello y le va bien. De él aprecio sobre todo su tranquilidad y su paciencia. Conoció a mi hermana de verla por el barrio. En nada se casaron. Tienen dos niñas, Pepa e Irene.

Desde el divorcio, mi hermana se ha ido a vivir a la casa de al lado de mi madre y de la ansiedad se ha vuelto bulímica, eso dice, como si no hubiera nacido ya con ella. Marta siempre ha tenido una relación extraña con la comida. No es un desorden nuevo. La diferencia es que ahora se le nota más, a pesar de que no quiere que las niñas se den cuenta e intenta obviar que desaparece casi cada vez que mastica. Comer en su casa es un auténtico ejercicio de supervivencia y deglución. Nunca pone platos. Solo un cubilete con cubiertos y un par de vasos para todo el mundo. Hay que comer de pie, para facilitar la digestión.

No hay orden en lo que va sacando. Puede ofrecerte un segundo —albóndigas con patatas, por ejemplo— y aparecer a continuación con el vaso de la Minipimer lleno de un líquido grumoso y de color indefinido «cargado de frutas y vitaminas», según ella, que no puedes sorber con pajita y te tienes que comer a cucharadas. Acabado el batido, la nueva opción puede ser una sopa de cocido. En vasos. Suele ser habitual que, cuando ya crees haber terminado, Marta descubra que no hay pan y mande a una de sus hijas a por un par de barras, porque aún le quedaba por servir queso con membrillo o embutidos. En verano, como es de las que se niegan a usar aire acondicionado, suele planear como un hidroavión sobre la mesa y rociar a todo aquel que esté tragando con un pulverizador relleno de agua fresca a la que le añade unas ramitas de hierbabuena y limón, que te dejan igual de sudado, pero hecho un pringue. Me cuesta mucho aceptar sus invitaciones. Es mi hermana, sí, pero salgo de su casa chorreando y lleno como una boa. Tardo días en procesar todo lo que me ha hecho engullir a marchas forzadas. Durante sus comidas o cenas no puedes hablar. No te da tiempo. Últimamente, como no la encuentro demasiado bien, voy, pero me llevo una muda y hago *playback*. Parece que como, pero solo muevo la boca cuando está cerca con una nueva fuente.

Mis sobrinas han vivido siempre en este estado de hiperactividad, pero ahora con la separación no lo están llevando bien, están más expuestas a sus excentricidades. Se las ve tristes y, en el caso de Irene, inapetente. Mi hermana, intrépida como es, afronta su preocupación haciendo visitas sorpresa al colegio para comprobar cómo come su hija. Le enorgullece contarlo. El comedor está en los sótanos del edificio. Marta no entra. Se tira en mitad de la acera, mete la cabeza por una de las ventanas que da a la calle y busca a Irene. Como una rastreadora. Le da igual que llueva, que la gente no pueda pasar por la acera. Irene,

cómetelo todo, repite como una posesa, incluso cuando no es capaz de saber dónde está sentada. No le importa que los niños la señalen y se rían de ella al verla así, despeinada y agarrada a los barrotes, cada vez más roja por tener tan baja la cabeza, gritando por encima del sonido de los coches y los autobuses. Irene intenta salir tarde de clase para perderse el turno y poder comer en la cocina, lejos de las extravagancias de su madre y de la mofa de sus compañeros. Desea que su madre se canse y deje de ir. De hacer el ridículo. Pero sabe que poco puede hacer. Si se lo dice, lo hará más veces. Pensará que es producto de la edad del pavo. Prefiere hacer como si no pasara nada y aquellas visitas fueran lo más normal del mundo.

Irene piensa que tiene poderes. Ella, no su madre. Que es como Sos, el personaje que creó su padre. Una niña de ojos muy grandes que se convierte en mariposa cuando hay peligro, a la que no le gustan los problemas ni llamar la atención. Para Irene fue una revelación descubrir a Sos. En el fondo, la principal ocupación de mi sobrina consiste en rescatar gatos solitarios, como ella, que no paran de subirse a árboles y a otros sitios peligrosos. Cuantas más aventuras de Sos leía, más claro tenía Irene que era ella, que su padre la había dibujado pensando en ella, aunque nunca se lo hubiera dicho. Sos era una heroína silenciosa que combatía el mal sin luchar.

Solo observando y batiendo las alas para devolver la armonía a aquello que lo había perdido. Irene me lo ha contado alguna de las veces que ha venido a verme y le ha dado por sincerarse. Me resultó enternecedor; siempre ha sido una niña dócil, pero desde que Tom ya no vive en casa, cada vez que alguien la contraría o la regaña, Irene separa brazos y piernas, se concentra y los mueve como queriendo volar. De la rabia que le da ver que sus pies no logran despegar del suelo, se mea. Donde la pille. Irene dice que las mariposas hacen pis cuando sienten

miedo o rechazo, pero que no se les nota porque aprovechan el vuelo. A ras de suelo, las meadas de Irene son de vaca. Una forma curiosa de plantarse. De decir basta. Me preocupa. Puede que parte de lo que le pasa sea que está harta de mi hermana. Creo que debería verla un psicólogo.

Marta puede ser muy dulce cuando la neurona se lo marca. Pero todo en ella depende del momento. Improvisa continuamente. No conoce la quietud. Cuando descubre a sus hijas con cara de aburrimiento, salta con un: venga, a chupar pino y se las lleva a la calle, a dar al menos una vuelta a la manzana, que tiene unos cuantos árboles tristes y desperdigados, pero árboles al fin y al cabo.

Tom parece que se acostumbró a su carácter peculiar. Ir al cine era lo único que no podía hacer con ella. Daba igual la sesión o el tipo de película, Marta duraba un cuarto de hora como mucho sentada. Salía con la excusa de ir al baño o a comprarse algo y no volvía. Cada cierto tiempo abría las puertas de la sala, como si fueran las ventanas de su salón, para preguntarle a Tom cómo iba la película y si le estaba gustando. Tom terminaba saliéndose porque no había manera de aguantar las preguntas continuas y a pulmón de su mujer ni los «por favor, señora, cállese» del resto de la gente que intentaba, como él, enterarse de algo.

El detonante no fue ese. Fue una cocina. Marta la vio en una tienda y se encaprichó hasta el punto de no hablar de otra cosa. Le suplicó a Tom que la comprara. No les hacía falta, pero ella insistió hasta la extenuación. Tom por fin la compró. La felicidad del regalo le duró poco. Después de pasar días recluida cocinando, aprendiéndose las instrucciones de los electrodomésticos, limpiando la encimera como si fuera un quirófano, empezó a quejarse. A decir que la cocina la ponía nerviosa. Tan roja. Que ella estaba acostumbrada a la formica

gris. Que con la vitrocerámica no le daba el mismo punto a la comida. Que le hacía estar agresiva, de mal humor. Le confesó a Tom que se había equivocado, que no le gustaba esa cocina para la casa. Que no la quería. Sacó la garantía para ver si la podían cambiar. Tom no contestó. Irene me dijo que su padre se levantó a por la caja de herramientas y sacó el martillo. Fue a la cocina, cerró la puerta y no paró hasta hacer añicos los muebles. Según los iba machacando, los tiraba por la ventana, incinerados.

Solo sobrevivieron entre los escombros, la nevera, el horno y el friegaplatos. Cuando ya no había nada más que liquidar, Tom dejó el martillo en su sitio, se puso un abrigo y le anunció a Marta que su matrimonio se había acabado.

✻

En mayo de 2005, Jonah Peretti, cofundador de *The Huffington Post,* abanderó un concurso de virales para evaluar el grado de aburrimiento y el tráfico que este podía generar en la red durante una semana, empezó a contar Lea.

El 19 de ese mes, el realizador Casimir Nozkowski y el escritor Daniel Engber pusieron en marcha www.cryingwhileeating.com con doce vídeos en los que ellos dos y unos cuantos amigos lloraban mientras comían. Junto a la foto y el vídeo, la única información que aparecía era el nombre a secas del que lloraba, qué comía y el motivo que le hacía llorar. El éxito fue inmediato. Al día siguiente ya tenían más de cincuenta mil seguidores. Gente de todo el mundo aplaudió la idea y mandó vídeos reproduciendo llantos tan dispares como disparatados. Crying While Eating ganó el concurso al conseguir un tráfico espectacular: más de trece millones y medio de entradas en esos días. El proyecto creó una circulación enorme a través de enlaces a foros universitarios y humorísticos y la fuerte presencia de parte de estos vídeos en YouTube.

La gente demostraba que no tenía vergüenza y era capaz de reírse de sí misma. Que en el fondo buscaba desdramatizar,

divertirse. Los vídeos eran domésticos, no llegaban a los cincuenta segundos de duración. Algunos tenían música de fondo. En pocos de ellos hablaban los protagonistas. Lo habitual era ver cómo se lamentaban a voz en grito mirando a cámara y comiendo. Cómo hacían lo posible para no reírse a carcajadas.

El álbum resultaba sorprendente y refrescante. Hay testimonios de todo tipo, individuales y de grupo. Incluso de niños.

La mayoría están grabados en espacios cerrados (cocinas o habitaciones con el encuadre de una mesa y una ventana de fondo como mucho). Algunos desarrollan la acción en un sofá, en el baño o en la cama. Son pocos los que salen al aire libre (la calle o una terraza).

Unos lloraban con pizza, arroz, cereales, palomitas, yogurt, una lata de atún, fruta o sobre una lechuga. Otros engullían miel y vinagre balsámico, empapaban su pena en alga nori con zumo de aloe vera, o en tostadas de queso acompañadas de un vaso de agua con una aspirina. Los motivos alegados en muchos de esos vídeos eran realmente ingeniosos: iban desde las lágrimas del que no se soportaba a las de la que tenía un gato con asma (Catherine) y no era capaz de asumirlo, o el que, como Elliot, no lograba conectar con el cine actual, o aquel que lloraba por no estar convencido de que Anakin Skywalker se hubiera pasado al lado oscuro. Incomunicación, desconocimiento del amor verdadero, incluso la alienación provocada por la moda femenina hacía que Helen comiera helado directamente desde la tarrina de litro con la mano o que Sophi removiera su tristeza en una sopa de tomate con sésamo al darse cuenta de que los Arcade Fire no eran tan buenos.

Crying While Eating demostró que la gente necesita hacerse ver, sentirse vista. Exhibirse sin complejos. Crear mundos paralelos de menos de un minuto. Válvulas de escape y

de enganche colectivo. Orwell, al fin y al cabo. La idea de pertenecer a un grupo, sin tener que asumir más responsabilidad que colgar un vídeo y una foto. Compartir una pequeña parte de uno mismo que, como es lógico, podía ser falsa. Un truco para llamar la atención y crear audiencia.

✻

¿Tu hermana me dejaría hablar con ella? Creo que tiene un desorden alimenticio porque siente que no la aceptáis. Estoy segura. Ella intenta adaptarse, hacer el esfuerzo aunque vosotros no seáis capaces de notarlo. Quizá también sea bipolar.

No es muy normal que, justo a la semana siguiente de que Tom se marchara, ella se fuera de gira con un coro góspel. No me extraña que tu madre se llevara a las niñas a vivir con ella una temporada. Tienes que ayudarla. Quizá la idea de hacerse una foto y un vídeo llorando le gustaría. Puede que hasta se lo tomara en serio y le viniera bien. Me parece una buena forma de empezar. Si es tan activa y tan participativa como dices, seguro que le sirve para liberar tensión. Si no te apetece preguntárselo, esperaré a conocerla y se lo plantearé yo.

Le aclaré a Lea que Marta no acumulaba ninguna tensión. Era experta en creársela a los demás. Si proyectaba algo era euforia. Ni cuando Tom la dejó se puso triste. Al contrario, le dio por ponerse a cantar «como una negra» enfundada en una túnica violeta. Supusimos que era el modo de decirnos que lo había entendido y que, sin sentirlo mucho, tenía que seguir con su vida.

Tom mandó a su amigo Luis a recoger todas sus cosas. Menos la ropa. Antes de irse, Luis le entregó a Marta una nota (una viñeta, en realidad) en la que Tom le explicaba que quería empezar de cero, pero que con aquella ropa rugosa, lavada sin suavizante e impregnada en bolas de naftalina con olor a lavanda, le resultaba imposible. Necesita avanzar. Le daba permiso para que la usara como trapos o la regalara. Él no la quería.

En su nueva vida, las niñas están muy presentes. Las recoge y las deja en casa de mi madre. Suele ser Paquita quien las ayuda con las maletas y los bártulos cuando van y vienen y le da a Tom fiambreras con comida porque lo ve muy delgado. Nosotros seguimos teniendo una muy buena relación con él. Nos parece un santo. Ninguno nos explicamos cómo pudo surgir el amor.

No le estamos lo suficientemente agradecidos por los años que estuvo con mi hermana, haciendo que un personaje tan visceral como ella pareciera un poco más llevadero.

Marta me dio la ropa de Tom porque, según ella, teníamos la misma talla. Acepté, aunque Tom usaba una talla menos que yo, por no oírla. Mi hermana decía que no se le ocurría nadie mejor para usarla. Que, en el caso de los pantalones, con abrirme las pinzas y bajarme los bajos quedarían como nuevos. Con esta tontería, venía unas cuantas tardes a la semana a adaptarme la ropa de su ex. Las sesiones eran agotadoras. Pasaba de decirme que estaba escuálido a pedirme que dejara de tomar cerveza porque tenía una tripa descomunal. A veces eran tantas sus ganas de hacer algo que improvisaba sesiones de acupuntura sobre mi tripa con los alfileres que iba liberando de los pantalones. Su intención era hacerme curas linfáticas con aquellos alfileres oxidados, que se curvaban con solo mirarlos. Como era de esperar, con sus técnicas no perdí ni un gramo. Ni mejoré de todo lo demás. Al contrario, me quedé hecho un cristo con más fondo de armario, pero con el estómago lleno de puntos rojos

que tardaron mucho en cicatrizar y desaparecer.

✻

Margot hace sus pedidos por teléfono con acento francés.

A sus cincuenta y cuatro años, no sale de casa. Atiende a la gente metida en la cama, tapada hasta el cuello. Con un vinilo de Patachou sonando de fondo para pensar que está en París. Una ciudad que no conoce, pero que añora desde que era pequeña porque su padre le hablaba de ella, de lo duro que tuvo que trabajar allí —fue limpiabotas, ascensorista y camarero— hasta que una tarde conoció a Maurice Chevalier y se hicieron socios. Así, de buenas a primeras. Margot contaba que su padre no pudo ir al colegio, pero era listo. Con el poco francés que sabía se puso a componer letras para Maurice y, cuando fue encontrándose más suelto, se atrevió incluso con alguna coreografía para sus películas. Era difícil pensar que aquello había sido posible viendo a su padre. Una especie de Paco Martínez Soria que no sabía ni hablar. Un señor de tierra profunda, siempre con flemones, que se pasaba los días con un pañuelo atado a la cara, que le tapaba los carrillos desde la barbilla hasta la nariz, bajo el que metía un filete de ternera crudo para intentar bajar la inflamación.

Margot podía aguantar semanas sin hacer la compra. Imagino que sin comer. Pero en cuanto Blas se quejaba de dolor

de muelas, llamaba para pedir un kilo de entrecot de reserva. En vez de analgésicos, su padre solo tomaba carne. La misma que se ponía como una cataplasma sobre la cara.

Margot lleva toda la vida viviendo sin dinero. Haciéndose cargo de Blas y de Gisleno, su hijo de veintisiete años. Un ingeniero de telecomunicaciones al que una patrulla de policía dejó cautivo en la mente de un niño de doce años. Gisleno iba en su moto. La policía perseguía a un atracador. Entró avasallando, sin luces ni sirenas en dirección contraria, y lo empotró contra el final de una calle que no tenía salida. La conmoción cerebral se convirtió en derrame y el resultado fue este: (la) incapacidad permanente, infantil, en un cuerpo desarrollado.

Después del accidente, los vecinos de Margot aprobaron contratar a Gisleno para recoger y sacar la basura, pasear a los perros de la comunidad y hacer alguna reparación. Le compraron un móvil para tenerlo localizado y le pidieron que nunca estuviera sentado en el portal porque podía haber una inspección. Su pequeño sueldo se lo daban directamente al supermercado para ir cubriendo parte de la deuda que Margot llevaba acumulada.

Gisleno no recordaba quién había sido. A veces le preguntaba a Margot si era normal. Qué le había ocurrido. Su madre le contaba la historia a medias. Hacía magia con las palabras. Un ahora lo ves, ahora no lo ves, que dejaba a Gisleno perplejo y con ganas de saber más, pero Margot se amparaba en que ella no estaba allí, que lo poco que sabía era lo que la policía le había contado. Cuando parece que no hay más datos, Gisleno se frota la cicatriz que tiene bajo el pelo, cerca de la frente, como si frotar le ayudara a recordar lo que sus doce años han devorado. Desde que volvió a nacer, Margot se ha negado a dejar de celebrar el cumpleaños de su hijo, pudo más su tesón que la duda de no saber qué edad tenía en realidad.

Volvieron los trece, los catorce. Gisleno acaba de cumplir quince años. Como Margot no tiraba nada, recuperó de los altillos de los armarios héroes musculosos, mecanos, un circuito con coches teledirigidos, el proyector de películas. Su hijo abría los paquetes sorprendido de que su madre pudiera conseguirle juguetes que no había en las tiendas. Jamás pensaba que eran suyos.

En su serenidad feliz, pasaba mucho tiempo en casa, cuidando a su manera de Margot y de Blas. Pero le gustaba la calle. Moverse. Observar qué pasaba alrededor. Después de sacar la basura, salía a caminar, algunas noches incluso a correr, y se iba lejos, siempre por rutas conocidas para no perderse, distintas de las que hacía durante el día con el mastín del segundo y el golden del quinto.

Una tarde, en el supermercado me pidieron que cogiera el teléfono. Era Margot con un nuevo pedido. Con su impostado acento francés, me pidió que se lo cargara en su cuenta.

Esa tarde fui con el repartidor a su casa.

Al verla me pareció pequeña, huesuda. Como una bailarina rusa. Con cara de pájaro y un pelo blanco casi irreal.

Me hizo sentar a los pies de su cama. Trajo una bandeja con café y galletas de mantequilla. Se quitó los zapatos y se metió vestida bajo las sábanas. Con la misma naturalidad que si estuviera en un sillón. Estuvimos hablando buena parte de la tarde. Cuando Patachou agotaba el repertorio, me pedía que cambiara el disco o le diera la vuelta. No soportaba estar sin música.

Me contó que Maurice Chevalier era su padrino. Pero que nunca vino a verla. Que nunca la llevaron a conocerlo. De niña se sabía de memoria las canciones de todas sus películas. Sus diálogos. Fue así como empezó a cantar. Me hizo unas cuantas escalas para que conociera su registro. Cantaba lento.

Pronunciaba cada palabra como si estuviera a punto de quedarse sin batería. Su voz era aguda. Echaba la cabeza hacia atrás, casi en trance, mientras acometía el aria de la Reina de la Noche de *La flauta mágica*. Al acabar me dijo que era soprano. Su nombre artístico era Margot Derain. Me sonó grandilocuente. Como de extra con frase en una película de cine negro.

Me habló de giras, de directores famosísimos, de ovaciones interminables, de premios internacionales. De hoteles, viajes, lujo.

Era demasiado evidente que Margot se inventaba otra vida. No veía la realidad. El frío que hacía en su casa. El polvo en suspensión que te hacía estornudar. Las mesillas de su dormitorio hechas de cartones de huevos pintados con betún de judea que ella enseñaba orgullosa diciendo que eran de roble macizo, cuando lo lógico hubiera sido contar que Gisleno salvaba objetos de la basura y hacía muebles con ellos y que también arreglaba radios. Pero su cabeza era incapaz de reconocer la verdad. La evitaba.

Al menos una vez al mes iba a verla. En cada visita me contaba cosas distintas. Me enseñaba álbumes de fotos donde solo había postales y recortes de periódico en los que ella jamás aparecía. Pude ver hasta un cuaderno escrito por su padre en sus años parisinos. Margot decía que era una de sus libretas de autor. Lo único que se leía en esas páginas eran cuentas burdas hechas a lápiz, con resultados erróneos, nombres de estaciones de metro o de animales y los números del uno al diez. En francés. Nada más.

Margot señalaba una suma para contar que eran borradores coreográficos con la cantidad de pasos, movimientos y repeticiones que tenía que dar su padrino. Al pasar la página encontraba estribillos o apuntes para una canción. Cosas así que nadie, excepto ella, veía.

En una de mis visitas con compra, Margot me recibió con

una falda de tul amarilla, un top y un pañuelo zíngaro en la cabeza. Iba descalza. Me adelantó que esa tarde no se quedaría en la cama. Quería darme una sorpresa.

Le pidió a Gisleno que bajara la persiana y trajera una lámpara de las que él hacía. Vino con una hecha con una cadeneta de bombillas pequeñas pegadas a servilleteros. Al encenderla y extenderla por el suelo, el resto de la habitación se transformó en una cámara negra. Lo que no me esperaba era que empezara a sonar «El amor brujo» de Falla y que Blas, colocado sobre sus rodillas como un mutante, se pusiera a escupir fuego. De detrás de las llamas salió Margot. Se puso a bailar y a quitarse velos. Me pareció que aquella era una danza muy peligrosa. Podíamos salir calcinados en cualquier momento. Blas lanzaba llamas cada vez más altas. Margot se movía entre ellas como si no estuvieran. No oía ni olía el chasquido que hacía el poliéster de los tules al entrar en contacto con aquella fogata. Bailaba. Con la cabeza hacia atrás como la primera tarde.

Sentí que me había perdido en un campamento gitano. Algunas llamas llegaban al techo y empezaron a formar humo. Gisleno abrió la ventana. A Blas le entró tos, pero cada vez que abría la boca no dejaba de salirle fuego. Margot roció a su padre con una regadera, no sé de dónde salió, hasta que las llamas cesaron.

El suelo despedía calor. Blas se fue de la habitación como había entrado, sin decir palabra. Gisleno se puso a recoger y rápidamente pinchó un disco. Llevaba mal el silencio, como su madre.

Margot apareció al rato cambiada de ropa. Me preguntó qué me había parecido el espectáculo. Me salió un: bonito, pero muy arriesgado. Me aseguró que el suelo de madera de la casa estaba protegido con un barniz ignífugo. Que aunque su padre se negaba a utilizar boquillas de aluminio para las llamas porque

decía que con la boca controlaba el tamaño y el lanzamiento mejor, no se había quemado nunca. Su boca estaba mal por otra cosa. Además, el alcohol le venía bien para desinfectar. Quise saber por qué, con lo afrancesada que era, bailaba la danza del fuego con ese verismo. Desde cuándo.

Lo hacía desde que Gisleno salió del hospital, siempre que había luna nueva, como aquella noche. Para alejar a los malos espíritus y purificar el ambiente. Para coger fuerzas. Porque a veces París, aunque no lo creas, se hace duro con tanta humedad. Te cala los huesos y el alma. Eso decía Margot, ya dentro de la cama. Mientras Patachou sonaba, como siempre, de fondo.

✻

Joan Erikson defendía la risa como terapia. La consideraba curativa. Mantenía que cuando uno aprende a reírse de sí mismo consigue ser más libre, porque el humor es la mejor vía para mantener las cosas en su justa proporción.

Joan nació en Canadá. Se graduó en sociología en el Barnard College y obtuvo un máster en el Teachers College de Columbia, que completó con un curso de doctorado y una tesis sobre danza que desarrolló en Viena. En 1929, conoció en un baile de máscaras a Erik Erikson, que trabajaba como profesor de arte, historia y geografía en la escuela de Dorothy Burlingham para hijos de pacientes y amigos de Freud, en la que también enseñaba Anna Freud.

Joan y Erik se casaron en 1930. En el año 1933 finalizaron su formación analítica y abandonaron Viena por problemas políticos. Se fueron a Dinamarca antes de emigrar a Estados Unidos. Una vez allí, permanecieron dos años en la Universidad de Harvard y cuatro en la Universidad de Yale. Fue en la Universidad de California en Berkeley donde concibieron la «teoría psicosocial», que revela que la identidad progresa a través de ocho etapas marcadas por la resolución de conflictos

emocionales sucesivos. Ambos consideraban que la personalidad se forja siguiendo impulsos naturales y que está influida por el entorno cultural.

Durante su estancia en Berkeley, Joan desarrolló un interés enorme por las artes y la artesanía. Empezó a tejer y a trabajar con abalorios, como reflejó en 1969 en su libro *The Universal Bead*.

Esta fue la base de la técnica que implantó en el Austen Riggs Center de 1951 a 1961, para los pacientes con trastornos emocionales (niños y adultos jóvenes) que trataba su marido. En ese momento, la terapia ocupacional consistía en tener a los pacientes realizando tareas inútiles. Joan creyó en la sabiduría de los sentidos y en la prioridad de las emociones sobre el intelecto; confiaba en los ojos, en los oídos, en el sentido del tacto, pero sobre todo creía en los sentimientos. De ahí que propusiera como alternativa a la premisa cartesiana «pienso, luego existo» la consigna «yo siento, yo existo; yo hago y me convierto». Joan creía en el poder curativo de las artes, consideraba que la participación en actividades musicales, teatrales o manuales podía sanar mentalmente a la persona enferma y aliviar su sufrimiento.

Tuvo la habilidad de encontrar y alentar esa fortaleza en personas con problemas. En la década de los setenta, ya jubilada, desarrolló para el Hospital Mt. Zion en San Francisco un programa basado en las técnicas que puso en práctica en Stockbridge, cuyos resultados recogió en *Activity, Recovery and Growth*, el libro que escribió en 1976.

Una de las referencias que Joan Erikson tomó como principal motor de su terapia fue la cita de Schiller en la que aseguraba que «un hombre es plenamente humano cuando es capaz de actuar».

Para lograrlo hay que saber diferenciar juego de actuación.

Los juegos implican un principio y un final. Un ganador y un perdedor, reglas y tiempos concretos, donde el azar interviene. Pero actuar no tiene fin. Es una continuación, un cambio. La sorpresa depende de cómo actuemos. Podemos ser vulnerables e incluso aplicar esa vulnerabilidad. Se trata de intentar comprender. De continuar. De actuar sobre la percepción, el intelecto y la imaginación para desarrollar habilidades creativas y divertidas.

Los Erikson tuvieron tres hijos, aunque hace poco salió a la luz un cuarto, Neil, que nació con síndrome de Down y otras complicaciones añadidas y que, por indicación médica y de Margaret Mead, una amiga muy próxima, vivió ingresado veintiún años sin que sus hermanos supieran de su existencia. Erik les contó a sus hijos que Neil había muerto al nacer. Dicen que aquella declaración casi le costó el divorcio.

Cuando me enteré de esta historia, sentí que mi percepción de los Erikson, sobre todo de Joan, había variado. Neil le daba otros matices a la teoría que ambos desarrollaron y a la forma en la que Joan trató a sus pacientes. ¿Hasta qué punto Joan se volcó con los otros al no poder hacerlo con su hijo pequeño? ¿Estaba Neil tan enfermo como para no poder vivir con sus padres y sus hermanos, como para que Joan no le hiciera partícipe de su terapia? ¿Por qué actuó Joan así?

¿Por qué precisamente ellos, que hablaban de la influencia y adaptación al entorno, de la confianza que la figura materna genera sobre los hijos como base para su desarrollo y madurez posteriores, fueron capaces de mantener a Neil alejado de sus vidas, oculto?

Cuando Erik murió, Joan incluyó un noveno ciclo de la teoría en *Life Cycle Completed*, sobre la vejez y los valores sobre los que esta última etapa debía vivirse. Alejada del pesimismo y de la cercanía de la muerte.

¿Cuánto influyó Neil en esa visión? ¿Cuánto dolor acumuló Joan por su enfermedad? ¿Se sintió incapaz de afrontarla? ¿La comprendió? ¿Sintió que le había fallado a su hijo, que le había dejado solo?

Eleanor Roosevelt decía que «uno gana fortaleza, valor y confianza con cada experiencia en la que se atreve a detenerse para mirar al miedo a los ojos».

¿Tuvo miedo Joan? ¿Cuántas veces se sintió frágil mirando a Neil, sabiendo que volvería a dejarle en su habitación, en aquel hospital? De aquel dolor, o antes incluso de que llegara, Joan llegó a la risa, optó por ella por el equilibrio que esta es capaz de generar. Quizá porque se dio cuenta de que es una defensa. Un estímulo capaz de conmover y hacernos avanzar. Un tipo de valentía que actúa sobre las cosas, sin impedir que ocurran. Solo matizándolas.

✻

Había terminado de pasar consulta. La enfermera se había ido.

En el hospital sabían que Nicolás se quedaba siempre un rato más repasando cosas. Dejaba la puerta abierta, porque era rara la tarde en que no aparecía algún rezagado con la intención de charlar un rato, tomar un café o aclarar dudas.

No sé si le vio aparecer o se lo encontró al entrar en el despacho. Estaba esperándole.

Tampoco sé si Nicolás le dijo que se había equivocado, que su sesión era al día siguiente, sin darle más importancia, o se extrañó al verle.

Matt era esquizofrénico. Diagnosticado a los seis años. Según él, no estaba enfermo, era una metedura de pata de médicos que no tenían ni idea. Era un niño problemático como tantos otros. Nada más.

A Matt se le olvidaban sus comportamientos violentos. Las voces que no paraba de oír y que le pedían que hiciera algunos «trabajitos» terribles e improvisados. No le gustaba tener que ponerse a pensar. Adoraba dar miedo. Así que iba buscando víctimas entre la gente con la que se cruzaba por la calle.

Sus padres intentaron hacerse cargo de él, pero fue

imposible. Empezó a acumular denuncias y arrestos por violación, atracos, intentos de asesinato. El juzgado de menores le mandó primero a un piso custodiado, pero al no hacer ni caso de las normas, terminó en un correccional que hacía la vista gorda y en el que no estaba casi nunca.

Llegó a la consulta de Nicolás desahuciado por el resto de los psiquiatras del departamento y de varios hospitales.

Matt era un tipo peligroso. Estaba obsesionado con Jimmy Carter, decía que se le aparecía continuamente.

Jimmy Carter. ¿Cómo podía alguien como Jimmy Carter influir a un tipo como Matt, llevarle hacia el lado oscuro?

No creía en la medicación. Ni en la terapia. Según él, no tenía nada que contar. Solo sentía odio. Un odio concentrado que se le iba acumulando y que, cuando su cabeza estaba en temporada alta, le llevaba a cometer auténticas barbaridades.

Todo eso ya da igual.

Ahora ya da igual saber cosas de Matt.

Estaba allí. Había ido hasta allí y estaba esperando a Nicolás. No sé qué le dijo. No sé cómo lo consiguió.

Le estranguló.

Cuando se aseguró de que le había matado, le puso una bolsa de plástico en la cabeza, escribió una nota —«Lo siento, Jimmy, te he fallado»— y se asfixió él también.

Me llamaron por teléfono. No recuerdo dónde estaba. No me lo creía.

Nadie entendió la nota. Pensaron que en sus delirios Matt confundía a Nicolás con otro. Pobre imbécil.

Cuando llegué al depósito, solo pude fijarme en la marca de los dedos alrededor del cuello de Nicolás y en sus ojos abiertos. Parecía que me pedían perdón. Por no haber sido capaz de presentirlo. Por no haberle echado de la consulta. Por haber confiado en que podía recuperarse.

Pensé en la primera vez que hablamos. En aquella soga de corbatas. Pensé en que Nicolás había decidido vivir y que no había servido de nada.

No sé cuánto tiempo pasé allí mirándole, intentando entender, intentando sacar fuerzas o simplemente mover los pies.

No me quería separar de él. No podía.

Sentí que le había dejado solo. Que le había fallado.

¿Cómo vuelves a casa después de algo así? ¿Cómo puedes meterte en la cama y dormir?

¿Cómo eres capaz de levantarte y continuar? ¿Cómo se hace?

✻

Volví a clausurar la puerta de la terraza. Sentí que había heredado su miedo, que me había convertido un poco en él antes de que yo apareciera. La realidad era que me daba pánico comprobar que me había quedado sola en aquella altura, en esa casa, que en general ya nada tenía sentido. Temía los recuerdos, su inventario. Temía más aún superarlo, conseguir olvidar.

Dejé de trabajar una temporada. No sé cuánto tiempo fue.

Los domingos iba a Central Park. Pasaba el día entero allí, bajo el árbol del que seguían colgando las corbatas, tal y como las había dejado colocadas Nicolás aquella tarde.

Me conmovió verlas así, como si nada hubiera pasado, como si nadie se hubiera atrevido a tocarlas. Lo consideré una señal de respeto, casi de libertad, el recordatorio de que la vida se nos escapa de las manos casi siempre, por mucho que intentemos planificarla.

Antes de regresar a España, le hicieron un homenaje. Me pareció mejor que organizar un funeral. Ninguno de los dos éramos creyentes y mi única relación con la iglesia se remontaba a cuando la usaba como habitación de llanto. Al acto acudieron sus compañeros, alguno de sus alumnos, muchos de sus

pacientes y Jimmy Carter. No sé quién se encargó de airear la paranoia de Matt, pero una periodista de sucesos del *New York Times* había publicado un artículo sobre su asesinato. Jimmy Carter se quedó en una de las últimas filas, ajeno al protocolo, cordial con la gente que se acercaba a saludarlo. Esperó el momento para hablar conmigo y darme el pésame. Me abracé a él como una autómata. Me costaba hablar, pero conseguí agradecerle que viniera aunque lo que había ocurrido no tenía nada que ver con él. El abrazo fue largo, muy emotivo, y al separarme de aquel hombre de noventa años, de pelo blanco, empecé a temblar. A ver de nuevo las marcas en el cuello de Nicolás. Sus ojos abiertos. Tan tristes.

Temblaba por la mala suerte, por un cúmulo de sensaciones que no era capaz de expresar, por la tranquilidad y la impunidad con las que Matt le había matado. Por cómo alguien como él, que no tenía nada que perder porque ya estaba perdido, había sido tan cobarde como para no morir solo. Asfixiado por su propia locura.

✻

Es difícil de entender. No me gusta explicarlo.

Cuando pienso en contar lo que me pasa, el resumen de lo que podría ser, de lo que diría, se me queda plano. Mal definido.

Podría parecer una queja cuando es debilidad.

Una debilidad a secas, con algunos matices, como casi todo.

Depende del momento. De uno mismo o del azar. Incluso de las horas de sueño o del frío. No es culpa de nadie. Ni tan siquiera mía. Soy consciente.

He llegado a reconocerla bien. Pero no (me) basta, porque en ocasiones se convierte en una excusa, no en una solución. En un contrargumento.

El cuerpo no es sabio. Es memoria. El fin o la prueba de lo que se piensa. Lo que parece que nos queda mientras tanto. Sería cómodo creer que la cabeza es una centralita que coordina las extensiones, pasa las llamadas. Registra los avisos y da parte. Que de alguna manera conserva el equilibrio. Pero no es así. La mente es imperfecta. Como el cuerpo. Por eso muchas veces se cambian los papeles. Casi por necesidad. Se descolocan. Para que la supervivencia no resulte tan limitada, aunque lo sea. Tan poco manejable.

He descubierto que buscar causas es como el mareo en un derbi. Es lo que nos hace movernos, queramos o no, siguiendo un impulso. Cuando la secuencia surge, cuando empezamos a coger velocidad, a intentar dar con las pistas, entonces pretendemos hacerla tan extensa como sea posible. Para sentir que puede durar más. Más incluso que nuestra comprensión, que la posición de nuestros pies para hacer constante el movimiento. He buscado respuestas cuando ya las tenía. Buscaba porque no me agradaba el resultado. Creía que así encontraría motivos nuevos, más convincentes. Que me valieran. Pero he descubierto que la mayor parte de las veces las explicaciones solo sirven para recrear ficciones. Para complicar un poco más las cosas.

No hay ejercicio perfecto por muy escrupuloso que uno intente ser cuando hay un corazón o dos por medio. Dos cuerpos con sus cabezas que se mueven, razonan, dudan, se entregan. Sueñan y tienen miedo. No a partes iguales. El temor resta una buena dosis de gracia a los hallazgos. Paraliza. Impide ver.

Tengo una muerte que certificar. Que superar, pero no hay una autopsia concluyente.

Es desconcierto o lo que queda de él, porque nuestras expectativas y nuestros deseos no podrán cumplirse como lo habíamos previsto.

No hablo de aceptación ni de espera. Nada resulta ser tan simple. No es un «lo tomas o lo dejas». Tengo que asumir que hay ciertas cosas que no van a ocurrir.

No salió mal. No acabó. Para mí no acabó. Lo único que quiero es que no duela.

✻

Cuando Lea terminó de hablar, no supe qué decir. Lo único que se me ocurrió fue abrazarla fuerte. Se había quedado exhausta. Vacía. Se notaba que llevaba tiempo aguantando todas aquellas imágenes, cosidas en silencio, lanzadas ahora con palabras, descarnadas, torpes, contundentes, como si fueran las vigas que soportaban una estructura endeble. Lea temblaba. Recordé lo que para ella significaba temblar. Posé mis dedos sobre sus párpados como ella hacía con los míos cada noche, intentando que mis yemas, en ese momento, pudieran transformarse en gomas capaces de borrar las expresiones, evaporar el dolor, darle al menos un margen.

Se quedó plegada a mí. A ratos dejaba de temblar, pero a los pocos minutos su cuerpo volvía a moverse. Era el repetidor de su cabeza, que seguía basculando en el pasado.

No sé cuánto tiempo estuvimos así hasta que Lea me pidió que pusiera algo de música. La que quieras. Estoy muy cansada, pero también muy nerviosa, dijo. ¿Te importa que durmamos hoy en el sofá? No tengo fuerzas para moverme. Pensé que en ese instante lloraría. Que, ahora que había compartido conmigo

su dolor, ya no tenía sentido mantener el tipo. Pero no lloró. Me levanté con mucho sigilo. Sin hablar. Puse «Full Moon Rising», de Neil Halstead. Una canción de resistencia tranquila. Lea tardó poco en quedarse dormida. Al comprobar que su respiración volvía a ser armónica, apagué la luz y cerré los ojos.

✻

Piezas en fuga, de Anne Michaels, no es un libro. No es solo eso. Es un visado. Lea lleva su sueño hasta el momento en que Jakob Beer pensó que era Athos Roussos. Que se había convertido en él. En su aprendiz y suplente. Sintió que era así, que iba a ser así, mientras Jakob vivía y le amasaba el corazón con fósiles, el paisaje de una isla. Zante. La paleobotánica. Con la sabiduría de la observación. Del análisis y la palabra. De los viajes hasta llegar a Toronto. La opción de una vida nueva apartada del horror y de Polonia. Del exterminio.

Nunca se escapa del pasado, pero se puede intentar dejar que quede lo más lejos posible. Aprender a convivir. Crecer con él.

La influencia de Athos era tan sólida que a Jakob le costó percibir el cambio. El crecimiento quieto de la mariposa antes de mostrarse. Pero estaba ahí. Sosegado. Mientras los cabos se iban atando y las imágenes de su hermana Bella surgían: cuando se ponía a tocar a Beethoven después de cenar, «borracha y precisa, intentando mantener una línea recta mientras daba bandazos de pasión», o cuando le contó la terrible historia de amor de Brahms y Clara Schumann, mezcladas con las imágenes de las

partituras, de sus padres. Restaurándose hasta adquirir el matiz justo de ausencia y bagaje.

«Cuando ya no poseemos la tierra, pero sí el recuerdo de la tierra, podemos alzar un mapa». Para Jakob esta metamorfosis solo fue posible porque Athos le había concedido una existencia de recambio. Una continuación pacificada.

Jakob sintió más profundamente aún que era su estela cuando Athos murió. Se decantó por traducir, escribir poesía, ir envejeciendo. «La felicidad de ser reconocido y la puñalada de la pérdida: reconocido por primera vez». Cuando se enamoró de Michaela «en mitad de un estrépito de cucharas» y Michaela atrajo a Bella. Casi hasta hacerla real. Hasta hacerla sentir que era más que un simple recuerdo enfatizado. Hasta consiguió que viera el mar. Algo que no pudo hacer su adorado Beethoven.

Cuando conoció a Ben. Tan joven y necesitado en conceder treguas a la memoria y a la guerra. A su conciencia de profesor convulso. Tan pendiente de Naomi para aprender a escuchar a Athos a través de su aprendiz. Tan atento cuando ella le iba apuntando melodías y le explicaba que «lo único que se puede hacer por los muertos es cantarles. En los guetos cuando se moría un niño, la madre le cantaba una nana. Porque no tenía otra cosa que ofrecer de su ser, de su cuerpo. Se la inventaba, una canción de consuelo, mencionando todos los juguetes preferidos del niño. Y, al pasar de las generaciones, esa cancioncilla es lo único que queda que pueda decirnos algo de ese niño…». Naomi callada, Ben intentando captar el sonido, incluso queriendo visualizar la forma de esos hilos transparentes que le conectaban con lo que otros fueron, lo que no van a dejar de ser. Conocimiento y bálsamo.

Jakob y las visiones de Bella. Su necesidad de redimirla. Bella aparecía actualizada, envejecida, viva en un tiempo sin nazis. Imposible, Jakob lo sabía, pero quiso hacer lo mismo que

Athos hizo por él. Rescatarla aunque estuviera muerta. Aunque llevara muerta tantos años bajo el suelo. No importaba. No se quedó allí para comprobar si había escapado. Si estuvo vagando por las calles hasta encontrar a gente que le dio techo, un abrigo grande. Algo de comida. Quizá durante todos estos años Bella le esté buscando, negándose a pensar que ha muerto. La imagina pateando ciudades, estaciones, hospitales, guías telefónicas, persiguiendo su nombre, su cara de niño en un cuerpo ya adulto. Un rostro que aún almacena miedo. Que Bella reconocerá siempre.

«Permanecer con los muertos es abandonarlos».

¿Cuánto tiempo se necesita para aceptarlo y seguir viviendo? ¿Cuánto, Jakob?

✻

Primero el gorro. Luego el libro. Por último la nevera. Leòlo leía allí cada noche.

Podría haber escondido una linterna en el pantalón de pijama para leer bajo las mantas. Podría haberse ido a la cocina y encender la luz. Cerrar la puerta para no despertar a los demás, que preferían dormir a irse lejos. Solamente. Pero Leòlo no contemplaba ese tipo de opciones. Ya no estaba dentro de la película de Jean-Claude Lauzon. No para Pol, que lo estaba soñando.

Sentía que su cuerpo, a pesar de ser pequeño, era una pieza que necesitaba mantenerse en una cámara. Un cuerpo con una cabeza que no podía caducar, que no podía pudrirse. Leía allí, con el gorro calado para que el frío sellara cada historia, cada personaje que lograba conocer. Cada final feliz. Incluso los malos argumentos. Su cordura.

Leía con la avidez del que come, bebe y moja pan al mismo tiempo. Pasaba el dedo con sus uñas negras sobre las líneas que iba dejando atrás. Levantaba los pies con cada página terminada, como si se hubiera abierto una nueva puerta dentro de él, una conexión a otros paisajes. Tenía el tiempo calculado y la

secuencia de luz le daba casi para un capítulo, antes de tener que levantarse a presionar la pestaña que había al lado del regulador de la temperatura para seguir leyendo.

No había forma de mantenerla encendida mientras la puerta estaba abierta. Era una nevera vieja. Demasiado que su madre reponía la bombilla cuando se fundía. Para ella una nevera oscura era la peor de las pesadillas. La comida tenía que estar iluminada. No escondida. Con luz era más fácil coger lo que necesitaba para cocinar más rápido. No le gustaba perder el tiempo. Parió a Leòlo como quien expulsa un trozo que se ha quedado clavado en mitad de la garganta. Un tomate italiano entre muchos tomates normales. Así nació. Él lo sabía. Le daba igual que le contaran otras versiones. Él venía de un tomate y punto. Por eso le daba tanto miedo empezar a arrugarse, ponerse verde, notar el moho salir de sus orejas.

Le aburría el colegio. Aguantar las burlas y los olores de sus compañeros. Esa mezcla de sudor y excitación. De granos que nunca terminaban de reventar y ropas impregnadas de comida grasienta. Las calles eran todas iguales, eran la misma calle cortada y repartida a lo largo de la ciudad. Una gran calle sucia con una pobre gorda pechugona abierta de piernas detrás de los cubos. Para quien quisiera coger un atajo y probar. Ella solo estaba programada para reír al ver la cola de chicos empalmados esperando turno y para bajarse las bragas.

Leòlo prefería la carne que había en la nevera. Abrirla con la navaja. Solo para él. Entrar en ella. En ese frío de vísceras y pliegues muertos en el que se adelantaba y frenaba en seco, como un airbag, sin hacerse daño. Sin tener que hacer cola. Era un placer doble. Solitario al principio y luego compartido al ver a sus hermanos, sus padres y al abuelo masticándola en la cena sin notar ningún sabor extraño. Con sus cuerpos blandos, menos el de su hermano, incapaces de ver. De reaccionar.

En casa, la locura estaba por todas partes. Como si a su familia un millar de ratas les hubieran devorado los sesos y no les hubieran dejado nada más que manías y una madre que ocupaba por completo el espacio disponible.

Todos locos, menos la nevera y Bianca. A su alrededor.

Leòlo se negó a seguir cortándole las uñas de los pies a su abuelo. Le daba igual que le crecieran tan rápido, negras y curvadas. Ver aquello, tenerlas que tocar con las tijeras, le revolvía el estómago más que todas las pastillas que le daba su padre cada mañana para depurarse. Luego estaba lo de pensar en si ponerse fuerte o no. Si le convenía. ¿Los tomates estallan si se musculan? De nuevo el miedo a desaparecer. No, no se pondría fuerte, porque pesaría demasiado y, si algún médico le metía en una cuba de agua como a sus hermanas, no conseguiría flotar. Se moriría ahogado con la boca llena de música y burbujas. Sin poder cantar a Bianca su tarantela. Sin poder volver a Italia.

Leòlo prefería seguir leyendo. Cada noche más rato. Hasta que sus párpados se cerraban y empezaban a ver rojo. A sentir la pulpa de su pequeño corazón, que latía haciendo lo imposible por no arrugarse, por no perder la cabeza como ellos. No sabía si se podía pegar por el simple hecho de estar cerca. No tenía claro que la locura no fuera como una picadura de mosquito o un virus. Algo que vuela de un cuerpo a otro, que se inocula por tener la sangre dulce o por respirar en un mismo entorno.

Si en algún momento notaba que ya no era capaz de soñar, se encerraría en la nevera. Sin gorro. Abriría la compuerta del congelador para que el frío se expandiera y entonces sí, ahí sí que se llevaría la linterna. Se encerraría en la nevera con ella y con el libro. Bloquearía la puerta desde dentro. No sentiría miedo aunque estuviera oscuro y el único punto de luz se centrara en dar vida a las letras.

Poder leer hasta que llegara el sueño. Italia. Para evitar el

moho, una muerte a la intemperie, los pliegues en su piel.

Leòlo se quedaría dentro. Resistiendo. Lejos del agua. De la realidad. De todo lo que no le permitiera soñar que no estaba loco y que jamás lo estaría.

✻

Lo más fácil, después de haber llegado hasta aquí, sería llorar. Despojarse de la primera piel como si se tratara de un harapo que ya no necesita, cuyos jirones se le van clavando y evidencian quién es. Quién sigue siendo a pesar de las circunstancias.

Gaspard, el niño asustado que protagoniza *Una educación libertina*, de Jean-Baptiste del Amo, el protagonista de este sueño de Lea, que hace años pensó que dejaba atrás Quimper, sin darse cuenta de que se la llevaba dentro. Como un apéndice impregnado de miseria. Que le reclamará continuamente ajustar cuentas. Borrar las pesadillas.

Su cuerpo siempre estará sucio. Es un objeto violento y contenido, atrapado entre la torpeza y la ambición, que sabe que bajo el olor a lavanda y a talco sigue la mugre.

La carnaza.

Los perros que merodean entre niñas violadas y prostitutas.

De ahí su afán, su recelo, la constancia. Para abrirse paso y alcanzar la otra orilla del Sena. Ese lugar donde las mujeres no mugen. Donde las cabezas necesitadas de pelucas se dejan ver por el taller de Billod buscando nuevos diseños.

Ese alto París de 1760 donde los cuerpos que también

huelen mal se exceden, mueren, se dejan seducir y seducen. Como supervivientes. De otra forma. Se aíslan y confunden en esa distancia que une los sótanos con los salones. Las cacerías con la ópera. La táctica con la sofisticación.

Gaspard el libertino se pudre. Hubiera sido más fácil reconocer su fallo, su incapacidad para continuar. Casado con Adeline. Enamorado de Etienne V. Su pigmalión, su objeto de deseo, el manipulador que le enseñó a volar y le cortó las alas.

Después de todo esto, de este juego de escalada, no puede escapar. No tiene a dónde. Se repugna. Llora a escondidas, pero no lo reconoce. Le sirve de muy poco. Prefiere abrir su piel para purgarse. Esperar que la miseria brote como pus. Volver al río. Al menos cuando cierre los ojos. Ser limo. Flotar entre los cadáveres y las heces. Envuelto en agua enferma y estancada. Quedarse en la primera piel, en los jirones, de ese niño asustado que no supo olvidarse de quién era.

No tiene en cuenta que al final, incluso en los azares, puede hacerse justicia.

Etienne V. le ofrecerá un pacto de concordia. Dejará que Gaspard lime su culpa, saje en él las heridas. Se consuman juntos. Puedan llegar al río cuanto antes, a esa zona desde la que les llega el trajín de las calles estrechas, de esas morgues andantes donde los perros juzgan a los hombres y todo es descarnado. Real, opresivo. Opaco como el lodo. Como los cuerpos cuando empiezan a hincharse y pierden la memoria. La infancia. La mala conciencia. Ese momento de paz o de iluminación que sobreviene antes de la muerte.

✻

Ya es domingo, dijo Lea al despertar. Sí, ¿hasta qué hora tenemos? ¿Nos damos todo el día? ¿Se te ocurre qué podemos hacer?, pregunté. Los seis días han pasado muy rápido, tanto que casi no me he dado cuenta, confesé. Aún tenemos horas suficientes. ¿Tienes DVD?, me consultó mientras buscaba el aparato por el salón. Sí, ¿por qué?, quise saber. Voy un momento a mi casa. Ahora vuelvo.

Aproveché para preparar café y tostadas.

Tardó muy poco. Se sentó a desayunar, pero antes me preguntó si había visto *Homeland*.

✻

Nunca me gustó el número siete. Quizá porque había visto hasta la saciedad *Siete novias para siete hermanos*. Esa película tan coloreada, tan del Oeste. Tan cursi.

Fui un niño que pisaba los contrafuertes de los zapatos, que llevaba los jerséis de lana demasiado pelados en los codos, con bolas de todos los tamaños. De pequeño tenía que subir de tres en tres los escalones de entrada al portal. Me bajaba del ascensor en el sexto o en el octavo piso porque vivíamos en un séptimo.

Por culpa de este fatídico rechazo tuve que arrancarme el séptimo diente de leche antes de que se cayera solo. El movimiento lento del premolar en la encía me puso tan histérico que decidí quitármelo y quedarme con la raíz en la mano, sabiendo que me perdería la visita del ratón Pérez, porque aquello había sido una extracción casi terrorista.

Con todos estos datos, puedes hacerte una idea de mi aprensión por el siete y todo lo que sumara igual, le dije a Lea.

Obsesionado por evitarlo, los domingos me metía en mi cuarto a hibernar. En la adolescencia podía resultar una desaparición normal. Falta de sueño. Mi madre me dejaba una bandeja con varios *tuppers* en la puerta de la habitación que por

la noche devolvía vacíos y con unos grafitis de grasa decorando el plástico. Con los años, mantuve ese rito de borrar los domingos y extinguirme con ellos.

Mi hija murió un domingo. Su muerte me hizo volver a casa de mi madre un par de meses y recuperar la práctica de vivir solo los lunes.

Me esmeraba por aprovecharlos al máximo. Por crearme incluso expectativas. Al contrario que el resto de los días, el lunes no paraba en casa. Entrenaba. Para todo. No es que fuera al gimnasio o a una pista de atletismo ni a una piscina climatizada. Me entrenaba para vivir. Para saber quién era en realidad.

A lo largo de la semana recolectaba ideas que se iban desperdigando o apareciendo, que podían llegar a ser algo. Pequeño o grande, pero algo. El sábado las metía en un sobre grande de burbuja y el lunes de madrugada, cuando todavía el universo era negro como boca de lobo, lo abría y me ponía a organizar la agenda del día.

Los lunes silbaba y cantaba en la ducha. Desayunaba fuerte. Hacía la compra. Me leía todos los periódicos, me ponía colonia. Era el único día que sacaba dinero del cajero. Era el único día que sentía que podía ser feliz. Actualizaba la correspondencia. Organizaba las facturas, caminaba por calles estrechas y a ser posible empinadas.

Los lunes pasaban rápidos. Eran sesiones fugaces, tan plenas que me dejaban una sensación de adrenalina y nostalgia, de despedida continua, de deberes pendientes porque era incapaz de hacer todo lo que tenía planeado. Siempre quedaba una transferencia, una llamada, una visita.

Concluido otro lunes, el resto de la semana me dejaba guiar por el efecto invernadero. Consumía la energía justa. Pensaba lo justo. Dejaba que las cosas ocurrieran sin interferir en ellas. Sin

tomar partido. No era desidia. Era «alto rendimiento». Bajo consumo semanal para disfrutar al máximo de los lunes.

Cuando volví a mi casa, continué siendo unos cuantos meses más el atleta que solo entrenaba los lunes. Que medía mis fuerzas al principio de las semanas, pasara lo que pasase alrededor. Durante ese tiempo seguí siendo un hombre de costumbres, aquella decisión me iba bien. Prefería quedarme con tarea a volverme uno de tantos. Pero la acumulación de cosas por hacer para el siguiente lunes, e incluso para el siguiente del siguiente, me obligaron a ampliar el entrenamiento, primero a los martes por pura proximidad y luego, poco a poco, al resto de días de la semana; y así me fui convirtiendo en un tipo como el resto, que terminó acostumbrándose a ser un corredor de fondo en la normalidad de todos los días.

Si logramos llorar hoy, ¿entrenarás conmigo algún lunes por los viejos tiempos?, le pregunté a Lea. Claro, Pol, cuenta conmigo.

✻

No había visto *Homeland*. Había leído muy buenas críticas, pero nada más. Ya te conté que no pongo la televisión, le dije. Lea me dio unos cuantos datos, me explicó que la serie original era israelí y pasó a hacerme una descripción rápida. Nicholas Brody (Damian Lewis), un exmarine americano, aparece vivo tras ocho años de secuestro en Irak. Vuelve a casa convertido en un héroe, en el icono perfecto que el vicepresidente y candidato a la presidencia va a utilizar para intentar ganar las próximas elecciones. Desde su llegada al país, Carrie Mathison (Claire Danes), una agente de la CIA, sospecha que Brody es un terrorista, el enlace de Abu Nashir para volver a atentar en Estados Unidos después del 11-S. Durante la investigación, Carrie y Brody inician una relación sentimental. El conflicto, por lo tanto, se amplía. Más aún cuando se descubre que Carrie sufre un trastorno bipolar, lo que refuerza las dudas sobre sus conjeturas acerca de Brody y el peligro de un atentado inminente. Después de aquel resumen veloz vimos cinco episodios completos. Del resto de la primera temporada Lea seleccionó algunas secuencias para que pudiera quedarme con lo más importante de la trama. Su intención era llegar cuanto antes

a la segunda temporada. Ella tampoco la había visto. Quería que estuviéramos en igualdad de condiciones. Sin saber qué iba a pasar. En todos los sentidos.

Me pareció una elección curiosa como recurso final. Podía ser un farol o simples ganas de saber en qué quedaba su serie favorita (me adelantó que la nueva temporada no se emitiría hasta finales de septiembre). Pero en Lea nada era gratuito. Ni tan siquiera su intuición. Así que me convencí, antes de seguir viendo más capítulos, de que *Homeland* podía contener algo capaz de conmovernos.

Después de ser cesada e internada para someterse a un tratamiento de electrochoque, Carrie descubre que tenía razón. Este es el verdadero inicio de la historia. Carrie regresa a la agencia y le pide a Brody que se convierta en agente doble. Con todo lo que ello significa. Ambos vuelven a estar demasiado cerca. Demasiado expuestos a la amenaza de Nashir y de la propia CIA, a los propios intereses del gobierno.

Fue en esa escena, en la del interrogatorio. No sé si nos pasó a la vez o quién empezó primero. No me atreví a comprobarlo. Estaba sorprendido y concentrado en mis lágrimas. Con una sensación de trampilla abierta y oscuridad.

Teníamos los ojos fijos en la pantalla. En Carrie y Brody. Sus gestos de dolor, sus muestras de ternura y desconfianza en un momento tan violento, que se transforma en algo íntimo, por encima de revelaciones y pactos, en una aceptación total para ambos. También para nosotros. Cuando se quedan solos. Y Carrie desconecta las cámaras. En aquel instante dejaron de ser ficción. Nos tiramos al suelo como si nos hubieran hipnotizado, turbados, igual que Brody, y nos encogimos. Pegamos la cara a las rodillas primero y luego nos tumbamos, casi en postura fetal como él, buscando con la cara la frialdad del suelo para asegurarnos de que estaba ocurriendo, de que era verdad.

Estábamos tocados por el llanto. Era una jugada maestra.

A lo largo de los episodios, Brody va dando muestras de que no puede llevar una vida normal. Ser quien era. Tiene una familia a la que no conoce y a la que le cuesta pertenecer. Ha tenido que pactar o le han obligado a hacerlo. A cambiar su concepto de la justicia, la venganza y la lealtad, por salvarse. Pero ¿qué significaba esa salvación? ¿Mentir, aparentar normalidad, (para) seguir sufriendo? Carrie cree en él, en su instinto. Comprobé que en los momentos de tensión o de miedo, Brody se tiraba al suelo o se sentaba en una esquina, en el encuentro entre dos paredes para volver a orientarse como cuando estaba recluido. Era su forma de buscar protección. De dejarse vencer sobre algo sólido. Que no se tambaleara ni le hiciera dudar. El suelo era la base. El límite. Llorábamos. Sintiéndonos como ellos. Pequeños. Vulnerables. Por haber conseguido una segunda oportunidad, aunque todavía no fuéramos conscientes.

Ocurrió muy rápido. Se me hizo corto. Llevaba tanto tiempo preparándome para esto que no imaginé que pudiera ser tan breve. Lo que más me impactó fue su naturalidad. La ausencia de angustia. La sensatez del cuerpo al no querer recuperar el llanto perdido. Me dejé ir hasta mi hija. Lloré hasta que sentí cansancio. Hasta que comprendí que quería ser débil. Un débil fuerte y no lo que me había obligado a ser hasta ahora.

Pasó un rato hasta que pude incorporarme. Le quité a Lea el mando del DVD y dejé a Brody y Carrie en imagen congelada. Suspendidos en aquella escena.

No sabía si había sido *Homeland* o la suma de esos días, o las ganas de llorar que los dos teníamos. O todo junto, pero había resultado. Lo habíamos conseguido. Miré a Lea y le dije: gracias. Ella me respondió lo mismo. Gracias. Los dos nos habíamos dejado unas cuantas lágrimas de reserva para llorar juntos. Eso hicimos. Mientras, aún era domingo en el mundo

real.

✻

Se llamaba Una.

Desde que murió no he podido decir su nombre. Se llamaba Una.

Ojalá apareciera por el simple hecho de nombrarla. Me llevara de la mano a la playa a coger piedras o me contara un sueño nuevo de los suyos.

Se llamaba Una.

Me gustaría ver que sus pies se han hecho grandes y los talones se le salen de las chanclas y lleva el pelo distinto y se ríe más fuerte, sin importarle que la gente la mire.

Se llamaba Una.

A los dos nos gustaba gritar su nombre al eco porque al ser tan corto, antes de que termináramos de lanzarlo, el eco nos lo devolvía convertido en una «a» enorme, que entraba en nuestras bocas abiertas casi al mismo tiempo que en nuestros oídos, y nos retaba a intentar ser más rápidos que él.

Se llamaba Una.

Creo que hoy he sido capaz de ganarle al eco. Por primera vez.

✻

Ha cerrado los ojos.

Ya no tiene marcas en el cuello.

Nicolás se ha quedado dormido como si estuviera volando. Como si pensara que no iba a dormirse.

Como si hubiera tiempo. Como si no hiciera frío.

Me ha pedido que contara hasta nueve y fuera a por él. Ha empezado a reírse.

No recuerdes a Matt, yo lo he olvidado.

¿Jugamos a los nombres?

Esta vez fue él quien buscó mis tobillos para aguantar la altura.

Antes de pedirme que le dejara ir. Para poder quedarse.

✻

Volví a ser un hombre normal. La rodilla y el ojo desprendido se curaron. La retinosquisis y el síndrome de Stickler me iban a seguir acompañando, pero me había reconciliado con mi retina. Había captado el mensaje. Quería vivir. Según fuera saliendo. Sin enmascarar nada. Sin resistirme. Gross me recordó que mantendríamos la buena costumbre de vernos cada cuatro meses.

Lea dejó de ir al supermercado. Yo no volví a escribir para la revista. Me cansé de producir para no recibir nada a cambio. No tenía nada que ver con el dinero. Ya no necesitaba buscar historias, escapar. Ocupar el tiempo en hacer algo mecánico, por obligación, que no me ofrecía ninguna garantía.

Llorar nos transformó. Nos volvimos siameses unidos por los ojos. Más prácticos, también más altruistas. Después de lo que habían supuesto esos seis días, consideramos que debíamos compartir nuestra experiencia con otras personas que estuvieran bloqueadas por situaciones que les impidieran llorar. Es habitual escuchar a la gente hablar de su tristeza, de su dificultad para sobrellevarla, pero pocos sabían qué hacer con ella. Cómo eliminarla o convertirla en algo positivo. En una lección. Estábamos seguros de que nuestra visión les valdría, no solo para

superar el dolor, sino para entender sus motivos y llegar a conocerse un poco más.

Desde que nacemos, la vida nos arrastra. Nos lima, nos orienta. Podemos intervenir, pero a veces pensamos que no es el momento, que quizá nos estamos precipitando. Que hay algo que se nos escapa. La realidad es que somos inconformistas cómodos o demasiado cobardes para tomar decisiones. Para marcar un antes y un después. A veces valdría con hacer una parada y coger aire. Simplemente. Para fortalecernos. Nosotros descubrimos que llorar era todo eso. Un entrenamiento y una prueba de resistencia. Y que la guía no era un manual, sino nosotros.

Decidimos dejarnos llevar por este impulso y poner en marcha nuestra propia Llantina.

Encontramos un local enorme que se traspasaba. Lea lo compró con el dinero que había ganado con la venta de la casa de los padres de Nicolás.

En la entrada, en una sala diáfana, iría un café con videoclub. La gente podría alquilar las películas y llevárselas a casa o verlas allí mismo o en alguna de las salas más pequeñas. Siempre con gente. Apostábamos por la experiencia colectiva de llorar, aunque fuera entre pocos. Por consolidar un llanto participativo. De realización y experimentación. Como un recurso lúdico. Hablamos con la universidad de Bellas Artes, con distintas escuelas de cine, con los conservatorios más cercanos, con psicoterapeutas, neurólogos, con la Fundación ONCE, con hospitales y centros de rehabilitación. Con personas e instituciones que mostraban sus ganas de darle otra dimensión a las lágrimas. Que fomentaban la conexión entre la cabeza y los ojos y creían en el vínculo natural de las cosas, en sus posibilidades, más allá de lo establecido y aceptado por la masa.

Diseñamos una programación de talleres muy amplia (de

cocina *mood food*, pintura, escultura, escritura, mimo, de doblaje, costura, de confección de pañuelos de papel, de reciclado); habilitamos una sala de aforo medio para que pudiera usarse como local de ensayo y de grabación. Mi empeño, aparte de todo esto, era hacer funcionar una pequeña emisora de radio y un canal de televisión que operase en *streaming*. La escuela, toda ella, era un plató, podía serlo en función de lo que fuese ocurriendo en cada momento. Nos pusimos en contacto con los tanatorios de la ciudad para que nos publicitaran *in situ* como un lugar alternativo para realizar sepelios, auténticas despedidas gratas, personalizadas, alejadas del tono comercial de las funerarias y el compromiso puro y duro de conocidos que se desplazaban a dar el pésame. Queríamos ser un lugar de encuentro. El local tenía un sótano que ocupaba toda la planta. Era una auténtica catacumba con ladrillo visto y olor a humedad. En cuanto Lea lo vio, se acordó de Loss, el primer club de llanto de Europa, que conoció al volver de Japón.

Situado en Hackney, al norte de Londres, en una calle pequeña, Lea me contó que Loss era una alternativa de las muchas que ofrecía The Last Tuesday Society, un local que alberga una pequeña tienda y una galería inusual, que tomó prestado su nombre del grupo creado en el siglo XIX por William James (el hermano de Henry), amante de lo esotérico y firme defensor de las conversaciones intelectuales, en la Universidad de Harvard, en las que daban rienda suelta al pensamiento libre.

Loss reivindicaba la celebración de la tristeza, se ofrecía como lugar para dar consuelo a solteros y divorciados, que incluso iban allí a firmar sus sentencias de divorcio, entre sesiones de espiritismo, flores secas, juguetes y animales disecados. El concepto que Víktor Wynn, su *canciller*, tenía de Loss se concentraba en la variedad de actividades que constituían veladas tristísimas. La melancolía afloraba a través de grupos

musicales (contaban con una imitadora de Marlene Dietrich, un cuarteto barroco, una banda de fado y otra de jazz, e incluso con una cantante de ópera japonesa), de representaciones teatrales, proyecciones o clases de *body art*, *DJ*, sesiones patrocinadas por una conocida marca de ginebra, fiestas temáticas, *tea parties* o reuniones de gente vestida de época (generalmente, eduardiana o victoriana), en un ambiente desenfadado en el que no faltaban cebollas para cortar y asegurar el efecto llamada al mejor llanto. The Last Tuesday Society se había convertido en un lugar de referencia para colectivos de artistas bohemios, diseñadores, admiradores de la moda *vintage* y famosos. Lea quería hacer con aquel sótano algo parecido.

Concebimos la Llantina como una cooperativa con régimen asociativo. Era la única forma de asegurar la pervivencia del proyecto. Durante las obras de acondicionamiento del local, fuimos recolectando colaboraciones y patrocinios y aprovechamos para reformar la zona de consultas de los padres de Lea y convertirla en una pequeña residencia para alumnos o invitados que vinieran de fuera.

Implicamos a familia y conocidos. Convencimos a Olga para que organizara e impartiera las clases de costura. Tom nos regaló la imagen del centro: un mural enorme con un ojo de elefante rodeado de pequeñas mariposas que bebían sus lágrimas. La idea se la dio una foto que había encontrado en un centro budista de Benalmádena. Tom estaba entusiasmado con la Llantina y con el hecho de que contáramos con él como coordinador de los talleres de dibujo. Irene se ofreció a ayudarle en todo. Le (nos) propuso diseñar una colección paralela de aventuras de Sos para realizar como campaña escolar en los institutos y colegios del barrio. A mi hermana Marta la introdujimos en la comida de la felicidad; fue fácil convencerla de que se sacara el carné de manipulador de alimentos. Ella se

encargaría de dar los cursos de cocina y de abastecer a la cafetería. Nuestra idea era tenerla siempre trasteando entre fogones, nunca en los espacios donde hubiera actividades porque ya conocíamos su tendencia a hacer sondeos de puertas abiertas. Marta nos puso en contacto con su grupo de góspel, por si nos venía bien para ambientar alguna fiesta. Paquita se nombró encargada de la limpieza. Pepa no decía nada, solo miraba. Estaba en una fase en la que no le apetecía participar. Margot daría clases de danza del vientre e introducción a la ópera y a la canción francesa. Así lográbamos que saliera más de la mitad de la semana de la cama. Gisleno compartiría sus inquietudes en cursillos de diseño con piezas recicladas. Aunque a Gisleno nos apetecía utilizarle para más cosas. Era mañoso y muy perfeccionista. A mi padre, además de ayudarnos con el papeleo y la tramitación de la licencia, le pedimos que creara un ciclo de día sobre cómo sobrellevar el luto con charlas, actividades y recorridos singulares por la ciudad que podían acabar en la Llantina. Aparte, mi padre habló con los Decathlon para que colaboraran en la fundación de un equipo de natación aportando gorros, gafas y bañadores. Lo hicieron sin pensárselo dos veces. Raúl y David querían ser los primeros en apuntarse. A mi madre le pedimos que supervisara con mi padre las peticiones funerarias (sepelios y derivados) que nos fueran llegando. Al quedarse sin carné, Rolo descubrió el trial. Nos sugirió aprovechar una esquina del fondo del local para reparar bicicletas y diseñar rutas de fin de semana. Pedalear le había tranquilizado. Con Clara y Concha también contábamos, aunque pudiera parecer mentira. Hicieron buenas migas con Blas, al que no le dimos tarea por más que se empeñara. Bueno, miento, sí. Le prometimos que, si la Llantina funcionaba, le avisaríamos para hacer un espectáculo especial con fuego para celebrar el primer año de vida. Clara y Concha tenían el perfil idóneo para atender la caja/taquilla y

ayudarnos a tiempo parcial como «cuerpos de seguridad» con la entrada y desalojo de los espacios cuando organizáramos actividades a las que pudiera venir mucha gente. Les dejamos muy claro que no iban a ser *bobbies* todos los días, porque entonces adiós a cualquier deseo de ambiente distendido.

Había mucho trabajo por hacer, pero todos estábamos ilusionados.

Lea y yo instauramos los domingos como jornadas de despresurización en la moto por mi antigua ruta llorona.

✻

Antes de inaugurar la Llantina, nos fuimos a Nueva York.

Lea tenía que entregar unas becas. Jimmy Carter no se contentó con ir al homenaje y abrazarla. Creó un programa especial en el William Alanson para estudiar y prevenir el suicidio. Era, según él, la mejor manera de mantener vivas la memoria y la dedicación de Nicolás. Jimmy se convirtió en alguien muy cercano para Lea. Decía que era su tío adoptivo. Parte de la familia. Pasamos tiempo con él en ese viaje.

También conocí a la doctora Kafka. Nos prometió que vendría a vernos y que organizaríamos seminarios conjuntos. Me pareció una mujer especial. Le agradecí que fuera una de las causantes de que Lea hubiera apostado por el llanto.

Aquellos días descubrí a Nicolás. Lea mantenía su casa. Quería tenerla como cuando vivían allí. Llena de su orden y su olor. Algo que no respetarían unos inquilinos. Desayunábamos, comíamos y cenábamos en la terraza. Disfrutamos de un domingo de pijamas y televisión. El hospital puso su despacho a disposición del programa de becas. Allí también seguía el tiempo intacto. Daba la sensación de que podía aparecer en cualquier momento.

El lunes por la mañana fuimos a Coney Island. A la noria. Me senté en el suelo de la cabina para evitar mirar hacia abajo. Lea había perdido el vértigo. Dejaba que la brisa le diera en la cara. Me acercó los pies: ayuda, no lo pienses, me aseguró, para que me aferrara a sus tobillos. Y antes de bajar, cuando nos quedamos en la parte más alta, se quedó mirando fijamente un punto del cielo y en voz muy baja dijo: no voy a volver a pensar en Matt, te lo prometo. Nos compramos un perrito caliente y nos fuimos a Central Park. Reconocí el lugar antes de llegar. Vi una tira moviéndose en un árbol. Lea dijo es aquí y me pidió que la ayudara a desanudar las corbatas. Quitó todas menos una y se las puso. Cada una en una dirección distinta alrededor de su cuello. Como si formaran un collar. Después arrancó una rama pequeña y se la guardó en el bolsillo del abrigo. Nos quedamos sentados en el banco hasta que oscureció. Hoy hemos hecho un buen entrenamiento, atleta, le confesé aquella noche antes de que el sueño nos venciera.

✻

En la Llantina hay un patio minúsculo en un lateral. Que se ve desde todos los ángulos. Incluso desde el sótano cuando subes o bajas.

La noche anterior a la apertura, después de revisar que todo estaba en orden, colocamos una maceta fuera. Grande y blanca. La llenamos de tierra. Lea enterró las corbatas y plantó la rama que se había traído de Central Park. A su alrededor coloqué las piedras. Las regamos. Con agua y unas cuantas lágrimas. Para que algo nuevo creciera en ese esqueje de árbol y pudiera calar en aquellos amuletos hasta licuarlos. Volverlos poros, fugas de luz. De Una y Nicolás. La causa y el fin para seguir abriendo un poco más los ojos.

Madrid,
marzo de 2019